

LA TIERRA COPADA



¡INVASIÓN!

RAY CUMMINGS



NOVELA DE CIENCIA-FICCION



Ray Cummings

¡INVASIÓN!

Título original: *Wandl, the Invader*
Ray Cummings, 1932
Traducción: Jesús Silanés Larrosa

CAPITULO I

—Es un planeta —dije—. Un pequeño mundo.

—¿De qué tamaño? —preguntó Venza.

—De una quinta parte del volumen de la Luna. Esto es lo que han calculado ahora.

—¿A qué distancia se encuentra? —preguntó Anita—. Ayer escuché a un locutor que decía...

—¡Locutores! —interrumpió burlonamente Venza—. De todo cuanto cuentan sobre peligros y perturbaciones, hay que quedarse con la mitad; y aun así, estaremos todavía en el lado de los pesimistas. No lo olvides, Gregg Haljan.

—Yo no te he pregonado a los locutores —protesté. La extravagante impetuosidad de Venza era siempre un estímulo para la memoria. La muchacha de Venus me miró fijamente. Entonces añadí —: Anita mencionó a los locutores; yo no.

Anita estaba seria, sin ánimos para sonreír.

—Cuéntanoslo, Gregg —dijo, sentada con el cuerpo erguido y tenso, el mentón entre las manos—. Cuéntanoslo.

—De hecho, todavía no se sabe mucho sobre él. Lo podemos llamar un planeta, un cuerpo errante.

—¡Yo diría que es un cuerpo errante! —exclamó Venza—. Se precipita hacia aquí como si fuera un cometa, procedente de parajes ignotos más allá de las estrellas, de donde sólo el Cielo lo sabe.

—Ayer calcularon la distancia en algo así como a sesenta y cinco millones de millas de la Tierra —dije—. No está muy lejos de la órbita de Marte, marcha diagonalmente y su dirección apunta casi rectamente al Sol. Pero no es un cometa.

Aquello era verdaderamente extraordinario, inexplicable; hacía ya muchas semanas que los astrónomos lo estaban estudiando. Estábamos a principios del verano del año 2070. Todos nosotros habíamos vivido recientemente aquellos extraordinarios sucesos que ya expliqué, cuando estuvimos a punto de perder el tesoro radiactivo de Johnny Grantline, y también nuestra vida. Mi nave, la *Planetara*, había estado

dedicada al transporte de pasajeros y correo desde el Gran Nueva York a Ferrok-Shahn, en la Unión Marciana, y a Grebhar, en el Estado Libre de Venus, durante las estaciones astronómicas cuando la Tierra, Marte y Venus se encontraban a distancias entre sí convenientes para la navegación aérea. Ahora, sus despojos descansaban en la Luna.

Yo había estado a las órdenes del oficial de navegación de la *Planetara*. En ella trabé conocimiento con Anita Prince, cuyo único pariente vivo, su hermano, resultó muerto en la lucha sostenida contra los bandidos. Anita y yo esperábamos contraer pronto matrimonio.

Me encontraba ahora en el gran Nueva York, esperando la decisión de las autoridades de las líneas de navegación sobre otra nave espacial. Tal vez tomaría el mando de la misma, puesto que el capitán Cárter, de la *Planetara*, había sido muerto.

Fue un mes poco más o menos de aquella aventura, en abril del 2070, cuando el misterioso visitante procedente del espacio interestelar apareció en nuestro horizonte astronómico. Al principio era algo muy pequeño, un simple punto extraño, una picadura de alfiler en un diagrama estelar fotoeléctrico, que no debía estar allí. Entonces no ocasionó ningún comentario, salvo que alguien pensó que podría tratarse de otro planeta de más allá de Plutón; pero esto no se tomó lo bastante en serio para llevarlo a las emisiones de radio. Ninguno de nosotros nos enteramos de ello hasta mayo, cuando la *Planetara* emprendió el que había de ser su último viaje.

Luego quedó de manifiesto que el objeto no podía ser un planeta de nuestro Sistema Solar; acercándose a tremenda velocidad, variaba diariamente de aspecto y cobraba celeridad hasta que pronto dejó de ser un punto, para convertirse en una mancha alargada en todas las placas de los diagramas.

En cosa de una semana, aquello pasó de ser una curiosidad astronómica a un asunto de interés público. Y ahora, a principios de junio, cuando había atravesado la órbita de Júpiter y se acercaba a la de Marte, el temor iba creciendo por momentos. El visitante era una amenaza. Ningún cuerpo astronómico, de una quinta parte del tamaño de la Luna, podía llegar hasta nosotros sin causar perturbaciones.

Los locutores de radio, con una mentalidad propensa a las predicciones espeluznantes, bramaban a los cuatro vientos toda clase de inminentes y horripilantes acontecimientos.

Expliqué a las muchachas todo cuanto sabía del cuerpo errante que se aproximaba. La densidad era similar a la de la Tierra. La velocidad que desplegaba y los elementos calculados de su órbita eran ahora tales que dentro de unas cuantas semanas más el nuevo planeta daría

la vuelta a nuestro Sol y presuntivamente se alejaría después del mismo, continuando de nuevo su marcha. Pasaría a unos pocos millones de millas de nosotros, causando una alteración en la órbita de la Tierra, incluso un cambio en la inclinación de nuestro eje, afectando nuestras mareas y clima.

—Eso es lo que he oído —me interrumpió Venza—. Cuentan eso y luego se detienen. ¿Por qué no puede un locutor informarle a una de lo que es tan misterioso?

—Por una razón muy convincente, Venza: porque hay que evitar que el pánico se apodere de la gente. Todo este asunto, hasta hoy, ha sido sustraído al conocimiento del público de la Tierra y Venus. La Unión Marciana trató de mantenerlo en secreto, pero no pudo. Todo heliograma entre los mundos ha sido censurado.

—Pero todavía —dijo Venza sarcásticamente—, no nos cuentas lo que hay de tan misterioso acerca de este cuerpo errante.

—En primer lugar —contesté—, cambia de dirección. Ningún cuerpo celeste normal lo hace. El pasado abril calcularon los elementos de su órbita. Desde entonces, han repetido veinte veces la operación, y cada vez la órbita proyectada ha sido diferente. Al principio fue sólo un poco, pero la semana pasada esa maldita cosa dio claramente una súbita vuelta, como si se tratara de una aeronave.

Las jóvenes me miraron fijamente.

—¿Qué significa eso? —preguntó Anita.

—Están empezando a hacerse exageradas suposiciones, pero no vamos a tratar de eso.

—¿Qué más hay de misterioso? —inquirió Venza.

—Que no es normalmente visible.

Venza movió las piernas, enfundadas en seda.

—¡No hables en clave!

—No es normalmente visible —repetí—. Un mundo del tamaño de una quinta parte de la Luna podría ser visto perfectamente mediante la ayuda de nuestros telescopios, aun cuando estuviera mucho más allá de Plutón. Se encuentra ahora entre Júpiter y Marte, invisible a simple vista, naturalmente, pero sin embargo, no está muy lejos. Yo mismo he estado por allí. Valiéndonos de los instrumentos necesarios, deberíamos ser capaces de ver su superficie; averiguar si hay tierra y agua, tal vez si está habitado. Deberíamos estar en disposición de distinguir algo en su superficie tan grande como una ciudad, pero no es posible.

—¿Por qué no? —preguntó Anita—. ¿Es que las nubes son muy espesas? Cuál es la causa?

—Todavía se ignora. —repliqué—. Hay algo anormal en las ondas luminosas que irradia. No es exactamente borroso, sino una distorsión, un desvanecimiento. Es alguna anormalidad de las ondas de luz.

Unos rápidos golpes dados sobre nuestra puerta-rejilla me interrumpieron, y Snap Dean se introdujo de sopetón.

—¡Hola, chicos! ¿Es una conferencia? Parecéis muy serios.

Cruzó rápidamente la habitación, besó a Venza e hizo como si fuera a besar a Anita, guiñándome un ojo. Era un tipo dinámico, pequeño, nervudo, de cabellera rojiza y rostro pecoso, que había sido el operador del radioheliógrafo de la infortunada *Planetara*. Era el hombre ideal para Venza, a pesar de los millones de millas que separaban sus tierras nativas. Venza era también pequeña y delgada, y su manera de ser tan dispuesta a la broma como la de él.

—¿Dónde has estado? —preguntó Venza.

—¿Yo? Hasta ahora, mi vida privada me pertenece. Todavía no estamos casados, puesto que insistes en ir a Grebhar para celebrar la ceremonia.

—Deja eso ahora —protestó Anita—. Hemos estado hablando de...

—Sé muy bien de lo que habéis estado hablando. Todo el mundo habla de eso. Tengo noticias para ti, Gregg. —Se puso súbitamente serio y bajó el tono de su voz—. Halsey quiere vernos inmediatamente.

Le miré aturdido y mi mente se concentró en el pasado. Hacía apenas unas pocas semanas que el detective-coronel Halsey, del Cuartel General Divisional con .sede en esta ciudad del Gran Nueva York, nos había mandado llamar, siendo con ello precipitados en el asunto Grantline.

—¡Halsey! —exclamé.

—Cálmate, Gregg. —Snap repasó con mirada de sospecha el interior del entapizado apartamento de Anita. Detrás de nosotros había una ventana abierta, que daba a un estrecho balconcillo. Estaba ahora ha-fiado por la luz de la Luna, y a doscientos pies sobre el viaducto de los peatones.

Pero el rostro de Snap continuaba fruncido.

—Cálmate —repitió—. ¿Por qué gritar al hablar de Halsey? El aire puede tener oídos.

Venza se acercó a la ventana y la cerró herméticamente.

—¿De qué se trata? —pregunté, ahora con voz más baja.

Pero Snap no estaba satisfecho.

—Anita, ¿dispone este apartamento de una barrera de aislamiento completo?

—Naturalmente que no, Snap.

—Bien, Gregg, ¿llevas encima algún detector?

No llevaba ninguno. Snap sacó un rollito y una esfera indicadora.

—Está estropeado, pero vamos a ver. Aparta esa silla, Gregg.

Desconectó uno de los tubos lumínicos de la habitación y procedió a efectuar contacto con el cátodo. Era un método inseguro, pero cuando se echó al suelo y desenrolló un poco del hilo para hacerlo servir de pic-up externo. Vimos que aquello funcionaba. La aguja de la esfera estaba oscilando.

—¡Gregg! —musitó—. Mira eso. ¿No te lo dije?

La aguja reaccionaba positivamente. Un rayo-espía se cernía sobre nuestras cabezas.

Anita exclamó con voz entrecortada:.

—¡No me lo pensaba!

—No, pero yo sí —replicó Snap con voz baja—. Hay que ser precavidos.

Él y yo recorrimos con el detector el ámbito del apartamiento. La aguja indicadora se volvió a una posición casi normal.

—Debe ser al otro lado —susurré.

Nos encaminamos hacia el iluminado balconcillo.

—Procede de abajo, del viaducto de los peatones —dije.

—Pronto lo solucionaremos —dijo Snap.

Dentro del apartamento hicimos conexión con la estentórea voz de un locutor. Al amparo de ella podíamos hablar. Snap nos reunió muy cerca de él.

—Halsey tiene algo importante, y es algo que se refiere a este invasor interestelar. Todo esto coordina. Su oficina me llamó por medio de un espejo público. Resulta que lo vi en Parque-Círculo 40. Cuando contesté, el agente de Halsey quería que yo hablara en clave. No sé hablar en clave; tengo ya bastantes quebraderos de cabeza con el helio interplanetario. Me enviaron a un departamento oficial, en donde me sometieron a un examen de identificación legal, y luego me pusieron en la longitud de onda intermitente. Después de estas precauciones, me dijeron que debía estar hoy a medianoche en la oficina de Halsey, entre otras cosas.

—¿Qué? —inquirió intrigada Venza.

—Sólo insinuaciones. ¿Para qué arriesgarse a repetirlas?

—¿Dijiste que también quiere que vaya yo? —pregunté.

—Sí, tú y Venza. Tenemos que entrar secretamente en su oficina, por medio de los cilindros neumáticos. Encontraremos un hombre de su oficina en la estación-desvío de la Octava Postal.

—¿Venza? —preguntó Anita asombrada—. ¿Para qué puede necesitar a Venza? ¡Si ella va, yo también!

Snap la miró y sonrió.

—Esto parece una deducción lógica. Naturalmente, debe necesitarte a ti; por eso dijo Venza.

—Yo voy a ir —insistió Anita.

Emprendimos la marcha una hora antes de medianoche. Las dos jóvenes iban vestidas de gris, con largas capas sobre los hombros. Tomamos el monocarril hasta la sección media de Manhattan, bajo el techo del distrito comercial, metiéndonos después en la estación-desvío de la Octava Postal, en donde los pulimentados cilindros de bronce surgían de sus troneras para ser vueltos a ellas y despachados de nuevo.

Había un hombre esperándonos.

—¿Daniel Dean y acompañantes?

—Sí. Se nos ordenó que viniéramos aquí.

El detective examinó a las muchachas y luego a mí.

—Me dijeron que serían tres, Dean.

—Pero ahora somos cuatro —dijo Snap jovialmente—. La que hay de más es la señorita Anita Prince. ¿Oyó hablar de ella?

En efecto, tenía referencias de Anita.

—Muy bien —dijo—. Si usted y Haljan lo dicen, adelante.

Nos metieron en uno de los grandes cilindros de correos y fuimos enviados a través de los tubos como si fuéramos sacas de correspondencia; al cabo de diez minutos, con un golpe seco que nos dejó el alma en suspenso, nos encontramos junto a la entrada que conducía a la oficina exterior de Halsey.

Salimos gateando del cilindro. Nuestro guía nos condujo a través de uno de los lúgubres corredores metálicos. El eco de nuestros pasos retumbaba en sus paredes.

Una puerta se alzó ante nosotros.

—Daniel Dean y acompañantes.

El guardián se apartó a un lado.

—Pasen.

La puerta descendió suavemente a nuestras espaldas. Nos adentramos en una pequeña habitación abovedada revestida de acero e iluminada por una luz azulada.

CAPÍTULO II

El coronel Halsey estaba sentado en su mesa, con unos cuantos papeles en frente y una serie de dispositivos de control a un lado. Apartó el audífono y el espejo-rejilla.

—Siéntense, por favor. —Nos regaló a todos una sonrisa de bienvenida, y su mirada terminó posándose en Anita.

—Vine porque mandó usted llamar a Venza —dijo Anita en seguida—. Por favor, coronel Halsey, déjeme quedar. Pensé que lo que pueda hacer ella, también puedo hacerlo yo.

—Ciertamente, señorita Prince. Tal vez tenga usted razón. —Parecía como si su mente estuviera ocupada por muchos de los pensamientos que acuciaban la mía, pues añadió—: Haljan, recuerdo que le mandé llamar de una forma similar a ésta en una ocasión anterior. Espero que esta vez sea más afortunado.

—Yo también lo espero, señor.

Snap dijo:

—Hemos estado hablando en un susurro, temiendo ser escuchados, pero ahora estamos aislados, y nos sentimos altamente curiosos.

Halsey asintió con un gesto.

—Les puedo hablar libremente, pero sin embargo no puedo hacerlo. —Su mirada se clavó en Venza—. Estoy especialmente interesado en usted.

—¿En mí? Me está usted adulando, coronel Halsey.

Estaba sentada graciosamente reclinada en la metálica silla de delante de la mesa, y parecía pequeña como una niña entre sus largos y anchos brazos. La larga falda de color gris se había separado, dejando al descubierto unas bien moldeadas piernas satinadas de gris. Se había quitado la capucha de la capa. Su pelo negro y grueso estaba anudado bajo la nuca y sus carmíneos labios ofrecían una atrayente sonrisa. Todo esto era instintivo. Para esta muchacha de Venus era tan natural como el respirar.

Los grises ojos de Halsey chispearon.

—No me mire de esa forma, señorita Venza, o creo que voy a olvidar lo que tengo que decirles. Conseguiría de mí lo que quisiera; me alegro de que no sea una criminal.

—Y yo también —declaró ella—. ¿En qué puedo servirle, coronel Halsey?

La sonrisa del coronel desapareció al instante. Su mirada nos abarcó a todos.

—Se trata de lo siguiente: hay aquí en el Gran Nueva York un marciano a quien llaman Set Molo. Este hombre tiene una hermana más joven, Setta Meka. ¿Los conoce alguno de ustedes?

Ninguno de nosotros los conocíamos. Halsey prosiguió hablando, pausadamente ahora, eligiendo al parecer sus palabras con la mayor cautela.

—Hay cosas que puedo decirles y otras que no.

—¿Por qué no? —preguntó Venza.

—Por una razón, estimada señorita; si me van a ayudar, su mejor servicio será el de no saber demasiado. por otra parte, he recibido órdenes que tengo que cumplir; este asunto concierne a las más, altas autoridades, no solamente de los Estados Unidos del Mundo, sino también de Ferrok-Shahn y Grebhar.

Hizo una pausa, pero ninguno de nosotros rompió el silencio. Luego Halsey dijo quedamente.

—Bien, este marciano y su hermana se encuentran ahora aquí y tienen algún secreto. Despliegan cierta actividad y quiero averiguar qué es lo que se llevan entre manos. Solamente he podido obtener pequeños informes.

Se detuvo y la voz de Snap se dejó oír entonces.

—Si no le sabe mal, coronel Halsey, le diré que me parece que está usted hablando casi en clave.

—No es así, aunque trato de decirles lo menos que puedo, Usted, señorita Venza, sólo debe comprender esto: el marciano, Molo, debe ser inducido a. darle a usted alguna idea de lo que está haciendo aquí.

—¿Y soy yo quien tengo que inducirle? —preguntó calmosamente Venza.

—Ésa es mi idea. —Un esbozo de sonrisa se dibujó en el astuto rostro de Halsey—. Querida señorita, es usted una muchacha de Venus. Más aún, cuenta usted con bastante más ingenio y cerebro que lo normal.

Sus palabras no lograron que Venza sonriera. Estaba ahora tensa, con sus ojos de intenso negro mirando fijamente al delgado rostro de Halsey. Anita, igualmente desalentada, se acercó a ella y le cogió una mano entre las suyas.

Luego Venza dijo lentamente:

—Me doy cuenta, coronel Halsey, de que esto es algo de vital importancia.

—Tan vital, hija mía, como lo que más. —Inspiró profundamente —. Quiero que comprenda que estoy cumpliendo mi deber. Haciendo lo que parece ser lo mejor, no para usted, tal vez. sino para el mundo.

En aquel momento me parecía poder leer su pensamiento. Podría haber sido un padre enviando a su hija al peligro.

—No necesito ocultar el riesgo. He perdido una docena de hombres. —Encendió un cigarrillo—. ¿Es que no se siente asustada por lo que le lie dicho?

—No —contestó ella.

Y oí murmurar a Anita:

—¡Oh, Venza!

—Pero a mí sí me asusta —dijo Snap—. Coronel, dese cuenta; usted no ignora que me voy a casar con esta muchacha dentro de poco.

—Sí, lo sé. Tendrán que considerar esto como un sacrificio, una sumisión voluntaria al peligro, por una gran causa de una gran crisis. Ustedes cuatro salieron hace poco de un arriesgado asunto. Sabemos de qué pasta están hechos.

Sonrió nuevamente.

—Tal vez su misma valía les sea perjudicial, pero déjenme que lo arregle ahora. ¿Hay alguno de ustedes que no esté dispuesto a acatar mis órdenes y a confiar en mi juicio de lo que es mejor? ¿Y hacerlo, si es necesario, ciegamente? ¿Se ofrecen ustedes a ponerse a mis órdenes?

Nos miramos unos a otros. Ambas muchachas murmuraron instantáneamente:

—Sí.

—Sí —dije al fin. No era muy duro para mí, pues pensé que le cedía a Venza, no a Anita.

Snap estaba muy pálido. Nos miró a todos de hito en hito.

—Sí —dijo por último—. Pero, coronel, seguramente nos puede informar de algo más.

Halsey arrojó el cigarrillo.

—Les diré todo cuanto juzgue necesario. Estos marcianos, Molo y su hermana, no conocen a Venza; al menos creo que no. AI parecer no hace mucho tiempo que están aquí. De cómo llegaron, lo ignoramos. No lo hicieron por medio de ninguna nave de pasajeros o carga. En Ferrok-Shahn tenían al menos una dudosa reputación; pero, no nos metamos en eso.

»Venza, le enseñaré esos marcianos y el resto depende de usted. Hay un misterio; usted debe averiguar de qué se trata.

Alcanzó su audífono interoficina.

—Quiero localizar al marciano Set Molo. Francis, Grupo X2, está a cargo de esto.

La audible comunicación llegó al momento.

—¿Francis?

Podíamos oír la microfónica voz del hombre que contestaba:

—Sí, coronel.

—¿Está ese individuo por casualidad en algún local público?

—En el café *Red Spark*, coronel, con su hermana y otros acompañantes.

—Estupendo. El *Red Spark* dispone de un capta-imágenes. ¿Tiene usted conexión visual?

—Sí, de todo el local; disponen de una docena de captadores. .

—Emplee un amplificador. Consígame la vista más de cerca posible.

—Ya está hecho, coronel. Lo hice por si usted llamaba.

—Conecte.

En un momento nuestro espejo-rejilla brilló con la imagen del interior del café *Red Spark*. Yo conocía la reputación del local: un restaurante elegante, en el que se comía, bebía y bailaba, de una fama más o menos aceptable, en donde el alcohol y el dinero corrían generosamente. Los clientes eran criminales afortunados de los tres mundos, mezclados con turistas respetables ansiosos de emociones que esperaban ver algo verdaderamente iniestro.

El local no estaba lejos de la oficina de Halsey; estaba situado en lo alto, en una abertura del techo de la ciudad, casi directamente sobre Parque-Círculo 29.

—Allí está él —dijo Halsey.

Todos nos agrupamos en torno a la mesa. La imagen mostraba el interior de una habitación ovalada, larga, con balcones y terrajas; en el centro había una plataforma elevada en la que giraban tres parejas profesionales; y dentro de ellas la pista-rejilla pública, girando lentamente alrededor de su eje central. En ella se veía a un centenar de parejas poco más o menos, bailando. La pista inferior estaba ocupada por mesas dispuestas para los comensales; había otras mesas en los pequeños balcones y también en los rincones de las terrazas, medio ocultas por cortinajes de vistosos colores.

La imagen se hizo ahora silenciosa, pues Halsey no estaba interesado en la audio conexión. Pero era una multiplicidad de colores, con los rayos de luz de los focos bañando en vividos matices las parejas de baile y los titilantes colores de los tubos lumínicos de todas las mesas. También vi los oscuros rectángulos de las paredes que señalaban los comedores privados, aislados de la vista y oído ajenos. Aquí se podía entregar uno a la frivolidad, o a la conspiración tal vez,

y estar tan seguro de no verse interrumpido como lo estábamos nosotros aquí, en la oficina de Halsey.

Venza preguntó con ansiedad:

—¿Cuál de ellos es él?

—Allá, en la tercera terraza a la izquierda. Aquella mesa. Parece que forman un grupo de seis.

Oímos la voz de Francis; estaba en la oficina de Halsey del centro de Manhattan, con la misma imagen ante sus ojos.

—Voy a aproximar la escena.

En nuestra pantalla, la mesa en cuestión no tenía más de una pulgada cuadrada. Podíamos ver un grupo de hombres y mujeres aparentemente divertidos. Una de las parejas estaba formada por un hombre y una mujer gigantescos, indudablemente marcianos. Los demás parecían ser gente de la Tierra o de Venus.

La voz de Francis añadió:

—Tengo conectado con ellos un audio-amplificador. Foley les ha estado escuchando durante una hora. Hablan un bonito inglés, muy claro. Esto nos beneficia mucho; este individuo es muy cauto. Aquí tenemos nuestra imagen de cerca.

La anterior imagen desapareció y surgió ante nuestros ojos una nueva escena. El objetivo con el que estábamos conectados nos dio ahora una vista directa sobre la mesa del marciano. La escena se nos ofrecía vista desde arriba, diagonalmente, a una distancia no superior a diez pies.

Había tres mujeres terrestres en la reunión. No se notaba nada de extraordinario en ellas. Eran más bien bonitas, disolutas en apariencia, y las tres claramente con una buena cantidad de alcohol encima. Había un hombre que tenía las trazas de ser anglosajón. Un ricachón probablemente, con más dinero que inteligencia; vestía un traje negro con camisa blanca.

Nuestra atención se centró en los otros dos. Eran altos, como son todos los marcianos. La mujer joven, Setta Meka, parecía tener de veinte a veinticinco años de edad, según cálculo de la Tierra; en estatura probablemente era casi tan alta como yo, que mido seis pies y dos pulgadas. Es difícil decir la edad de un marciano, pero era muy bella, aun apreciando su belleza por el nivel de la de la Tierra; y en Ferrok-Shahn sería considerada una beldad. Su cabellera gris-negra estaba separada y sujeta a la espalda con una cinta de metal plateado. Su corta y negra capa, de un tejido tan luminoso que reflejaba el brillo de todas las fastuosas luces del restaurante, estaba dividida en dos, y sus extremos echados sobre los hombros. Debajo de la capa llevaba la

característica chaqueta de cuero marciana y pantalones cortos y anchos ornamentados con flecos de metal y borlas. Casi todas las mujeres marcianas tienen un aspecto de amazona, pero ahora vi que Setta Meka era una excepción.

Su hermano, sentado junto a ella, medía siete pies o más. Una especie de gigante, bastante menos delgado que la mayoría de su raza, iba al descubierto y su cabello gris oscuro estaba muy recortado sobre una cabeza alargada provista de los familiares ojos redondos marcianos.

Fijé la mirada en el rostro de Molo, en una ocasión en que volvió la cabeza. Era una cara de aspecto rudo, masculino, con una nariz aguileña y negras y pobladas cejas sobre unos ojos redondos y hundidos. La cara de un bribón, sin duda, aunque la suave piel grisácea estuviera ahora encendida por el alcohol, y la ancha boca, de finos labios, sonriera a la mujer que tenía enfrente.

Como su hermana, se había echado la capa hacia atrás, dejando al descubierto un torso poderoso, musculado, cubierto de cuero, con un ancho cinturón del que pendían ornamentos, algunos de los cuales debían ser armas probablemente.

Ignoro el tiempo que estuvimos contemplando esta silenciosa escena en colores de la mesa del restaurante. Salí de mi abstracción al oír la tranquila voz de Halsey que decía:

—Fíjese en él, señorita Venza. Todo depende de usted.

Transcurrió otro intervalo, Parecía, mientras contemplábamos la escena, que el interés de Molo en la reunión era muy superfluo. Tuve también la impresión de que aunque al principio parecía estar embriagado, ahora no era así. Ni tampoco parecía estarlo su hermana. Parecía que la ansiedad se cebaba en ella; su sonrisa parecía ser forzada; y de vez en cuando daba una rápida y furtiva mirada a través de la festiva escena del restaurante.

Llegaron más bebidas. Los terrestres sentados a la mesa estaban al borde del estupor; y súbitamente Molo perdió completamente su interés en ellos. Se levantó bruscamente de su asiento, haciendo una seña a su hermana, quien hizo lo mismo inmediatamente. Se separaron de la mesa y un empleado del restaurante vestido de rojo acudió a su llamada. Al cabo de un momento atravesaron el local.

Halsey gritó a su audífono:

—¡Francis, manténgalos con nosotros si puede!

Estaban ahora los dos de pie frente a la abierta puerta de una de las habitaciones aisladas del *Red Spark*. Pudimos ver algo de su interior: una mesa coquetamente dispuesta con una serie de luces de

colores encima.

La figura de un hombre apareció allí. Estaba de pie, como si acabara de llegar para encontrarse con los marcianos, y una larga capa con capuchón le cubría por completo. Podría ser una capa magnética «invisible», con la corriente interrumpida ahora.

Antes de que la puerta aislada se cerrara y privara nuestra visión, pudimos echar un fugaz vistazo al interior. El vistazo fue un accidente. Molo, cogido por sorpresa ante la aparición de su visitante, no pudo prevenirse contra él. La figura que esperaba era muy alta, de unos diez pies, y muy delgada. La capucha ocultaba por completo su cabeza. Con una mano sostenía una gran caja circular hecha de un brillante cuero negro, similar a las cajas en que las mujeres llevan sus sombreros de alas anchas. Mientras Molo se le acercaba, dejaba la caja en el suelo. La manejaba como si fuera extraordinariamente pesada; y cuando dio un paso o dos, parecía como si un fuerte peso le empujara hacia el suelo. Justamente cuando Meka cerraba rápidamente la puerta desde el interior, pudimos ver una rápida escena de horror.

La tapa de la caja se había levantado. Dentro de ella había una cosa grande, redonda, de color blanquigris, una cosa viviente; una bola de membrana distendida, con una red de venas y vasos sanguíneos visibles bajo su transparente piel.

La contemplamos asombrados. ¡La bola palpitaba, respiraba! Vi convulsiones de tejido interior bajo la transparente piel de su membrana; un pequeño tentáculo, como si fuera un brazo terminado en una mano plana y fofa tenía en alto la tapa de la caja. La tapa se levantó un poco más; las luces de colores del techo nos permitieron una breve, aunque clara vista.

La cosa que había en la caja era un enorme cerebro viviente. Vi unos ojos protuberantes, que se movían a un lado y otro; un orificio que podría ser la nariz, y una abertura vertical que debía ser la boca. Era una cara. Y el pequeño brazo en forma de tentáculo que mantenía en alto la tapa nacía en donde debía estar la oreja.

¿Era esto algo humano? ¿Un enorme cerebro distendido, con el cuerpo reducido a aquel diminuto brazo?

La palpitante bola se hundió ahora en la caja y la tapa cayó sobre ella. Y, ante nuestra horrorizada mirada, también cayó la puerta de la habitación.

—¡Por los dioses! —exclamó Halsey—. Uno de ellos se ha atrevido a venir aquí, al *Red Spark*. Aquí, casi a la vista del público.

Así que Halsey sabía lo que esto significaba. Sus ojos chispeaban ahora; su rostro estaba lívido, con una emoción tan intensa que se lo

transfiguraba.

—Francis, dígale a Foley que dentro de cinco minutos estaré en la oficina del manager.

Desconectó; nuestra conexión-imagen con el *Red Spark* desapareció.

—Nos vamos al *Red Spark* —anunció—. Esto lo cambia todo. Venza, ahora puede que la necesite más que nunca.

Recogió de su mesa unos cuantos instrumentos y se echó una capa encima.

Hicimos un corto viaje hasta el *Red Spark*, caminando a través del viaducto subterráneo hasta donde, bajo Parque Círculo 29, montamos en un ascensor que nos llevó verticalmente hasta el tejado. En cinco minutos nos encontramos en la ovalada entrada lateral del restaurante.

En la sombría habitación metálica de Orentino, el manager del *Red Spark*, funcionaba una barrera y Foley nos estaba esperando. Podíamos oír su débil zumbido. Ahora podíamos hablar.

Halsey bajó la puerta, declarando inmediatamente:

—Esta mañana mis hombres cogieron una de esas cosas. La tienen ahora en su poder y creo que Molo todavía no sabe de su captura. Un cerebro; estamos convencidos de que entiende inglés y que puede hablar, pero hasta ahora nadie ha sido capaz de conseguirlo. Foley, ordene a ese condenado de Orentino que rompa el aislamiento de la habitación de Molo. Ahora, por los dioses, podremos ver y oír algo.

El asustado manager del *Red Spark* se hallaba en el cuarto de control. Halsey suprimió nuestra barrera, para permitir que las conexiones externas llegaran hasta nosotros. Todos nos agrupamos en torno al espejo-rejilla que había sobre la mesa de Orentino. Foley nos conectó con el cuarto de control. Vimos el rostro de Orentino, los ojos casi saliéndosele de las órbitas a causa del pánico que le dominaba.

—Coronel Halsey, haré todo cuanto me pida.

—¿Qué habitación es la que ocupa el marciano?

—La aislada 39.

—Anule su aislamiento. Hágalo lentamente para que no se dé cuenta. Luego denos conexión, audición y visión.

—Pero yo no dispongo de capta-imágenes en las habitaciones aisladas.

—Corte la barrera. Yo conseguiré la conexión con esa habitación.

Foley estaba ya montando su espejo-rejilla sobre la mesa. El espejo empezó a funcionar algo borroso; luego se aclaró. Teníamos el interior de la habitación secreta, y del diminuto receptor de Foley empezaban

a salir voces.

La imagen mostraba la caja colocada en el suelo, con la tapa encima. La alta y encapotada figura del extraño aparecía de pie junto a la mesa, al lado de Molo y su hermana. Hablaban con rapidez, en voz baja y vehemente. El lenguaje que empleaban era marciano, un dialecto empleado principalmente en Ferrok-Shahn. Nuestro equipo nos lo transmitió y pude entenderlo.

Molo estaba diciendo:

—¡Pero has sido un estúpido al atreverte a venir aquí!

—El Amo sabe que hay peligro. Hay algo que no va bien. —El encapotado extraño hablaba como un extranjero, pero no como marciano, ni terrestre, ni como persona alguna de Venus. Era una entonación extraña, indescriptible, una voz profunda y cavernosa.

—Dije que el Amo está preocupado.

—Déjalo que lo esté.

—Y me pidió que lo trajera aquí para ponerse en contacto contigo. Está disgustado porque estás aquí.

¿Qué horrendo misterio se escondía aquí? Sus miradas parecían dirigirse a la caja del suelo que tenían a sus pies, como si el amo estuviera dentro de ella. Pero la tapa no se levantó.

—Bueno, ya me han encontrado —declaró impaciente Molo—, Cuando me conozcas mejor, sabrás que yo siempre tengo mis razones. Debe hacerse mañana por la noche, no esta noche.

—Pero es que mi Amo no está seguro. —La profunda voz era respetuosa, pero insistente—. Teme que ocurra cualquier cosa; hay algo que no ha salido bien. ¡Está muy intrigado con eso, tratando de recibir el mensaje! Hay un mensaje, eso lo sabe bien. Tal vez de nuestro mundo, del mismo Wandl.

Durante un momento Molo permaneció en silencio. Su hermana no había abierto la boca para hablar. Me di cuenta de que su mirada estaba recorriendo el ámbito de la habitación.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó al fin Molo.

—Elevarnos a tu guarida.

—Pero allí lo tengo todo dispuesto. El contacto está preparado para mañana por la noche. Tu mundo controlará la Tierra.

—¿Y si fuera esta noche?

De nuevo Molo quedó silencioso. Contuve el aliento. En nuestro espejo vi que la capeta del extremo se apartaba un poco. Parecía que no tenía cara; sólo se veía una sombra borrosa.

—¿Pero y si fuera esta noche? —insistió la voz. i —Iré —dijo Molo bruscamente—, pero tu venida aquí ha sido peligrosa. ¿Crees que

podremos salir sin ser detectados? Sabes que nunca iré a donde están montados todos nuestros instrumentos con algún maldito espía siguiéndome loa pasos. ¿Cómo van las cosas en Venus y Marte?

—Bien, según cree mi Amo. Parece que va recibiendo mensajes. Los contactos serán efectuados simultáneamente. —Una horripilante risotada—. La captura de estos tres mundos... los tendremos a los tres encadenados al mismo tiempo. No tienen salvación,

La tapa de la negra caja parecía que se estaba levantando cuando Meka lanío un penetrante grito:

—¡La habitación no está aislada!

Nuestro rayo-espía había sido descubierto. Escuché la ahogada exclamación de Halsey, que estaba junto a mí. Vimos en nuestro espejo un súbito movimiento. La figura encapotada levantó la negra caja con visible esfuerzo y se fue con ella hacia la parte opuesta de la habitación. Me di ahora perfecta cuenta del esfuerzo que tenía que desplegar el gigante para moverse de un lado a otro, como si pesara, aquí en la Tierra, mucho más de lo que estaba acostumbrado a pesar.

—¡Por aquí! —exclamó Molo aturdido—. La puerta de escape; aquí hay una. Meka, ve con él. Después me uniré a vosotros. Ya sabéis dónde.

Foley gritó:

—¡Coronel, puedo detenerles!

Pero Halsey vio en nuestra imagen que Molo se quedaba.

—Espere. Déjelos marchar. Si nos quedamos aquí con el marciano, es mejor.

Vi abrirse la puerta de escape mientras Meka y la encapotada figura con la caja desaparecían por ella. La oscuridad de la terraza exterior envolvió con sus sombras a las huidizas figuras.

Molo se había quedado solo. Cerró la puerta rápidamente. Ahora tenía en una mano su detector, pero Halsey se le anticipó en un segundo o dos. Nuestro captador de sonidos cesó de funcionar; nuestro espejo se oscureció. Indudablemente Molo nunca estuvo seguro de si lo habían estado espiando o no.

Halsey se puso en pie.

—Foley, váyase a la sala principal. Manténgase con él.

Pero no había necesidad de seguir a Molo. Había hecho salir al visitante y su hermana por la puerta de escape, lo que era bastante normal; ahora se había vuelto a la sala principal como si no hubiera ocurrido nada de importancia, y sus ademanes eran de estar algo bebido. Atravesó la sala saludando jovialmente a todos, abriéndose paso entre los alegres comensales, y llegó hasta la mesa alrededor de

la que sus amigos seguían sentados jaraneando.

De nuevo Halsey nos interrumpió el contacto.

—Disponen de una base en alguna parte de la ciudad; ya oyeron lo que dijeron acerca de esto. Tenemos que engañarle para llevarle hasta allí, sin que lo sospeche.

Halsey cogió el audífono.

—Su oportunidad, Venza. Es el único camino. Foley, apártese de ese marciano. Cierre todos los contactos. Dentro de un momento estaré ahí con usted. Envío una muchacha; ella se cuidará de él.

—¿Ahora? —preguntó Venza.

—Sí. Es el único camino. Puede que lo pueda emborrachar. Venza, emplee todas las tretas de que sea capaz.

—¡No! —clamó Snap—. ¡Es muy peligroso!

Anita Se había abrazado a Venza.

—Coronel Halsey, yo también voy.

Halsey clavó en ella la vista, y luego tomó una rápida decisión.

—De acuerdo. Esto es todavía mejor.

Me puse en pie de un salto.

—Coronel, yo preferiría que uno de nosotros dos...

Me sujetó por los hombros.

—¡Gregg Haljan, no acepto sugerencia alguna de usted! —Sus chispeantes ojos me aturdían—. No hay un segundo que perder. No se da usted cuenta que esto significa la destrucción de nuestros tres habitados planetas? ¡Me sacrificaré yo mismo, a usted, o a esas muchachas! Venza, llévese a Anita afuera. Me uniré a ustedes inmediatamente para darles las últimas instrucciones. Llévense con ustedes un audífono portátil.

Se volvió cara a Snap.

—Éste es el único camino. Esos demonios no pueden ser forzados. Usted lo sabe.

Las muchachas se encaminaban a la puerta. Mi vista se tropezó con la angustiada mirada de Snap.

—¡Gregg, no las dejemos ir!

—¡No, no, no lo permitiré!

Pasé por delante de Halsey como una exhalación, con Snap pisándome los talones. Halsey no se movió, pero uno de sus rayos nos alcanzó. Con todos los sentidos paralizados, me sentí desplomar.

—Gregg... no... las dejes...

Snap había caído sobre mí. Mis sentidos no se desvanecieron por completo. Escuché los horrorizados gritos de Anita y Venza, pero Halsey las empujó hacia la salida. La puerta se levantó y vi vagamente

salir a las dos muchachas seguidas de Halsey; y la puerta descendiendo.

CAPÍTULO III

No tengo idea del tiempo que pasó hasta que Halsey regresara. Snap y yo estábamos sentados en un banco de metal adosado a la pared. El efecto del rayo paralizante estaba desapareciendo. Sentíamos un hormigueo por todo el cuerpo y nuestros sentidos todavía seguían confusos.

Halsey se colocó frente a nosotros.

—¿Se han recuperado ya?

Snap balbució:

—Nosotros... la verdad, estamos muy arrepentidos por habernos comportado de aquella forma.

—Sé que lo están. —Su voz era ahora suave—. Si hubiera podido hacer cualquier otra cosa, créanme, lo hubiera hecho. Pero no creo que les ocurra nada malo. Son inteligentes.

—¿Están ahí fuera? —pregunté—. ¿Encontraron un medio de trabar amistad con los marcianos? ¿Cuánto tiempo ha estado ausente de aquí?

Halsey se limitó a mirarme como si no tuviera la intención de contestarme. Y entonces el audífono de la mesa empezó a zumbar.

—Aquí Halsey —dijo—. Sí, los tengo aquí. Enviarlos… ¿dijo usted que los envíe?

No pudimos oír la voz que contestaba, pues Halsey tenía conectado el silenciador.

—No, preferiría no ir. Estoy vigilando algo. Me encuentro en el café *Red Spark*. Bueno, ahora me voy a ir a mi oficina para esperar allí.

Continuó en clave. Como le ocurría a Snap, no tuve ocasión de aprenderla. Las palabras sonaban como sonidos entrecortados. Terminó diciendo:

—Se los enviaré, Grantline. Muy bien, les diré que lo localicen. Inmediatamente, sí.

Desconectó el audífono. Halsey se encaró con nosotros.

—¿Se encuentran ya bien?

—Sí. —Me levanté, arrastrando conmigo a Snap—. ¿Qué es lo que debemos hacer, coronel?

—Así es mejor, Gregg. —Sonrió, aunque todavía su rostro aparecía preocupado—. Quería que estuviesen ustedes aquí para esperar esta llamada del Cónclave de Seguridad Pública. Se reunieron a medianoche. Han ordenado que ustedes dos se personen allí.

—¿Es una reunión secreta, verdad? —preguntó Snap—. Esta noche no se mencionó nada de ella en la radio.

—Sí, secreta. —Nos estaba acompañando a la puerta—. No les entretendrán más de media hora. Cuando terminen, vuelvan a mi oficina. Pueden venir libremente. —Tenía una mano en el resorte de la puerta—. Adiós, muchachos. Foley les acompañará a la habitación de servicio. Tienen que tomar un cilindro de correos para la estación-desvío 20 Postal. Desde allí les enviarán a la sala de reunión del Cónclave.

La puerta se levantó.

—Cuando lleguen —añadió—, pregunten por Johnny Grantline. Tienen que sentarse a su lado.

Nos indicó que nos marcháramos y la puerta descendió delante de él. Caminábamos con paso inseguro por el corredor cuando Snap me cogió fuertemente por un brazo.

—Por lo que a mí atañe —susurró rápidamente— iré a ese condenado Cónclave: porque se me ha ordenado. Pero no permaneceré allí mucho tiempo. En cuanto salga de allí, me largo a toda prisa hacia el *Red Spark*, a menos que me parta un rayo.

Estuve de acuerdo con él. Teníamos un cuadro mental de Anita y Venza metidas en la sala pública del *Red Spark*. Indudablemente Orentino habría ideado una forma para que ambas se pusieran en contacto con Molo. Estarían sentadas en el *Red Spark* con aquel grupo de borrachos, pero en menos de una hora estaríamos de vuelta.

Pero cuando cruzamos diagonalmente una esquina de la sala principal guiados por Foley, pudimos echar un rápido vistazo a la mesa de Molo. La reunión continuaba, ¡pero Molo, Anita y Venza habían desaparecido!

No disponíamos de tiempo para informarnos. Foley nos abandonó bruscamente y otro hombre ocupó su lugar. En la sala de servicio esperaba un cilindro de pasajeros. Nuestro guía se metió dentro con nosotros.

Al llegar a la estación de desvío nos faltaba la respiración. Después de diez minutos más en el tubo, llegamos a nuestro desconocido destino. Se abrió el cilindro por su parte corrediza. Nos encontramos acompañados por un solo guarda; Johnny Grantline avanzaba a través de un lúgubre viaducto para recibimos.

—Bueno, ya están ustedes aquí, Gregg. Aquí están ocurriendo cosas tremendas. Pasen; les pondré al corriente.

—Nos dijeron que viniésemos —dijo Snap.

—Sí, pero todavía no les necesitan. Vengan aquí.

Grantline despidió al guarda y nos condujo a través de un acolchado viaducto hasta una sala de techo bajo y abovedado, desprovista de ventanas y oscura. Enfrente había una puerta entreabierta y Grantline atisbo a través de la abertura. Se veía el resplandor de luz procedente de la habitación contigua y el murmullo de muchas voces.

Grantline cerró la puerta.

—Siéntense y les contaré...

—¿En dónde estamos? —pregunté.

—En la Sala del Noveno Cónclave.

Yo conocía su situación: Manhattan, á elevada ah tura bajo el techo de la ciudad.

Grantline extrajo pequeños cigarrillos cilíndricos.

—Calmen sus nervios, muchachos; lo van a necesitar.

Nos sonrió. La mano que sostenía el encendedor para encender mi cigarrillo estaba tan firme como los cimientos de una torre, pero estaba excitado. Lo pude adivinar por el brillo de sus ojos y el temor que se notaba en su voz.

—¿Qué ocurre? —preguntó Snap.

—Se trata de esa astronave invasora. ¡Cielos, cuando se enteren de lo que se ha averiguado sobre ella!

—Bien, ¿qué? —pregunté.

Explicó entonces someramente lo que esta noche había escuchado en el Cónclave. El misterioso invasor estaba habitado.

—¿Cómo lo saben? —inquirió Snap.

—Esperen. Les contaré el resto. Ese maldito objeto cambia su órbita. ¡Maniobra como una nave espacial! Está parada en el espacio; está ahora detenida entre Marte y Júpiter. Un mundo tan grande como una quinta parte de la Luna, y los seres que tiene dentro pueden controlar sus movimientos. Lo han traído hasta nuestro Sistema Solar desde el espacio interestelar. Evidentemente el punto en que se han detenido es el que les interesa. Se han quedado allí para disponerse a atacar, no solamente a nosotros, sino también a Marte y Venus simultáneamente.

Grantline nos miró a través del humo de su cigarrillo. Era bastante parecido a Snap, pequeño, nervudo, de movimientos rápidos y locuaz, aunque más viejo. Su cabello era grisáceo en las sienes; su voz era autoritaria, como el que está acostumbrado a mandar hombres.

—No me pregunten por los tecnicismos que les han llevado a esas conclusiones. No soy astrónomo. Me limito a relatarles sus conclusiones y lo que han sido sus discusiones durante la pasada hora.

Cierto era que no teníamos ganas de argumentar con él. Lo que habíamos visto en el *Red Spark* encajaba con sus palabras.

Continuó con palabra rápida;

—El ataque, sea de la naturaleza que sea, es inminente. No será el mes que viene, ni la próxima semana, sino ahora. ¡Cielos! Gregg, no le censuro por mirar de esa forma. Ustedes no saben lo que ha estado ocurriendo en la Tierra, Venus y Marte durante estos dos últimos días. Todo ha sido llevado en secreto. Ni yo tampoco lo sabía, hasta que esta noche me enteré aquí. Los Estados Unidos del Mundo, la Unión Marciana y el Estado Libre de Venus están preparándose para la guerra. Todas las naves gubernamentales de la Tierra han sido puestas en estado de guerra. No vamos a sentarnos tranquilamente esperando que aterricen los invasores; la guerra no tendrá efecto en la Tierra, si podemos conseguirlo.

Todos mirábamos asombrados. Snap preguntó:

—¿Qué les hace estar tan seguros?

—¿De que es inminente la guerra? Muchas cosas. Este nuevo planeta ha enviado astronaves. El planeta está suspendido a sesenta millones de millas de nosotros, a cuarenta millones de Marte y a casi noventa millones de Venus. Probablemente su jefe piensa que es el punto más estratégico. Luego envió astronaves, tres de ellas. Una está suspendida cerca de Venus, otra cerca de Marte y la tercera a unas doscientas mil millas de la Tierra. Han desaparecido algunas de nuestras naves comerciales interplanetarias; parece ahora que se han debido tropezar con esas astronaves invasoras y han sido destruidas.

»Todavía más, y peor: esas tres naves han desembarcado ya enemigos en Marte y Venus. Los helio-informes mencionan misteriosos encuentros en Ferrok-Shahn y Grebhar. Durante tres o cuatro días el pánico ha cundido en Marte; en Venus casi lo mismo. Y algunos han aterrizado aquí. Posiblemente no son muchos; pero uno ha sido capturado. Una cosa… ¡Cielos! Es algo indescriptible.

Estábamos perfectamente de acuerdo con él, puesto que Snap y yo, acabábamos de ver una.

—La han traído aquí —seguía diciendo Grantline—. Han tratado de hacerla hablar. No han podido, pero están probándolo otra vez.

Se puso en pie de un salto y se fue hacia la puerta.

—Ahora la traen. —En el rostro de Grantline se advertía una mueca de horror.

Estábamos ahora apiñados junto a la pequeña puerta ovalada. Daba la un oscuro balcón de la Sala del Cónclave. Las vigas del techo de la ciudad estaban sobre nosotros. Había unos cuantos espectadores

oficiales sentados en la oscuridad del balcón, pero nadie se fijó en nosotros.

El suelo inferior del salón estaba iluminado. Alrededor de las pulimentadas y oblongas mesas estaban sentados un centenar de científicos y destacados representantes oficiales de los tres mundos. Cerca del centro del salón había una pequeña plataforma. Sobre una mesa colocada en ella, alguien acababa de dejar una caja circular negra, similar a la que habíamos visto antes.

El salón estaba enmudecido y tenso. Sobre la plataforma permanecían un grupo de representantes oficiales terrestres. Uno de ellos tomó la palabra.

—Aquí está, caballeros. Y esta vez, va a hablar.

Grantline susurró:

—Éste es el ministro de la Guerra del Gran Londres.

Le reconocí: Brayley, comandante en jefe de los Ejércitos de Tierra, Aire, Mar y Espacio de los Estados Unidos del Mundo. Era de una estatura gigantesca, de cabellera grisácea. Un hombre nacido para mandar, sin duda.

Junto a él, aparecía Nippor, el representante japonés en el Gran Nueva York, que parecía un pigmeo a su lado. Los dispositivos acústicos del silencioso salón nos trajeron su suave voz.

—Temo emplear drogas. ¿Debemos usar la fuerza? Es vital.

—¡Sí, lo que sea!

Parecía que todos los asistentes del salón estaban temblando: la tensión que se había apoderado de todos me sacudía como una corriente eléctrica. Brayley levantó la tapa de la caja, metió la mano dentro y levantó la horrible cosa. La mantuvo en lo alto, una bola de palpitante membrana blanquigris provista de dos patas. Otro cerebro viviente.

—¡Ahora, maldito bicharraco, vas a tener que hablar! ¿Lo entiendes? Te vamos a hacer hablar. Aparten esa caja.

Arrojaron la caja al suelo y Brayley colocó el cerebro sobre la mesa.

Un rayo de luz, enfocado sobre él, reveló debajo de la tensa membrana los repliegues del cerebro. Parecían purpúreos gusanos enmarañados. Los vasos sanguíneos estaban distendidos, casi a punto de estallar. La horrible cara, con aquellos protuberantes ojos y aquella abierta boca, mostraba una terrorífica mueca de terror. Del lugar que debían ocupar las orejas, bajaron dos brazos corvos de carne fláccida y color blanquigris, que se apoyaron en la mesa. Y ahora descubrí que tenía un reducido cuerpo, encogido bajo su mismo peso, o eran quizás

piernas.

—Ahora, maldito seas —decía Brayley frotándose las manos en una áspera toalla—, por última vez: ¿vas a hablar?

Los desorbitados ojos mantenían una mirada aterrorizada, aunque preñada de odio, contra el rostro de Brayley. ¿Entendía lo que le decíamos? Sus ojos miraban hacia donde estábamos nosotros y de pronto levantó la mirada, de modo que por un instante me pareció ver dentro de ellos. Y entonces me llamó la atención: era una cosa con más inteligencia que yo. Algo humano, con un cerebro tan desarrollado que a través de millares de generaciones el cuerpo se había ido reduciendo, hasta casi desaparecer. Allí se albergaba una mente, una inteligencia monstruosa.

¿Eran éstos los seres del nuevo planeta que habían venido a atacarnos? ¿Pero cómo podría esta inútil criatura, incapaz claramente de hacer nada, salvo pensar, hacer el trabajo de su mundo?

Entonces recordó de nuevo la habitación aislada del café *Red Spark*; la figura delgada encapotada de diez pies de altura que llevaba la caja. Era ésta, tal vez, un tipo opuesto de ser, con el cerebro adormecido, empequeñecido, y el cuerpo muy desarrollado? ¿Existían en el misterioso planeta dos tipos coexistentes, cada uno de ellos con una misión, uno para desarrollar el trabajo físico y el otro el mental?

Yo permanecía con Snap y Grantline en la puerta de aquel oscuro balcón, mirando abajo, bacía donde el gigantesco cerebro se sostenía con sus fláccidos bracos y piernas, y me di cuenta del por qué nosotros, los de la Tierra, Venus y Marte estamos forjados en el mismo molde que llamamos humano. Nuestro Sistema Solar está formado por un reducido número de planetas; durante incontables evos hemos sido vecinos cercanos. Los mismos rayos de Sol, las mismas condiciones generales de vida, la misma semilla, fueron esparcidos aquí por un sabio Creador. Un hombre de Oriente es diferente a un anglosajón; un hombre de Marte difiere algo más. Pero, básicamente, son lo mismo.

Sin embargo, teníamos ahora enfrente a un nuevo tipo, procedente de mundos mucho más allá de nuestro Sistema Solar.

—Por última vez, ¿vas a hablar? —bramó Brayley.

Otro intervalo de silencio. Los ojos del cerebro estaban muy vigilantes. Su mirada recorría el salón como si anduviera en busca de ayuda. Movió sus pequeños brazos apoyados en la mesa, como si se sintiera exhausto de soportar su propio peso.

La voz de Brayley se dejó oír de nuevo:

—Indudablemente puedes sentir el dolor. Ahora veremos.

Venciendo su repugnancia con un esfuerzo de voluntad que sólo

podíamos adivinar, alargó una mano y pellizcó el diminuto brazo. El resultado fue electrizante. De aquella boca vertical bajo aquellos ojos saltones, brotó un grito. Fue un alarido espantoso, inhumano, algo como jamás habíamos oído, que atravesó el tenso silencio de la sala con su timbre espeluznante. Y llevaba en sí la agonía, como si Brayley no le hubiera pellizcado simplemente aquel blandengue brazo, sino que le hubiera metido un cuchillo al rojo vivo en sus partes más vitales.

El cerebro podía sentir verdaderamente el dolor. Se agachó, con las piernas y brazos tensos. La membrana de su gran cabeza parecía hincharse, dilatándose tensamente; los anudados vasos sanguíneos aparecían ingurgitados de purpúrea sangre. Los ojos daban vueltas. Luego cerró la boca. Su mirada se clavó fijamente en el rostro de Brayley, una mirada tan venenosa que cuando vi el reflejo de su luminoso brillo purpúreo, un estremecimiento de miedo y asco recorrió todo mi ser.

—¿Así que no te mueres por esto, eh? —Brayley clamó el tono de su voz—. Si no quieres más, será mejor que hables. ¿Cómo llegaste a la Tierra? ¿Qué es lo que pretendéis hacer aquí?

Transcurrió un momento de silencio que pareció interminable. Luego Nippor dio un amenazador paso hacia delante.

—¡Habla! ¡Te lo arrancaremos a la fuerza!

Y entonces habló:

—No... me... toquéis... más.

¡Indescriptible voz! Nadie podría decir si era humana, de animal o de monstruo. Pero las palabras eran claras, precisas; y no obstante su terror, parecían contener una tajante orden.

Una ola de excitación recorrió la sala, pero el gesto de Brayley la silenció. Avanzó unos pasos y se agachó junto al palpitante cerebro.

—Así es que puedes hablar. Viniste como enemigo. Te hemos ofrecido hoy todas las oportunidades de nuestra amistad, y las has rehusado. ¿Qué es lo que tratáis de hacernos?

Aquello se limitó a mirarle.

—¡Habla!

—No te diré nada.

—¡Oh, sí, hablarás!

—¡No!

Todos los hombres de la plataforma se acercaban ahora al cerebro.

—¡Habla! —ordenó de nuevo Brayley—. Aquí, en el Gran Nueva York, tenéis un lugar secreto. ¿Dónde se: encuentra?

No hubo: respuesta.

—¿Dónde está? Tal ve? seas un dirigente de tu mundo. Yo dirijo el nuestro, y ahora estás en mis manos. ¿Dónde está ese lugar secreto?

Aquello empezó de pronto a reír, con un cacareo espeluznante, tremebundo.

—Lo sabrás cuando sea demasiado tarde. Me parece que ya ahora es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para salvar tu mundo. ¡Vuestros tres mundos están perdidos!

Terminó con un grito de dolor cuando Nippor le cogió uno de sus pequeños y curvos brazos.

—¡Habla!

—¡No! —gritó de nuevos—. ¡Dejad… me marchar!

—¡Habla! —Nippor atenazó con más fuerza el brazo. Aquello empezó a retorcerse y la fina membrana de la bola palpitaba ferozmente. Y de repente reventó. Sobre toda su purpúrea superficie, empezó a manar la sangre a borbotones.

Nippor y Brayley se echaron vacilantes hacia atrás. El grito del cerebro terminó con un estertor de muerte. Las diminutas piernas y reducido cuerpo se metieron bajo la bola, que se hundió hacia un lado, sobre un brazo y oreja y en aquel momento dejó de palpitar. Era una masa de sangre púrpura desinflada.

Estaba muerto.

CAPITULO IV

—¿Pero han hablado del marciano, Molo, durante la conferencia? —dije.

—Discutieron sobre Molo antes de que llegaran ustedes —explicó Grantline.

Nos habíamos apartado de la entrada. Una vez retirado el muerto cerebro, la conferencia prosiguió. Snap y yo nos habíamos olvidado momentáneamente de Anita y Venza; pero ahora nos sentíamos impacientes en extremo por volver al *Red Spark*.

—Pero no pueden irse —decía Grantline—. Brayley les ordenó que vinieran aquí. Querrá verles dentro de un momento.

—Bueno, ¿y por qué no nos llama ahora? —protestó Snap—. No me voy a quedar aquí quietecito como una estatua.

—Oh, sí, tendrá que hacerlo.

Grantline se fue a avisar a Brayley de que le estábamos esperando. La respuesta llegó al momento. Teníamos que aguardar un poco más; necesitaba vernos.

Le relatamos a Grantline rápidamente lo que había sucedido en el *Red Spark* y nos enteramos de que ya estaba informado. Francis lo había retransmitido a la conferencia, y Halsey estaba en comunicación constante con los personajes oficiales que asistían a la misma.

—¿Y cuál es ahora la situación? —inquirí—. ¿Dónde están las muchachas? ¿Tiene Halsey noticias de ellas?

De nuevo Grantline se fue a una sala cercana.

—Anita envió un mensaje —dijo cuando volvió—. Están con Molo. Halsey tiene preparado un grupo de hombres para que estén dispuestos a entrar en acción.

Grantline nos comunicó lo que había ocurrido en el *Red Spark*. Anita y Venza, simulando estar embriagadas, con una pericia para representar su respectivo papel que yo ya sabía poseían, se habían unido a la reunión de Molo. Si Meka hubiera estado allí, probablemente las hubiera desenmascarado.

Pero Molo no. Y me enteré de que el marciano estaba lejos de estar sereno, aunque seguramente él no se había dado cuenta de ello. Cedió al requerimiento de ellas de abandonar el restaurante con él. Él quería, según sabemos, salir secretamente; pero Venza le amenazó con provocar una escena a menos que la dejara ir con él.

Se las llevó a la calle, saliendo públicamente y tomando los tres un coche de alquiler. Indudablemente al principio trató de despistarlas en

alguna parte, pero ¿Has le convencieron de que no le seguía nadie. En dos ocasiones hizo uso de su detector, pero Anita y Halsey fueron lo suficiente listos para interrumpir a tiempo sus rayos, evitándolo. Luego Halsey perdió la conexión con el coche y después de esto, Molo cambió de idea respecto a desembarazarse de las muchachas.

—¿Pero dónde están ahora? —pregunté.

—Usted —dijo severamente Grantline— es ajeno a esto. ¿Cree usted que Halsey, cumpliendo las órdenes de Brayley, va a perder cualquier oportunidad de descubrir el lugar en que se oculta Molo? Hay algo que se cierne sobre nosotros. Esta conferencia está tratando de ello. En Grebhar y Ferrok-Shahn están empeñados en averiguar qué es. Algo que está a punto de ocurrir «ahora». De Venus y Marte nos llegan continuamente heliógrafos. Están movilizando sus naves espaciales, igual que nosotros.

Al fin Grantline, con su golpe de genio, estaba desembuchando cuanto sabía.

—Halsey no les informó de que todos los recursos de su organización están empeñados esta noche en esto. Aquí, en este cónclave, hay un departamento de clasificación de informaciones. De ahí es de donde salí hace un momento. Todas las naciones de nuestra Tierra se están preparando... ¡para lo que nadie sabe! Ha recibido dos llamadas fragmentarias de Anita. Tiene un centenar de hombres dispuestos para correr en ayuda de ellas y capturar a Molo en su escondrijo. Espera otro mensaje de Anita de un momento a otro. Esta conferencia conoce todos los movimientos que se llevan a cabo a los diez o veinte segundos de su realización. Tal vez de Anita y Venza dependa el éxito de la operación.

Carecíamos de respuesta para esto.

—¿Saben ustedes quién es Molo? Es un pirata interplanetario; su nave es la *Star-Streak*.

—¡Cielo Santo!

Estábamos enterados de sus correrías. Durante cinco años, una astronave color gris, con una supuesta base en los desiertos polares de Marte, había estado aterrorizando la navegación interplanetaria.

—Creen —prosiguió Grantline— que Molo se encontraba navegando a bordo de su astronave pirata. Tiene, como saben, una banda de criminales recogida de los tres mundos. Son unos cincuenta, mandados por él y su hermana. Pensamos que Molo se tropezó con las tres naves que envió ese nuevo planeta y que la *Star-Streak* fue capturada, tal vez destruida. Molo y su banda se unieron a este nuevo enemigo para salvar la vida y también porque se les prometió que se

les recompensaría.

—¿Pero para qué necesitarían esos cerebros su ayuda? —preguntó Snap.

—¿No diría usted que porque en Ferrok-Shahn, Grebhar y aquí en el Gran Nueva York debe hacerse algo esta noche, simultáneamente, algo que los cerebros solos no pueden hacer? Molo y su banda conocen las tres ciudades. Nadie sabe cómo aterrizaron aquí en el Gran Nueva York; la nave enemiga está a 200.000 millas de distancia. Está claro que proceden de ella y que aterrizaron secretamente en algún lugar de la Tierra por medio de una nave más pequeña, abriéndose camino hasta aquí.

Un zumbido sonó a nuestras espaldas. Una voz ordenó:

—Grantline, acompañe inmediatamente a Gregg Haljan y Daniel Dean a la sala número seis.

En la sala seis nos encontramos frente al ministro de la Guerra, que había llegado un momento antes que nosotros.

—Hola, Haljan y Dean, me alegro de verles.

Estaba todavía pálido y alterado. Por su frente corría el sudor, que se enjugaba en aquel momento.

—Acabo de pasar por una dura prueba. —No nos sugirió que tomáramos asiento. Prosiguió nerviosamente—: Sin duda Grantline les habrá informado de lo que sucede. Espantoso, terrorífico. Haljan, esta noche vamos a enviar de servicio una astronave. Usted la conoce, la *Cometara*.

—La conozco —dije.

—Muy bien. Va a despegar tan pronto como la tengamos preparada. Llevará a bordo unos cincuenta hombres. Grantline está a cargo del armamento y la tripulación. Queremos que usted, Dean, se haga cargo del radio-helio.

—De acuerdo —dijo Snap.

—Y usted, Haljan, debe pilotarla. No encontramos a nadie mejor.

Hizo un ademán, deteniendo mi gesto de agradecimiento.

—Dentro de poco tiempo tendremos en el espacio treinta naves como ella. Marte y Venus están también movilizando.

Se levantó.

—Sabemos, Haljan, que si hay alguien que pueda pilotar la *Cometara* con la suficiente maña para combatir a este acechante enemigo, ése es usted.

—Haré lo máximo, señor.

—Lo sabemos. La nave despegará de la Plataforma Internacional de Tappan poco después del alba. ¿Cuándo durmieron por última vez?

—La pasada noche —contestamos ambos.

—Muy bien. Entonces necesitan dormir. Vayan inmediatamente al Pabellón Militar de Tappan. Su comandante les acomodará allí. Aliméntense, y duerman si pueden. Les necesitaremos en buena forma. Tienen que prescindir de las diversiones esta noche, ¿comprenden?

—Sí, señor.

Un ordenanza se acercaba a Brayley.

—Vuelvo en seguida, Rollins.

Nos estrechó la mano.

—Puede que no les vuelva a ver hasta que esto haya terminado. Buena suerte, muchachos. Grantline, le necesitan un momento en la sala; algo sobre armamentos electrónicos y otro equipo para la *Cometara*. Luego es mejor que se vaya al Pabellón de Tappan también para descansar.

Se habían despedido de nosotros. Snap y yo nos miramos vacilantes. Luego dije impulsivamente:

—Señor Brayley, el detective-coronel Halsey tiene en servicio dos muchachas.

—Sí, estamos al cuidado de eso, Haljan.

—Son las muchachas con las que vamos a casarnos —añadí—. ¿Podemos comunicarnos con el coronel Halsey?

—Sí. Llámenlo desde aquí. —Sonrió débilmente—. Pero apártense de eso; les necesitamos al amanecer.

La plataforma de despegue de Tappan estaba a unas pocas millas más arriba del Hudson; podíamos llegar allí en una media hora. Estaba ya bien entrada la noche. Yo llevaba mi audífono portátil y me puse en seguida en comunicación con Halsey.

—¿Es usted, Gregg?

—Sí. Hemos terminado ya el asunto del Cónclave. ¿Dónde está Anita?

—Escuchamos dos veces su voz. Estoy esperando...

Pudimos oír que alguien le interrumpía. Luego volvió su voz.

—¿Gregg? Molo se las llevó a algún sitio. No me atreví a seguir la conexión.. ¿Molo tiene en: funcionamiento su detector y Anita me advirtió que no tratara de comunicarme con ella. Ella misma tuvo que interrumpir la conexión. Dios sabe las dificultades que tendría que vencer para decirme todo esto.

Su voz, como la de Brayley, tenía el timbre de un hombre que estuviera a punto de desmoronarse. Me daba cuenta de lo que Halsey debía sentir, forzado a quedarse en su despacho, sentado a su mesa y rodeado de dispositivos por todas partes, centralizando, la red de sus

dilatadas actividades; forjando sus decisiones, mandando sus órdenes a un centenar de sitios casi simultáneamente, mientras su cuerpo se veía obligado a permanecer en la inercia.

—Gregg, ahora las muchachas deben haber llegado ya al escondite de Molo. ¡ Si solamente supieran en dónde se encuentran! Tengo espías apostados en toda la ciudad con equipo intrincado y completo. Gregg, es preciso que desconecte.

—Coronel, facilíteme la frecuencia de Anita. Tal vez Snap o yo podamos recoger el mensaje.

Nos informó de la misma y luego desconectó.

—Probemos esa frecuencia —sugirió Snap—. Tenemos que hacer algo.

La puerta corrediza se levantó súbitamente y apareció un hombre.

—¿Haljan?

—Lárguese —rugió Snap—. Hemos recibido órdenes; no aceptamos ninguna de usted.

—Los nombres de Gregg Haljan y Daniel Dean aparecen en los espejos.

Alguien de la ciudad quería vernos; nuestros nombres aparecían en los diversos espejos-rejilla expuestos públicamente por toda la ciudad, con la esperanza de que contestáramos.

—Eso es diferente —dijo Snap—. Ande, sea buen chico, conteste por nosotros. Estamos ocupados.

—Debe ser muy importante —insistió el hombre—. Quien puso el anunció acudió a la Oficina de Investigación les localizaron desde allí. Pagó los derechos más elevados para que les buscaran. Una llamada de urgencia.

Era ilegal solicitar los servicios de la Oficina de Investigación a menos de que la llamada se basara en un peligro inminente.

—La contestaremos —dije.

—Vengan conmigo. —Volvió a la izquierda y se metió en el pasillo.

Nos metimos apresuradamente con él en una cabina del pasillo. En el audífono del interior me puse en comunicación inmediatamente con la voz y la cara dé un hombre que estaba cubierta por una barba de dos días.

—¡Haljan, Gracias a Dios que contesta! Soy Dud Ardley. Shac está conmigo. Escuche, estamos en el corredor subterráneo inferior, Lateral 3, bajo Broadway. Shac y yo acabamos de ver por aquí a sus muchachas.

¡Noticias de Anita y Venza! Podía ver en la imagen del espejo, detrás de la cabeza de Dud, el contorno de la pequeña cabina pública

desde la que efectuaba la llamada. Él y su hermano, en alguna de sus correrías ilícitas de costumbre por el sub-Manhattan, Lado Este, habían visto a unas personas apearse de un coche de alquiler. Habían podido ver los rostros de Anita y Venza. Las muchachas llevaban capa y capucha puesta; un encapuchado las acompañaba. El coche de alquiler se marchó rápidamente y las encapuchadas figuras, súbitamente invisibles dentro de sus capas magnéticas, desaparecieron.

—No pudimos hacer nada. Ya sabe que no estamos muy bien con la policía, así que convenimos en llamarle inmediatamente.

—Dud, ha sido algo magnífico. ¿Dónde están ustedes? Dígamelo otra vez.

Los Ardley, ignorando los sucesos de esta noche, supusieron que las muchachas habían sido secuestradas y decidieron que debían informarme.

—Estupendo, Dud. Vamos en seguida. ¿Nos van a esperar?

—Claro. Si lleva encima detectores, seguramente les podremos seguir la pista. No estaban a más de un cuarto de milla de aquí, arriba, hacia el río. Por aquel lugar hay muchos vertederos putrefactos.

—Espérenos, Dud. Vamos volando.

Desconecté de golpe el audífono. Snap, que estaba junto a mí, se había enterado de todo. Apartó a un lado al aturullado ordenanza.

—¿Cuál es la salida más cercana de aquí?

—La del techo de la ciudad, señor. Suban por esa rampa.

Nos lanzamos rampa arriba dando vueltas en forma de espiral y pasamos por una estrecha salida, encontrándonos en el techo de la ciudad, iluminados por la luz de las estrellas.

—¡Conéctalo, Gregg! No se puede saber; su mensaje puede llegarnos en cualquier momento.

Ajusté mis bobinas a la raramente usada frecuencia que Halsey nos había dicho emitía el transmisor de Anita.

—¿Hay algo, Gregg?

—No, sólo silencio.

Cuando surgimos al techo de la ciudad por la abertura del Salón del Cónclave, un guarda-techo nos avisó que no podíamos permanecer encima; el techo de la ciudad no estaba abierto al tránsito público. Pero, tras presentarle nuestras credenciales, el guarda nos facilitó un tranvía-mano de un solo asiento y emprendimos la marcha, a través de la desierta ruta, enfilando hacia el Sur.

Era una noche sin nubes, con un cielo salpicado de estrellas que parecían diamantes sobre un terciopelo purpurino. El techo de la

ciudad resplandecía con el fulgor de las estrellas. En tiempos de mi bisabuelo, no existía techo alguno; la abierta ciudad estaba expuesta a todas las inclemencias del tiempo. Pero gradualmente las arcadas y viaductos aéreos, puentes y balcones que unían las calles entre los gigantescos edificios, se convirtieron en un techo. El techo se fue extendiendo, ora plano, ora empinado para alcanzar la cumbre de los más altos edificios, como si fuera una gigantesca y arrugada sábana apoyada en las rodillas de durmientes gigantes. Parte del techo estaba formada de opaca aluminita, formando remiendos oscuros que alternaban con grandes pedazos de un material vidrioso que en algunos sitios admitía la luz del día.

Nuestro pequeño tranvía corría velozmente con dirección al Sur, deslizándose por encima de las terrazas. Exceptuando los guardias que de vez en cuando encontrábamos metidos en sus garitas y los encargados del tráfico aéreo de las torres, estábamos completamente solos. El tejado estaba atestado de tubos conductores de aire, antenas, líneas eléctricas y mecanismos de los sistemas de ventilación e iluminación. Hasta donde la vista podía alcanzar, se podían ver los ventiladores vueltos cara a la brisa de la noche como si fueran orejas escuchando atentamente. También había enormes tanques para recoger el agua y la nieve y canales para que corrieran por ellos. Unas cuantas torres de control mantenían el orden en las rutas aéreas. Sus reflectores iluminaban el cielo controlando can sus señales el paso del tráfico aéreo.

Fuimos detenidos a intervalos, pero en todos los casos nos permitieron continuar prontamente nuestro viaje.

—¿Nada todavía, Gregg?

—No.

Seguíamos sin noticias de Anita. Creo que no estuvimos más de diez minutos corriendo velozmente hacia el Sur a través de aquel grotesco y enmarañado tejado; pero para nosotros pareció una eternidad. ¡Si al menos hubiésemos recibido un mensaje!

—Voy a parar aquí.

—Sí.

Cogí mi pequeño audífono y lo metí bajo mi oscura y flameante capa. ¡Lástima que nuestras capas no fueran magnéticas!

Saltamos de nuestro coche.

—¿Lleva prisa, Haljan? —preguntó un guarda.

—Cumplimos órdenes del señor Brayley.

Dejamos al guarda y nos introducimos en un ascensor automático descendente. Un descenso de mil pies; fuimos desligándonos hacia

abajo pasando por todos los desiertos niveles; el nivel del suelo, los callejones subterráneos para el transporte, los tubos bajo el lecho del río y el nivel más bajo, en el mismo fondo de la ciudad.

—Vamos, Gregg. No está lejos de aquí.

Echamos a correr. A esta hora, apenas se veía algún que otro peatón en nuestro camino. Pasábamos por un corredor abovedado, casi un túnel, mal iluminado por cortos tubos fluorescentes colocados a intervalos en el techo. A pesar de todos los cacareados mecanismos de nuestro tiempo, el aire estaba aquí viciado y corrompido. La humedad rezumaba en el cemento del techo y en el piso metálico; el aire olía a tumba.

Había muchas bocas de túneles. Nos metimos en una de ellas, doblando hacia el Este. Pasamos por un sitio en donde el túnel-corredor se ensanchaba formando una plaza subterránea. Las cañerías del alcantarillado parecían representar entrelazadas serpientes descansando en el suelo. Casi en medio del mismo, y alumbrados por la luz de unas lámparas provisionales colgadas de un cable, estaban trabajando un grupo de hombres. Pasamos junto a ellos, en derechura hacia donde el túnel se estrechaba de nuevo, y ahora nos encontrábamos a, nuestro paso con pequeñas entradas que conducían a viviendas subterráneas.

Desde aquí hasta el río, parecía una conejera, una zona frecuentada por criminales y en la que vivían miserables familias, muchas de las cuales permanecían a veces semanas enteras sin ver la luz del sol. Las voces gigantescas de la ciudad llegaban apenas aquí abajo, y un silencio estremecedor se cernía por doquier.

—El próximo cruce, Gregg. Nos dijeron que esperarían allí.

Delante de nosotros teníamos un estrecho túnel que desembocaba en el nuestro. En unas cuantas entradas de las viviendas subterráneas había luz, pero la mayoría estaban escuras.

—Calma, Snap. No vayas tan de prisa.

Snap dejó de correr y ambos continuamos el camino caminando con más calma. Llegamos a la entrada del túnel, pasando antes por delante de una pequeña cabina iluminada que disponía de audífono. Evidentemente desde aquí Dud y Shac se habían puesto en comunicación con nosotros. Debían estar aquí esperándonos; pero no había nada más que los lúgubres túneles.

—¡Algo ha ocurrido! —Snap me cogió por un brazo fuertemente; nos envolvimos en nuestras capas y nos ocultamos en un sombreado hueco. Bajando una rampa, a nuestras espaldas, llegó una camioneta cargada de artículos alimenticios. Frenó en la entrada de una arcada.

El conductor descargó las cajas dejándolas en el suelo y un momento después el vehículo remontó la rampa, desapareciendo rápidamente.

El silencio que sobrevino fue roto por un ahogado lamento muy cerca de donde nos encontrábamos; luego cesó abruptamente. A veinte pies de nosotros vimos dos figuras que yacían sobre el pavimento, en una sombra, en donde el tubo-correo descendía formando una curva para desaparecer después en la pared del túnel.

Nos agachamos junto a las figuras de dos hombres. Estaban tendidos juntos, uno casi encima del otro, dos figuras vestidas de oscuro con rostros lívidos y ojos desmesuradamente abiertos. Uno de ellos se movió un poco y luego quedó inmóvil.

Eran Shac y Dud Ardley.

—¡Asesinados, Gregg! ¡Dios mío!

Ambos estaban muertos, pero en sus cuerpos no se advertían señales de violencia.

Me recobré de la emoción.

—Snap, no podemos permanecer aquí ofreciendo un blanco espléndido.

Arranqué a Snap de allí. Corrimos un corto trecho. La luz de la boca del otro túnel nos alumbraba directamente.

—Aquí no, Snap. ¡Corre, corre!

Encontramos un refugio un poco más adelante del curvo túnel. Snap murmuró:

—Las muchachas pasaron por aquí. ¿Pero por dónde, Gregg?

—¡Como si yo lo supiera!

Sentí entonces bajo la camisa, en mi piel, el hormigueo del ánodo de mi audífono. ¡Una señal! Pude vislumbrar entre la oscuridad el blanco rostro de Snap mientras contemplaba como extraía el aparato.

Oímos una diminuta voz microfónica, la voz de Anita.

—Coronel Halsey. Sí, tengo las señas. Lafayette 4... pasillo Este, último nivel. Una entrada descendente. No me vuelva a hablar. ¡Sólo tengo un minuto! Venza a salvo... pero envíe ayuda. Hay algo que no comprendemos... hay aquí un extraño mecanismo.

Luego la voz de Halsey interrumpiéndola:

—¡Huya, Anita! ¡Usted y Venza!

—No podemos. ¡ Somos sus prisioneras!

—Envío hombres. Estarán ahí en diez minutos.

—Diez minutos será demasiado tarde. Molo está...

Nos pareció oír su grito; luego las ondas se empañaron y murieron en el silencio.

—Lafayette 4, pasillo Este, último nivel. ¡Snap, es aquí! Una

entrada descendente.

Estábamos de espaldas al gran recodo del tubo neumático postal. Oí el paso por su interior de un cilindro de correos. Ahora las órdenes secretas de Halsey debían estar desligándose por su interior. Los hombres a sus órdenes cerca de este lugar vendrían inmediatamente. Pero Anita había dicho que sería demasiado tarde.

Snap y yo inspeccionábamos frenéticamente las inmediaciones. En algún lugar próximo; se abría la entrada que conducía al escondrijo de Molo. Me parecía en aquel silencio que el grito de Anita continuaba estremeciéndome los oídos. ¿Habría salido enteramente de mi aparato o sería que había llegado hasta nosotros su misma voz, al estar tan cerca de ella?

—Gregg, ayúdame. —Snap estaba tirando de una puerta horizontal que se veía en el suelo del túnel a manera de trampa, parte escondida bajo el tubo neumático—. ¡Está atascada! —exclamó jadeante.

Cedió a .nuestros esfuerzos. Unos escalones que desaparecían en la oscuridad surgieron a nuestra vista. Nos metimos dentro, despreciando el peligro. Continuamos descendiendo hasta unos veinte pies; nos encontramos en un pequeño corredor. Estaba débilmente iluminado por un resplandor procedente de algún lugar, y, cuando mis pupilas se dilataron, pude ver que nos encontrábamos en un lúgubre callejón que al fondo desembocaba en un tortuoso pasadizo, en el que se abrían puertas de miserables viviendas.

Escuchamos atentamente, mirando al mismo tiempo detenidamente todo cuanto nos rodeaba.

—¿Empleo el audífono, Gregg?

—Sí. ¡No, espera! —Creí haber oído un murmullo de voces a lo lejos.

—Voces, Snap. Escucha.

Más que voces. Eran pasos precipitados a unos cien pies de donde estábamos. Una conmoción que se acercaba a nosotros.

—Por aquí —murmuré.

Nos metimos en un oscuro hueco. De la ventana de una de las tétricas viviendas más próxima salía un poco de luz. La conmoción se iba haciendo cada vez más ruidosa, y ahora hirió nuestros oídos un vago zumbido: algo eléctrico. Era un ruido espantoso, indescriptible, algo, como jamás había oído antes.

Snap me cogió fuertemente un brazo.

—¿Dónde estará la puerta de esa vivienda? No podemos quedarnos aquí.

Había una ventana, pero no podíamos descubrir la puerta. En

nuestras manos teníamos pequeños cilindros lanza rayos, armas de pequeño alcance.

El zumbido y el chirrido eran cada vez más estrepitosos. Parecía como si vibraran dentro de nosotros, sacudiendo todas las fibras de nuestros cuerpos.

Salía luz a través del vidrio de la ventana, y escrutamos el interior de la habitación. La luz provenía de un extraño mecanismo colocado en el centro de la metálica vivienda. Pude verlo en una rápida ojeada; era una cosa llena de bobinas e hilos. El suelo metálico de la habitación estaba recortado, exponiendo a la vista la roca gris de la isla de Manhattan. Y en contacto con la roca, en un círculo de diez pies, se veían una serie de discos de los que arrancaban una serie de hilos que se unían, con las bobinas centrales.

Todo el conjunto resplandecía con una luz opalescente, deslumbradora, cegadora. Y en medio de todo esto aparecía la figura grotesca de Molo, moviéndose entre las bobinas e hilos, ajustando los contactos. Estaba agachado. Se levantó y se apartó de la luz.

Sólo fue una ojeada instantánea, pero vimos las muchachas, sentadas y con los ojos vendados con negros pañuelos. Meca, de ojos saltones como su hermano, las estaba custodiando. Una oscura forma que transportaba una caja negra pasó corriendo frente a la luz. Molo dio un salto hacia las muchachas; el zumbido se había convertido en un salvaje alarido eléctrico. Molo arrancó a su hermana de la luz;.

Todos desaparecieron. No quedaba más que la luz y el creciente grito dinámico.

Junto a mí, Snap estaba golpeando el vidrio de la ventana. Me uní a él. Todo parecía un sueño algo borroso, como si la inconsciencia se estuviera adueñando de mí.

¿Dónde estaba ahora Snap? ¿Desapareció? Luego lo vi al lado de una puerta. Estaba empujándola, pero no cedía. Vi que su brazo se levantaba haciéndome una seña.

Echó a correr; me encontré sin darme cuenta corriendo en pos de él, pero di un tropezón y caí. Luego, por encima de mí, el alarido se convirtió en un ruido insoportable. Parecía tan intenso, tan gigantesco, que debía dar la vuelta al mundo.

Y la luz se incendió en una llamarada volcánica. Las negras paredes de metal del recinto parecieron fundirse como los fantasmas de un sueño. Una antorcha titánica de cegadora luz opalescente se lanzaba en chorro hacia arriba, formando un foco circular de diez pies que se abría incontenible paso a través de todos los niveles de la ciudad, como si fueran de papel, hasta atravesar su mismo techo.

El escondrijo de Molo había desaparecido. Su mecanismo había sido devorado por la llamarada, destruido totalmente. Quedaba sólo este rayo luminoso inmóvil en contacto con la Tierra, apuntando al estrellado cielo como una espada de luz opalescente.

CAPÍTULO V

Debo describir ahora a grandes traeos el terrible caos de esta memorable noche de la historia de la Tierra, Venus y Marte.

Desde aquel punto de las entrañas de la Gran Nueva York, cerca de la extremidad sur de la isla de Manhattan, se elevó al cielo el misterioso rayo de luz. Su espantoso alarido eléctrico duró una hora, siendo tan penetrante que hirió cruelmente los oídos de los habitantes de Filadelfia. Una voz titánica que con su estridencia proclamaba su triunfo. Aquella noche, millones de personas se despertaron aterrorizadas ante la desconocida sirena que lanzaba a los aires su nota de amenaza. El sonido fue desapareciendo gradualmente; pareció alcanzar su cénit en los pocos minutos siguientes a la aparición de la luz, cesando al cabo de una hora.

Pero el rayo de luz subsistía. Aquellos que lo vieron de cerca proporcionaron una clara descripción de su aspecto; pero hasta hoy, su verdadera naturaleza no ha sido determinada.

Era un foco circular de unos diez pies de diámetro. Su color, vagamente opalescente, más brillante por la noche que por el día. Cuando salió el sol, no se deslució, sino que. permaneció claramente visible, adquiriendo un brillo al ser bañado por su luz que en cierto modo le daba la apariencia de un arco iris recto y titánico.

Desde su punto de contacto con la Tierra, aquel inexplicable rayo se elevaba verticalmente, perdiéndose en el cielo. Hizo a su paso un agujero vertical en todos los niveles de la ciudad, y atravesando el techo se perdió en lo alto. Llevaba en sí un tremendo calor que fundía cuanto se oponía a su paso, dejando un redondo agujero. Pero su calor no era radiante.

Fui encontrado tendido a cincuenta pies de la base del rayo. Había habido una explosión, y como resultado la cabina metálica de Molo había sido destruida; pero en donde yo estaba apenas se notaba el calor de la luz.

Los hombres de Halsey me encontraron antes de media hora. Yo estaba inconsciente, pero no sufría herida alguna. Ahora creo que fue el sonido y no la luz el que me hizo perder el conocimiento. Luego lo recobré, aunque durante otra hora estuve ciego y sordo. Luego todo pasó rápidamente. Me llevaron inmediatamente a través del caos de la ciudad al Cuartel General de Tappan. Allí estaba Grantline, pero no Snap. En cuanto estuve plenamente consciente, les hice volver al punto en que me habían encontrado. Registraron las inmediaciones de

la base de la luz. Pero, Snap, vivo o muerto, no fue hallado.

Anita y Venza habían desaparecido. Cuando el rayo de luz empezó a inflamarse vi a Molo y Meka que desaparecían con ellas. Anita y Venza faltaban, y también Snap.

En toda el área metropolitana la barahúnda no tenía precedentes. El inmóvil rayo no había hecho mucho daño por sí mismo, pero su aparición produjo un caos instantáneo. La ciudad estaba a oscuras dentro de un radio de cinco millas de su base. Toda la energía había sido cortada. Todos los vehículos, incluso los aéreos, y el sistema de ventilación, dejaron de funcionar. Los audífonos quedaron inservibles; al cabo de una hora, sin embargo, la situación empezó a normalizarse, y después las luces e instrumentos llevados a la zona no fueron afectados.

Pero durante esa hora, el sur de Manhattan fue presa del pánico. Una multitud de gentes aterrorizadas se despertaron durante la noche y se lanzaron a la oscuridad en medio de aquel escalofriante sonido. Las calles, corredores y niveles de tráfico estaban atestados de muchedumbres que huían atropellándose y pisoteándose, matándose unos a otros en su loca huida.

Esto ocurrió en la zona afectada; pero el pánico se extendía a todas partes. El miedo se fue propagando, hasta que al amanecer el éxodo de frenéticos refugiados que salían en masa de todas las aberturas de la ciudad atestaba los puentes, viaductos y túneles.

Esto ocurría en el Gran Nueva York. Pero de Venus y Marte llegaban informes semejantes. En Grebhar y Ferrok-Shahn, aparecieron rayos de luz similares, indudablemente casi simultáneamente.

—¿Pero qué puede ser esto? —le pregunté a Grantline—. ¿Algo que Molo ha puesto en contacto aquí? Lo hizo. Esto es lo que se llevaba entre manos, y cumplió su propósito. ¿Pero qué nos hará este rayo?

—Ya está haciendo bastante —dijo Grantline sombríamente.

—Él no lo hizo por esto sólo. Hay algo más.

¿Pero qué? Hasta ahora, nadie lo sabe. Yo ya había dicho a las autoridades lo que había visto. Yo era el único testigo ocular de las actividades de Molo; y el Cielo sabe que no pude echar más que una breve y confusa ojeada.

El rayo subsistía; se elevaba hasta el cielo desde la roca. Esta noche pensaban que la extraña Corriente de Molo había producido la desintegración de los átomos, y que de ellos brotaban partículas electrónicas que se esparcían por el espacio.

Al parecer el rayo era indestructible. Durante unas cuantas horas las autoridades atacaron su base con diversas armas vibratorias, pero sin obtener éxito alguno.

Desde el lugar en que Grantline y yo permanecíamos sentados, vimos llegar el amanecer. Pero el resplandeciente rayo continuaba con toda intensidad.

—¡Gregg, mira Venus!

Al este de donde nos encontrábamos se veía una lejana línea de estructuras metálicas; por encima de ellas, en el brillante amanecer celeste, Venus estaba elevándose. Marte había ya desaparecido. Venus, muy cerca ahora de la Tierra, era la estrella de la mañana; estaba ahora remontando aquella línea de plataformas de metal que se erguían a distancia.

Y mientras Grantline gesticulaba, descubrí que de Venus partía el mismo rayo de luz parecido a una espada que casi se cruzaba con el nuestro.

Grantline y yo, con un pensamiento mutuo, nos lanzamos a la galería y miramos hacia donde Marte se había puesto. Entre la estrellas de aquella parte se abría paso un radiante rayo de luz.

¡Tres blandientes espadas de luz en el firmamento! Barrían el cielo con la rotación de los planetas. El misterioso enemigo las había colocado… ¿pero por qué? ¿Qué es lo que se avecinaba?

Y como si significara la respuesta para nuestra pregunta, desde el Sur, muy lejos, llegó una nueva manifestación. Vimos un punto lejano que se aproximaba rápidamente, cada vez mayor, que irradiaba un pequeño resplandor.

—Una astronave, Gregg.

Así parecía. Pasó por encima de las estructuras metálicas, cobró mayor velocidad, y en un momento desapareció de nuestra vista.

Pero otros, mejor equipados, la observaron. Era un proyectil cilíndrico, impulsado por un chorro fluorescente, una clase desconocida de nave espacial. Se dirigía hacia la Luna.

Molo y sus espantosos aliados se habían escapado, pensé. Una vez terminado su trabajo aquí en la Tierra, se iban a encontrar con la acechante nave enemiga detenida a doscientas mil millas de distancia.

Estaba al lado de Grantline en aquella galería, oprimiéndole un brazo, con el corazón en un puño. ¿Estarían Anita y Venza prisioneras en aquella amenazadora nave? Y Snap: rogué que estuviera con ellas, para prestarles la protección que yo no había podido ofrecerles.

—Abajo llaman a Grantline y Haljan.

La voz de un aparato mecánico colocado en la galería nos apartó

de nuestros pensamientos. Nos abrimos paso entre la confusión que reinaba en el edificio.

Los talleres del Cuartel General Interplanetario de Tappan bacía horas que hervían de actividad. La *Cometara* descansaba afuera sobre su plataforma de despegue, con una docena de hombres acondicionándola. A bordo había ya dispuesto su armamento adicional, preparado para ser montado después de la salida. Los hombres que debían manejarlo, se encontraban ya en su interior. Mi media docena de oficiales y los diez hombres de la tripulación me habían sido presentados ya en una breve entrevista. Me estaban esperando.

—Vamos a partir, Gregg. Deseémonos suerte. —Grantline se había desprendido de su preocupada y silenciosa abstracción para volver a su carácter jovial y dinámico.

Se encontraban aquí un solemne grupo de oficiales y un centenar más o menos de trabajadores; cesaron ahora sus febriles para controlar la salida de la *Cometara*, la primera de las naves que la Tierra enviaba al espacio para enfrentarse con su desconocido enemigo. Grantline y yo pasamos frente a ellos dándoles silenciosos apretones de manos, murmurando nuestros adioses. Vi la sobresaliente figura de Brayley que levantaba un brazo en señal de despedida.

Remontamos la pasarela de la *Cometara*. La astronave descansaba sobre su plataforma de despegue. Era una nave de bruñido bronce, de poca altura y elegante, con aguzados extremos y una cúpula de un material vidrioso arqueada como la concha de una tortuga que cubría la superestructura y los puentes desde la proa hasta la popa. Permanecía quieta, silenciosa, reverberando en su pulimentado cuerpo las luces de los alrededores; más de ella se desprendía una sensación de latente poder.

¡Mi nave! ¡Mi primer mando de una nave! Mientras atravesábamos la abierta escotilla de su cúpula y ponía mis pies sobre la cubierta, rogué que pudiera ser capaz de justificar la fe que habían depositado en mí.

La cubierta estaba repleta de hombres. Vi los cañones espaciales en las portas de presión de cubierta, montados en parte. Mi primer oficial, un joven llamado Drac Davidson, que con su hermano gemelo había estado en el Servicio Interplanetario de Fletes, corrió hacia mí.

—Estamos dispuestos, señor.

—Muy bien, Drac.

Me llevó en seguida a la torreta de control. Grantline se había dedicado al instante a estudiar los detalles del montaje de las armas.

—Todas las escotillas están cerradas —dijo Drac. Habló con calma, pero su enjuto rostro estaba pálido y sus negros ojos brillaban de excitación—. La presión interior está ajustada a quince libras. Estamos disputa-tos para el despegue.

¡Ninguna formalidad para esta expedición! ¡Penetré en la pequeña torreta circular con el corazón palpitante de emoción y remonté su diminuta escalera espiral que conducía al cuarto de control. Pero, cuando mis manos tocaron los mandos, la calma renació de nuevo en mí, pues representaban algo familiar, en lo que yo era un experto.

Puse en movimiento una placa gravitacional del centro del casco, que se deslizó suavemente, operada por los magnetos. La nave se estremeció y empezó a despegarse de su base; estábamos rodeados por la luz del alba y los pálidos reflectores de la base. Las figuras de hombres que nos hacían silenciosas señales de despedida, empequeñecían a nuestra vista a medida que nos elevábamos.

Las placas gravitacionales de proa se fueron deslizando, metiéndose en sus posiciones de fuerza de repulsión. La proa se levantó. La *Cometara* respondió suavemente. Nos fuimos elevando, manteniéndonos equilibrados en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Vi los reflectores de la base escudriñar el cielo dando la alarma al tránsito aéreo de las vías aéreas inferiores.

—Encienda la luz de proa, Drac.

Atravesamos los pasillos aéreos inferiores de mil y dos mil pies. Las luces de Tappan iban desapareciendo a nuestros pies. El interior de la nave estaba lleno del ruido sordo y continuado del funcionamiento de sus aparatos receptores y distribuidores de aire, mezclado con el runrún de las bombas de aire a presión. Cuando alcanzamos los tres mil pies, puse en marcha los motores de chorro, que empezaron a funcionar con un suave runruneo. Los chorros fluorescentes que despedían pasaban a lo largo de nuestro casco y formaban dos estelas gemelas tras nuestra popa.

Con una velocidad cada vez mayor, nos fuimos elevando atravesando los pasillos aéreos más altos, saliendo de la atmósfera, de la estratosfera y metiéndonos en el espacio.

Cuando dejamos la estratosfera, paré los motores de chorro, coloqué en posición las placas de gravedad para la repulsión de la Tierra y las placas para la atracción de la Luna y el Sol. El firmamento permanecía inalterable en un lento arco, con la Tierra detrás de nosotros y la Luna y el Sol frente a nuestra proa. Estábamos en camino, atravesando el espacio con una velocidad cada vez mayor hacia la desconocida nave: enemiga que se cernía a doscientas mil

millas de nosotros. Mis órdenes eran que tenía que encontrar la nave y acercarme a ella; y las de Grantline eran de asaltarla.

Dirigí la vista hacia abajo y vi la forma convexa del: Atlántico norte con la rojiza línea costera de América, del Norte delineada como en un mapa.

¿Cuál era la naturaleza del extraño enemigo al que buscábamos? El rayo opalescente procedente del Gran. Nueva York se hundía con su radiación en la estrellada bóveda celeste; el procedente de Venus y el de Marte parecían cruzarse en lo alto en medio de las estrellas.

¡Tres espadas cruzando el cielo! ¿Qué significaban?

—¿A dónde se dirigirá, al este o al oeste de la Luna?

—No lo hemos decidido.

Drac y yo nos encontrábamos solos en la torre de control de la *Cometara*.

Hacía ya diez horas que habíamos salido de la. Tierra. En distancias astronómicas tan cortas, era imposible alcanzar mayor velocidad. Una vez que hubimos salido de la capa atmosférica de la Tierra, los motores de chorro quedaron inútiles. La *Cometara* estaba también equipada con impulsores de chorro de naturaleza electrónica. Ejercían una ligera presión, útil para dar rápidas vueltas; pero tenían muy poca influencia en la velocidad primordial de la nave.

Me valí de la repulsión de la Tierra sobre nuestras placas de gravedad de popa cargadas negativamente; y con las de proa con reacción electrónica positiva, fuimos empujados hacia delante por el Sol y la Luna.

Durante tres o cuatro horas me mantuve en esta combinación, con aceleración constante; pero luego tuve que aminorar. A distancias cercanas de esta clase, el descenso de la velocidad debe calcularse escrupulosamente con muchas horas de anticipación.

Nos manteníamos ahora, casi suspendidos, a unas cuarenta mil millas de la superficie de la Luna, la que, yerma y fría, ásperamente blanca y negra, colgaba en un gigantesco crescendo delante de nuestra proa. El Sol, cuya atracción había dejado de emplear hacía ya unas cuantas horas, era ahora perfectamente visible a un lado. Sus enormes exhalaciones de gigantescas llamas lamían la negrura del firmamento. Los rayos solares bañaban las montañas lunares con un blanco resplandor, dejando sus valles en oscuras sombras; la luz lunar, a la par que la del Sol, pintaban nuestra proa. A popa, el gigantesco y brillante disco de la Tierra permanecía silencioso y sombrío.

Y por todas partes nos rodeaba la negra inmensidad del firmamento. El brillo de las estrellas contenía un nuevo y glorioso

resplandor blanco, jamás visto antes, que se destacaba de entre la penumbra espacial. Estábamos detenidos en la vastedad inconmensurable de este espantoso vacío como si fuéramos un pequeño mundo.

Grantline penetró en la torreta.

—Tengo todo dispuesto, Gregg. Por todos los dioses, que estoy preparado para abrir fuego contra esta maldita nave en cuanto la localice usted con el telescopio.

—Estupendo —me limité a contestar.

Pero la idea, dé lanzar nuestros rayos contra esta nave enemiga hacía tiempo que llenaba de zozobra mi corazón, Tenía el convencimiento de que las tres personas, que significaban, más para mí en el mundo. Anita, Venza y Snap, se encontraban a bordo de ella

Grantline preguntó;

—¿Se va a acercar más a la Luna?

—No.. .

—El enemigo no puede hallarse entre nosotros y la Luna. Waters y yo hemos estado durante la pasada hora en el cuarto del helio, escudriñando el espacio con el telescopio!. No hemos descubierto ningún indicio. Gregg, ni la más mínima señal.

—Lo sé. Estos instrumentos me lo confirman..

—Debe existir un medio para poder localizarlos —indicó Drac.

—Probaré los rayos Zeta —sugerí—. Drac y yo los hemos preparado, aunque dudo de que puedan penetrar la barrera de invisibilidad con que debe cubrirse la nave enemiga.

Grantline asintió:

—O la curva de luz de Benson. ¿Has pensado en que pueden haberse ido detrás de la Luna? ¿O que pueden haber alunizado en ella?

—Pueden haber efectuado cualquiera de las dos cosas. ¿Mantiene todavía Waters contacto con la Tierra? ¿La han visto desde allí?

—No.

Tomé una súbita decisión. El practicar una cuidadosa inspección con los rayos Zeta nos llevaría al menos dos horas; y el efectuar una serie de difíciles espectro-heliógrafos de la superficie de la Luna, que podría descubrirnos al enemigo si había alunizado allí. Representaba un abrumador trabajo.

Pensé un breve momento sobre ello y descarté la idea.

—Iremos al cuarto del helio —le dije a Grantline—. Voy a probar la curva de luz de Benson.

Grantline y yo abandonamos la torreta, dirigiéndonos a través je la

estrecha pasarela bajo la vítrea cúpula hacia el cuarto del helio, en donde Waters, hombre de mediana edad y regordete, se encontraba trabajando. Me dio un vuelco el corazón al pensar en el cuarto del Helio, Snap debía estar a cargo de él.

Atravesamos la pasarela transversal. El techo de la superestructura estaba a nuestros pies. Más abajo, en las estrechas cubiertas, estaban los hombres de Grantline agrupados en las portas de disparo, con sus armas montadas y a punto de actuar. Mientras contemplaba aquellos hombres matando el tiempo en cubierta, esperando que yo les ofreciera un blanco, rogué que pudiera proporcionárselo; y, sin embargo, sentía en mi pecho el terrible dolor de que el primer disparo ocasionaría la muerte de Anita.

Waters nos recibió en la puerta de su cabina. Su rostro estaba enrojecido; se secó el sudor que bañaba su calva cabeza.

—¡Me alegro mucho de verles! ¿Quieren emplear la luz de Benson? He perdido contacto con la Tierra. Estuve en contacto con el radiotransmisor de Washington. Hace sólo cinco minutos que pude captar un rápido mensaje de noticias de Marte y Venus. Los dos mundos han enviado naves al espacio.

Se detuvo jadeante y luego añadió precipitadamente:

—¡Las dos naves de Marte y Venus han sido destruidas y el enemigo ha escapado!

Grantline y yo nos miramos horrorizados.

—¿Destruidos? —dije—. ¿Cómo?

Waters lo ignoraba. Llegaron las noticias; luego, inmediatamente después, el transmisor de Washington cambió de longitud de onda y se perdió la conexión.

—¿Pero por qué, hombre, en nombre del Cielo, no nos lo comunicó? —inquirió Grantline—. ¡Destruidas...! ¡Nada menos que destruidas!

—Temí abandonar mis instrumentos —explicó Waters—. ¿Cómo podía decirlo? Esperaba poder ponerme en contacto con Washington en cualquier momento. Pasen. ¿Quiere probar la curva de lux de Benson, señor Haljan?

—Sí —contesté—, deseo hacerlo. —Penetramos en la oscurecida cabina del helio—. Oiga, Waters, ¿qué hay del proyectil que lanzaron desde la Tierra anoche? ¿Informó el observatorio de Washington 6obre lo que ocurrió con él?

—No, ni una palabra. Evidentemente, lo perdieron.

Los telescopios de la *Cometara* no habían podido localizarlo. Y los grandes instrumentos de la Tierra lo habían perdido. ¿Sería acaso

porque, con tremenda velocidad, se habría dirigido directamente hacia el nuevo planeta situado más allá de Marte?

¿O que, alguna especie de invisibilidad, podría encontrarse cerca de nosotros ahora, lo mismo que la acechante nave enemiga podía estarlo?

Desde la pequeña cabina circular del helio, situada bajo la cúpula como un nido de águilas, podía ver con dirigir la mirada hacia abajo, toda la longitud de la nave, y más allá de las portas de los lados de la cúpula, el brillante firmamento. El Sol, la Luna, la Tierra y todas las estrellas daban silenciosa vuelta mientras Drac viraba nuestra nave hacia su nuevo rumbo.

Waters empezó a manipular sobre el proyector de Benson, efectuando conexiones. La cabina permanecía silenciosa y oscura, con sólo un poco de luz en el lugar en que Waters trabajaba y una lamparita sobre la mesa en la que tenía los recientes mensajes recibidos de la Tierra. Grantline y yo les echamos un vistazo.

Pánico en el Gran Nueva York, Grebhar y Ferrok-Shahn. Los tres extraños rayos que el enemigo había plantado en la Tierra, Venus y Marte, continuaban inalterados. Los podía ahora ver claramente desde loa ojos de buey de la cabina. Tres grandes rayos radiantes barriendo el firmamento.

Waters dejó su trabajo.

—Ya está dispuesto, señor Haljan. —Se acercó a mí—. ¿Cree usted que el enemigo, cuando lo localicemos, nos puede destruir como destruyó las otras naves?

Grantline sonrió tristemente.

—Tal vez sea así, Waters. Pero confiemos en lo contrario.

El mofletudo Waters no era en modo alguno un cobarde, pero el estar encerrado aquí tantas horas con una pléyade de mensajes espantosos de la Tierra le había afectado seriamente.

—Lo que quiero significarle, señor Grantline, es que la prudencia es a veces mejor que la temeridad. La *Cometara* no es una nave de guerra y si la Tierra ha enviado una astronave internacional de combate…

Grantline no respondió. Se acercó a mí, junto al proyector de Benson.

—¿Lo podemos hacer funcionar desde aquí, Gregg, o quiere que lo desplacemos a proa?

—Desde aquí. Drac está virando. Cuando sigamos el rumbo que le di, podré lanzar los rayos por la parte de proa, a través de la puerta de la cúpula. Waters, usted ya ha terminado. Vaya abajo y descanse un

poco.

Pero Waters no parecía dispuesto a abandonar.

—No, señor; no necesito dormir.

—Nosotros ya hemos descansado —dijo Grantline—. Le llamaremos si ocurre algo.

Mandamos a Waters abajo.

—¿Preparado, Gregg?

—Sí, todo a punto.

Las bobinas empezaron a gemir y se encendieron Con la corriente y en un momento el rayo curvo de Benson saltó del proyector.

El rayo de Benson era similar a la ordinaria luz de un reflector, excepto: que su curso, en vez de ser recto, podía ser desviado a voluntad, pudiéndosele hacer describir varias curvas —hiperbólica, parabólica y, en su curva extrema, el segmento de una elipse— que se enderezaban gradualmente a medida que se alejaban de su origen. Era útil para la policía, que se servía del mismo en sus linternas de mano para poder ver alrededor de obstrucciones opacas. Tenía también otra Ventaja, especialmente cuando se empleaba a larga distancia: el enemigo, cuando observaba su origen, creía, en circunstancias normales, que se trataba de un rayo recto, siendo así desorientado en la localización de su fuente. O, aun apercibiéndose de que era un rayo curvo, no tenía medios de juzgar el ángulo de la curva.

Un estrecho rayo de luz blanca se internaba en el espacio pasando bajo la cúpula y a través del ojo de buey de la misma por la parte de proa. Vi que los hombres de cubierta se ponían inmediatamente en guardia al darse cuenta de que lo estábamos empleando. El vigía del puente de observación avanzado de proa se lanzó a su telescopio para ayudamos en nuestra búsqueda.

Se oyó el zumbido de un audífono de la torre de control y la voz de Drac:

—¿Llevo bien el rumo? El viraje está casi terminado.

—Termine su trabajo y no me distraiga por ahora.

Me aboqué el espejo del proyector. En su reluciente rejilla de diez pulgadas aparecía la movible imagen del espacio que abarcaba su alcance, una brillante parte de la Luna, con la lux del Sol en loa picos de sus mellados montes; el resto lo llenaba el negro firmamento y las llameantes estrellas.

Grantline se aproximó a mí.

—Emplearé los amplificadores. ¿Hay que abarcar mucho espacio, Gregg?

—Sí. Todo lo que se pueda de momento. No podemos detenernos

en una inspección minuciosa.

Ensanché gradualmente la luz. Era un rayo que aquí, en su origen, tenía tres pies, que se extendía en un arco progresivamente más ancho. Podíamos ver a simple vista su blanca radiación, en forma de abanico cuando una parte del mismo caía sobre la Luna. Y, aun cuando no era aparente ópticamente, la curva elíptica del mismo daba vuelta a la Luna, descubriendo el oculto firmamento a nuestros instrumentos.

—¿Nada todavía? —murmuré.

—No.

—Probaré a reducir la extensión y la curva.

Grantline estudiaba las imágenes amplificadas de la serie de rejillas amplificadoras. No se veía nada. Trabajamos durante una hora; luego, Grantline grito de repente:

—¡Gregg, espere! ¡Manténgalo así!

Me sentí excitado, impresionado. Mantuve el ángulo y la extensión de lux fijos.

—Dos segundos de arco Este; pruébelo. Ese condenado objeto está moviéndose. —Me cogió fuertemente un brazo—. Está al este de la pantalla; debe desplazarse a mucha velocidad.

Entonces lo vi. Era un simple punto oscuro; pero de repente se esclareció. Vi un punto que me imaginé sería algo con discos que se movían junto a él a gran velocidad. Grantline orientaba nuestra pantalla para tenerlo controlado.

—La encontramos, Gregg. ¡Es ella, Gregg! Ahora veremos.

Y en aquel momento vimos que de su proa salía un mortecino rayo de luz. Oí a Grantline murmurar desalentado junto a mí:

—Gregg, o estoy loco o este rayo es semejante al que plantaron en el Gran Nueva York.

Parecía que existía similitud, pero este pensamiento se borró súbitamente de mi mente. Nuestra cabina estaba llena de señales. Los dos vigías de proa y popa veían ahora a la astronave enemiga con sus telescopios seguir directamente nuestra luz de Benson, Y Drac estaba diciendo.

—He medido su velocidad. La dobla cada dos segundos. ¡Dios, qué aceleración!

Apagué la luz de Benson. La nave enemiga había surgido de detrás de la Luna; nuestros telescopios de luz directa lo demostraron claramente. Era indudable que enfilaba directamente contra nosotros.

Drac estaba rogando:

—¡Necesitamos más velocidad! ¿Van a venir a la ¡torreta?

—Sí.

Grantline y yo nos lanzamos a la estrecha pasarela. Waters subía por la escalera de espiral que partía de cubierta.

—Métase en su cuarto —grité—. Llame a la Tierra. Continúe llamando hasta que contesten.

Grantline corrió hacia la cubierta. Yo alcancé la torreta de control. Drac, con su delgado rostro demudado, salió a recibirme a la puerta.

—Necesitamos más velocidad.

Hice un gesto de asentimiento.

—Lo conseguiremos, Drac; no se asuste por eso.

Ajuste las placas gravitacionales de modo que pudiéramos conseguir la máxima velocidad hacia delante y añadí los motores de chorro de popa para poder maniobrar la nave con más facilidad de movimientos.

Nos estábamos arrojando contra la nave enemiga que venía hacia nosotros con una velocidad que aumentaba por momentos.

CAPITULO VI

—Pero hay algo equivocado, Drac.

—Nuestra aceleración es de cinco grados.

Grantline se había unido a nosotros en la torreta de control.

—¿A qué distancia diría que se encuentra esa nave <de aquí, calculándolo por encima?

—Creo que a unas treinta mil millas. —Drac examinó su página de cálculos—. Es imposible medirla con exactitud; cambian de velocidad tan a menudo... y además no puedo saber la longitud de esa condenada nave.

—Digamos que se desplazan a una velocidad de cuarenta mil; si añadimos nuestras diez, hacen cincuenta.

—Y estamos acelerando. Dentro de media hora estarán al alcance de nuestras armas.

—Pero hay algo equivocado —insistí.

Hacía ya cinco minutos que me daba cuenta de que la *Cometara* se estaba comportando de un modo extraño. Tenía la impresión de que sus controles respondían perezosamente, pero, cuando llamé al jefe de máquinas, Franklin, me dijo que no había notado nada. Sin embargo, yo estaba seguro de que ocurría algo extraño.

Grantline me miró fijamente:

—¿Algo extraño?

—Sí, Drac, pruebe de orientamos. Lo hice hace diez minutos. —Le presenté mis ecuaciones, dándole los ángulos con el Sol, la Tierra y la Luna, los que ahora debíamos tener—. Mida la dirección que llevamos y nuestra actual situación, y verá que nos hemos desviado de nuestra ruta

—Oh, usted es aprensivo por naturaleza —repuso Grantline.

Pero no nos encontrábamos en donde debíamos estar. La *Cometara* se había desviado de su curso predeterminado. Y entonces me di cuenta del factor causante del error. Existía una fuerza que ejercía su influencia sobre ella, una fuerza gravitacional ajena a mis maniobras. El error no partía de la *Cometara*; la nave respondía perfectamente. Y esa fuerza no partía del Sol, de la Luna o de las distantes estrellas. Había calculado todas ellas. Se trataba de otra cosa. Era alguna atracción gravitacional que tiraba de nuestra nave apartándola del rumbo que debía seguir.

—¿Pero cuál puede ser la causa? —inquirió Grantline.

Y fue Drac quien la descubrió:

—¿Será ese radiante rayo que sale de la proa del enemigo?

Era aquello, estábamos seguros. Aun estando a una distancia de treinta mil millas, parecía que el rayo de luz de su proa nos estuviera envolviendo. No podíamos ver que su luz iluminara a la *Cometara*, ni tampoco nuestros instrumentos podían medir un aumento de iluminación. Nuestra órbita de vuelo, si se mantenía, nos llevaría describiendo una vuelta a unas diez; mil millas por encima del polo sur de la Luna. Cruzaría diagonalmente frente a la trayectoria que mantenía la nave enemiga. Pero estábamos apartados de nuestra ruta predeterminada, con un abatimiento de costado hacia el enemigo. El radiante rayo de su proa ejercía una fuerza sobre nosotros, un extraño tirón gravitacional.

Grantline se atragantó cuando Drac lo dijo:

—Si ahora es así, ¿qué será cuando estemos más cerca?

Fueron pasando los minutos. Las treinta mil millas que nos separaban del enemigo se redujeron a diez mil; Juego a cinco mil. Pronto aquella astronave fue visible a simple vista. Sus movimientos, hasta ahora sólo visibles sobre las imágenes amplificadas de nuestros instrumentos, eran ahora claros. La podíamos ver avanzar vertiginosamente, y calculamos que probablemente enriaríamos por su proa. ¿Dentro de una distancia de cincuenta millas? Deseábamos que éste fuera el resultado, de modo que con esta primer? pasada tuviéramos ocasión de emplear nuestras armas. Cincuenta millas de distancia a velocidades combinadas de unas cincuenta mil millas por hora: sería algo así como tres segundos del ¿hoque. El peligro de una colisión, que ambas naves tratarían por todos los medios de evitar, era casi nulo; en, la inmensidad del espacio, era casi imposible que dos objetos tan pequeños pudieran chocar, aun haciéndolo intencionadamente durante un millón de veces.

No podíamos calcular la pasada con toda exactitud, pero de pronto pareció que tal vez el enemigo sí podía, hacerlo. El radiante rayo de proa, tan, claramente una miniatura de los espantosos rayos que surgían de la Tierra, Marte y Venus, abandonó ahora el casco de nuestra nave y se extinguió. El enemigo parecía estar satisfecho con la alteración que había efectuado en nuestra ruta. La pasada seria a su gusto. ¿Lo seria al nuestro.?

Grantline había abandonado la torreta. Estaba ahora en cubierta con sus hombres en guardia y las armas a punto.

De los cálculos matemáticos que hacía tiempo veníamos verificando sobre nuestra variable situación con respecto al enemigo, se desprendía que la pasada se efectuaría dentro de las cincuenta

millas. Las armas de Grantline podrían cubrir esa distancia con sus proyectiles.

Estaba ahora a sólo dos mil millas, a dos minutos de la pasada. La contemplé fijamente; una nave alargada de poca altura, cuyo casco de oscuro metal se tema de rojo allí donde la luz de la Luna lo bañaba. Calculé que su tamaño sería similar al de la *Cometara*, aunque efectuaba una forma mucho más esférica. Sobre su parte superior, emergiendo al parecer de su cúpula, había una especie de chimenea, parecida a las usadas por los antiguos vapores de superficie o al negro morro de uno de los grandes cañones de tiempos pasados. Y, en fila a lo largo del protuberante centro de su casco, se veía una serie de pequeños discos.

La nave era todavía una pequeña mancha en el firmamento, pero que se agrandaba a cada instante, haciéndose cada vez más visible. Drac exclamó con tono emocionado:

—¡Mil quinientas millas! Nos cruzaremos con ella dentro de un minuto y medio.

Volví el ángulo de los motores de chorro de popa. El firmamento empezó a girar lentamente; parecía que la nave enemiga evolucionaba colocándose encima de nosotros. Yo estaba virando tratando de colocar bajo el enemigo nuestra parte superior, de modo que Grantline pudiera disparar directamente hacia arriba desde ambos lados casi simultáneamente. Era posible, si podía efectuar la maniobra en los precisos segundos.

Pero el enemigo se nos anticipó. Cuando observaron nuestra maniobra, encendieron de nuevo el foco de su proa. Su luz nos alcanzó visiblemente, bañando la total longitud de nuestra nave con su radiación opalescente.

Por un instante nos pareció que no tenía efecto alguno. Nuestra cúpula no se resintió; la nave no sufrió la menos sacudida. Pero nuestro viraje hacia un lado se fue haciendo más lento. Los cielos cesaron de girar ¡y luego giraron al revés! Estábamos de nuevo a un mismo nivel con la proa de la nave enemiga. Aquella radiación había logrado vencer la fuerza de mis motores de chorro, colocándonos frente a frente con el enemigo. Se mantuvo sobre nosotros unos pocos segundos más, y de nuevo se desvaneció.

El audífono de cubierta de Grantline vibró con su asustada voz:

—¡Gregg, dé la vuelta! ¡Rápido! Sólo puedo disparar desde un lado.

—No puedo.

Era ahora demasiado tarde. ¡Estábamos sólo a unos pocos

centenares de millas de ellos! Drac permanecía tensamente junto a mí, mirando fijamente a través del ojo de buey. Y yo también miraba por él, falto de aliento, esperando el resultado de los próximos segundos.

Las dos naves se cruzaron como si fueran meteoros impulsados a inmensa velocidad. Sólo unos pocos segundos de acercamiento final; vi que la espacionave enemiga era como un globo alargado y achatado, con una cúpula con tres plataformas y cubiertas bajo ella. ¡Aquella extraña chimenea! Los redondos discos brillaban a un lado del protuberante casco como si fueran malignos ojos de diez pies de diámetro.

Una de las armas de Grantline disparó una silenciosa exhalación. Todavía fuera de su alcance. El escupitajo de nuestros electrones brotó con ímpetu de nuestro costado. El enemigo no fue alcanzado.

Me asaltó este pensamiento: «¡Anita! Nuestro primer disparo no la ha matado.».

Otro disparo de Grantline.

Ningún resultado. Me pareció ver el impacto de la exhalación. Vi un enrojecimiento, un destello sobre el hinchado casco, pero nada más.

Observé que otra vez el rayo de luz de la proa enemiga nos envolvía con su resplandor. Aquel rayo nos estaba presionando de nuevo de tal forma que al cabo de un momento nos encontraríamos en una posición tal que Grantline se vería imposibilitado de poder servirse de sus armas.

Pero Grantline se anticipó a la intención del enemigo. La nave estaba de costado frente a nosotros. En la fracción de segundo de la pasada, vi que no estaba aún a quince millas, quizá ni a diez. Grantline le disparó sus últimas exhalaciones. El enemigo se convirtió en un reguero borroso que se perdía en la lejanía;)y en aquel segundo desapareció a lo lejos como un punto rojo. ¿No había sido alcanzado por nuestros disparos? Así parecía. Aquella forma esférica, intacta se perdió en la distancia tras nosotros.

¡Y no nos había hecho nada!

Mis manos estaban sobre los mandos. Iba a cambiar las placas gravitacionales para efectuar la vuelta más rápida posible. Iríamos probablemente a dar la vuelta, a la Luna, regresando a nuestro punto de partida al cabo de una o dos horas. Tal vez nuestro adversario daría también la vuelta para enfrentarse de nuevo con nosotros.

Pero durante aquel segundo no había visto los pequeños discos. ¡Ahora sí los vi! Eran unos discos de oscura metal, circulares, planos y de unos diez pies, que se aproximaban volando en fila; presentaban un

brillo rojizo al reverberar los rayos solares. Habían estado sujetos al costado de la nave enemiga y los habían soltado durante la pasada. Se acercaban ahora dando vueltas alrededor de sí mismos. Se dirigían hacia nosotros describiendo una curva. Tal vez eran unos veinte en total.

La voz de Grantline surgió de nuevo del audífono de cubierta.

—Los perdimos, Gregg. Eso es lo que creo, aunque al menos les hemos hecho dos impactos. Pero no los hemos derribado.

—No —repliqué—. Parece que no. Deben estar protegidos por una barrera defensiva.

Drac me estaba ahora tirando de la manga.

—Esas cosas que se ven allí, esos discos...

Grantline preguntó:

—Sí, ¿qué demonios es eso?

No lo sabíamos. Parecía que la curva de su trayectoria les llevaría detrás de nuestra popa. Grantline añadió:

—¿Vas a tratar de perseguir la nave?

—Sí.

Pero no lo hice. La astronave enemiga había desaparecido ya en la distancia, a simple vista; pero mediante nuestros telescopios nos dimos cuenta de que parecía que volvía de nuevo a la carga.

No intenté dar la vuelta, pues aquellos discos que se nos aproximaban acumulaban toda nuestra atención. Pasaron a unas cinco millas de nuestra popa, pero efectuaron una gran curva y parecía que ahora enfilaban hacia nuestra proa. ¡Con qué espantosa velocidad eran impulsados por sus mecanismos motores! Su elíptica curva les llevó a una milla poco más o menos de nuestra proa.

Daban vueltas alrededor de nosotros como si fueran diminutos satélites en una estrecha elipse espira?. Nuestra atracción, la gravedad normal de nuestro cercano casco, les atraía hacia nosotros.

Los hombres de la cubierta de la *Cometara* permanecían mirándolos atentamente, sorprendidos, mas no alarmados. Los gritos de los vigías que sonaban cada ve? que pasaban frente a nuestra proa o popa, se habían hecho ya rutinarios. En el cuarto del helio, Waters continuaba haciendo esfuerzos para ponerse en comunicación con la Tierra.

Grantline llegó corriendo a la torreta de control.

—¿Y qué pasará si nos alcanzan esos discos, Gregg?

Yo había dispuesto las placas gravitacionales en otras combinaciones, desviando nuestro rumbo hacia abajo, tratando de colocarnos bajo la órbita de los discos. Pero ellos se fueron abajo con

nosotros; no estaban ahora a más de dos mil pies de distancia.

Grantline dijo:

—La próxima ve? que los tenga de costado, abriré el fuego contra ellos.

Drac separó la vista de sus instrumentos calculadores.

—¡Miren! Una rotación circular. Una horrible velocidad. He conseguido una fotografía. ¡Miren!

Tenía una imagen fija de uno de los discos. El aguzado borde de su circunferencia estaba armado de dientes como los de las sierras. Aquellos discos metálicos con puntiagudos dientes que giraban a tremenda velocidad podían cercenar nuestra cúpula o cualquier otra parte de nuestra nave.

Grantline abrió el fuego a la siguiente vuelta. Los discos enrojecieron un poco, pero continuaron normalmente su marcha. Disparó de nuevo desde la otra parte. Al parecer tres de ellos fueron tocados de lleno. Sus exhalaciones, sostenidas durante los diez según dos máximos de duración, surgieron efecto a esta distancia de mil pies. Los tres discos soltaron una fumarada cada uno seguida de un chisporroteo de resplandecientes chispas extrañamente radiantes y luego desaparecieron.

Pero los demás continuaron acercándose.

La *Cometara* vibraba ahora con la excitación y la alarma que se había apoderado de su tripulación, Grantline no disponía de tiempo para aprestar sus armas con la rapidez necesaria para dispararla contra cada vuelta.

Tuve una súbita idea. Sirviéndome de los motores de popa, elevé nuestra nave. Por un momento nuestro casco estuvo encima de los peligrosos discos. Con nuestras placas gravitacionales, produje una completa repulsión. ¿Lograría esto evitar su acoso, desviando su órbita? No lo logró. Su curso permaneció inalterado.

De nuevo Grantline me estaba gritando:

—¡Vuelva atrás! ¡Tengo que disparar!

Había sido un error; Grantline perdió varios disparos a causa de ello. Coloqué de nuevo la nave a nivel. Los discos pasaban a un centenar de pies; media docena de ellos estaban todavía más cerca. Discos giratorios afilados como cuchillos, resplandecientes; pasaron bajo nuestra popa, cerca, y se acercaban ahora de flanco.

Eran unos segundos horribles, llenos de ansiedad. Los discos pasaron rasando nuestra popa; uno de ellos pareció no alcanzar nuestra cúpula por sólo una pocas pulgadas. La andanada de Grantline aniquiló cuatro más, pero todavía quedaban ocho. Se acercaban ahora

por la parte de popa.

Me di cuenta de la confusión que reinaba en la *Cometara*. La tripulación corría hacia el alcázar de proa. Allí estaba mi segundo oficial, pálido y confuso. El vigía de popal lanzó su inútil grito de advertencia.

¡Inútil! Vi como uno de los discos alcanzaba la cúpula por la popa, y luego otro y otro. Eran unos golpes silenciosos, pero me parecía sentir cómo cortaban las planchas de la cúpula.

¡La cúpula se desmoronaba! Luego, después de aquel horrible instante, llegó el ruido: el estruendo del metal al ser cortado y desgajado; luego el resoplido de la explosión exterior.

Vi cómo toda la extremidad de la cúpula por la popa se agrietaba, reventando hacia afuera, impulsada por nuestra presión interior de aire. Y por toda la *Cometara* el aire que salía afuera formaba una corriente cada vez más fuerte que gemía al mismo tiempo que ejercía una fuerza de absorción.

Grité:

—¡Drac! ¡Cierre el compartimiento de popa!

Ajusté los botones-palabra de la sirena de alarma y tiré de la palanca. Su voz se alzó estentóreamente por encima de la algarabía:

—¡Todo el mundo a proa! ¡Pónganse los trajes espaciales! ¡Prepárense a abandonar la nave!

CAPÍTULO VII

Me di cuenta en medio del caos de que los restantes discos nos atacaban mordiendo en la porta de popa. La rota cúpula por popa presentaba una mellada abertura, pero el muro de contención la obstruyó parcialmente al cerrarse en movimiento ascendente. Dos O tres hombres de la tripulación y el vigía habían desaparecido tras aquel muro que se cerró. Sus cuerpos no tardarían en ser arrojados al espacio, empujados por el aire a presión.

—Podemos resistir, Drac. Ordene a Waters que salga de su cuarto. ! A proa!

Estaba llamando a la sala de máquina.

—Ordene a sus hombres que suban y vayan a proa, no a popa.

Pero no recibí respuesta alguna del jefe de máquinas.

Me dirigí a Grantline:

—Ordene a sus hombres que vayan a proa. ¡Hay que evacuar el centro de la nave! Voy a cerrar los compartimientos centrales. Si el de popa revienta con la presión...

—De acuerdo, Gregg. ¿Estamos perdidos?

—¡No lo quiera Dios! Lo sabremos dentro de uno o dos minutos. Ordene que todo el mundo se ponga los trajes espaciales. Que todos se concentren en proa. Prepare la escotilla de salida delantera.

—Voy a ocuparme de ello, Gregg. ¿Va a bajar?

—Sí, cuando termine. —Corté la comunicación—. ¡Drac, váyase! ¿Ordenó a Waters que abandonara su puesto?

—No quiere hacerlo.

—¿Por qué diablos no cumple la orden?

—Cree que puede conseguir comunicar con la Tierra.

—No puede seguir allí. ¡Está en gravísimo peligro! Cuando reviente el muro de contención de popa...

Estaba a punto de reventar. Podía ver desde donde estaba cómo se hundía hacia popa bajo la presión. Y dejaba escapar el aire, de tal forma que una fuerte Corriente se había establecido en las cubiertas. Drac y yo estábamos sufriendo los efectos de la disminución de presión, costándonos mucho poder respirar.

—Drac, váyase de aquí. Vaya a buscar a Waters; lléveselo a proa. Al diablo con su transmisor. ¡Se trata de la vida o la muerte!

—¿Y usted?

—En seguida bajaré. Llame desde cubierta a las salas de control. Ordene a todo el mundo que vaya adelante y se concentre en cubierta.

—¿Y las bombas de presión?

—Las haré funcionar desde aquí.

Puse en marcha el sistema de circulación para dirigir hacia proa el aire fresco, pero resultó una tentativa inútil contra la absorbente corriente que se dirigía hacia la popa. Mientras las bombas funcionaban al máximo ritmo vi que el muro de contención se estaba rompiendo.

Drac me gritó desesperadamente:

—¡Dígame lo que tengo que hacer!

—¡Ya le dije lo que tiene que hacer! —Le empujé hacia la pasarela —. Váyase de aquí y obligue a Waters a ir a proa. Haga que todos los hombres del fondo vayan delante.

Sus angustiados ojos me miraron fijamente un momento; luego se volvió y corrió por la pasarela. Le vi sacar a la fuerza a Waters del cuarto del helio. Fue la última vez que los vi.

El sordo ruido de un timbre sonaba en la torreta y di un salto hacia atrás. El esfuerzo que realicé me produjo un dolor alrededor del pecho, un angustioso resuello a causa de la cada vez más baja presión.

Fanning, el segundo maquinista, estaba todavía con las bombas de presión. Oí su voz procedente del fondo.

—Las bombas y distribuidoras de aire están funcionando. ¿Va a utilizar los desviadores de gravedad?

—¡Diablos, no! Salga de ahí, Fanning. Estamos a punto de reventar. El aire se marcha. Es cuestión de minutos el abandonar la nave. ¡Váyase a proa!

De repente el muro de contención de popa se abrió con una gran raja diagonal. Esperé un momento para darles a todos tiempo para escapar hacia delante; luego cerré todos los compartimientos estanco centrales.

Lo hice con el tiempo casi justo. El muro de contención de popa reventó saliendo despedido con una tromba de aire, pero las barreras centrales resistieron el embate. La mitad de la nave quedó sin aire, pero aquí, en la proa, podíamos durar un poco más. Abajo podía ver a los hombres de Grantline —algunos, no todos— y unos cuantos tripulantes, oficiales y camareros, todos concentrados en cubierta con los cascos y trajes espaciales puestos. Las cámaras de ambos lados estaban dispuestas; media docena de hombres se apiolaban en cada una de ellas. Las puertas de cubierta se cerraron y las escotillas exteriores se abrieron; grotescas figuras de hombres eran arrojados al espacio impulsadas al espacio impulsadas por la fuerza del aire que salía de las cámaras. Luego se cerraron las escotillas exteriores. Las

bombas llenaron las cámaras; las puertas de cubierta volvieron a abrirse. Otra tanda de hombres...

Vi a Grantline yendo de un lado a otro de la cubierta vestido con el traje espacial, aunque sin el casco puesto, organizando la evacuación de la nave.

Parecía que de momento los muros de contención centrales iban resistiendo. Luego unas lucecitas rojas que se encendieron en el tablero que estaba frente a mí me indicaron en qué corredores del casco se estaban resquebrajando puertas, dejando escapar el aire, rompiéndose bajo la presión. Toda la estructura de la astronave estaba cediendo. El aire se escapaba gimiendo por todas partes, tirando hacia popa. Los muros de contención estaban saliéndose de sus cauces.

Eran los últimos momentos; me di cuenta de que la sirena de alarma había cesado de funcionar. Se estableció un súbito silencio, roto solamente por los gritos de los hombres que quedaban en las cámaras de presión, junto a las escotillas de salida, mezclados con el gemido del aire. Me sentí ausente, muy lejos; la cabeza me daba vueltas.

Me dirigí tambaleante hacia la salida. El electro-telescopio se hallaba cerca de la misma y me dejé vencer por un vago deseo de mirar a través de su ocular. El aparato funcionaba todavía y lo apunté hacia popa.

La nave enemiga no se había desvanecido. Estaba ahora efectuando una cerrada curva a unas pocas miles de millas de nosotros. ¿Volvía? Eso es lo que pensé.

Me acordé de pronto de mi intención de tener todas las placas gravitacionales en neutral antes de abandonar la nave. Empuñé ahora los controles. Me embargaba el angustioso temor de que las válvulas de desviación iban a fallar. Pero no ocurrió ad. Las placas se deslizaron a titubeantemente, de mala gana.

Recuerdo que atravesé la pasarela dando traspiés. Parecía que el compartimiento central se estaba rompiendo. Sobre la cubierta que tenía a mis pies había figuras caídas de hombres. Tropecé contra el cuerpo de un hombre que había quedado enredado en loa escalones de la pasarela, pendiendo de ella.

Creo que caí cuando me quedaban diez escalones para llegar a cubierta. El zumbido dentro de mis oídos y la opresión que sentía alrededor del pecho era todo cuanto me recordaba que estaba en el mundo.

Luego me puse de nuevo en pie y tropecé con otro cuerpo. El cadáver llevaba puesto el traje espacial, pero el casco estaba a un lado

de él. Cogí el casco. Me sentía asfixiar y me parecía que todo el mundo daba vueltas alrededor de mí al mismo tiempo que veía frente a mis ojos una multitud de lucecitas.

Estaba ahora en la cubierta y a diez pies de mí estaba la abierta puerta de la cámara de presión. Una grotesca figura apareció ante mi turbada vista, dirigiéndose hacia la puerta de la cámara. Dio media vuelta, me vio y de un salto estuvo a mi lado. Vi a través de la visera que era Grantline. Sus manos, enfundadas en gruesos guantes, me ayudaron a colocarme el traje espacial.

Me ayudó después a ponerme el casco. La metálica punta de su enguantada mano se puso en contacto con la placa de mi hombro. Su voz sonó a través del diminuto audífono del interior de mi casco.

—¡Gregg! ¡Gracias a Dios que le encontré! ¿Todo bien?

—Sí.

Se me estaba aclarando la mente.

Le cogí fuertemente por un hombro.

—¿Está seguro de que no queda, nadie más?

—Sí. He llegado a todos los lugares accesibles. Los muros de contención centrales están a punto de reventar.

Me empujó hasta el interior de la cámara de presión. Apenas había necesidad de cerrar la puerta a nuestras espaldas. Estuve agarrado a él mientras abría la pequeña escotilla exterior. El abismo se abría a nuestros pies; la corriente de aire que salía hacia fuera nos empujaba con |la fuerza de un huracán, y teníamos que aferrarnos al marco de la puerta.

—Gracias a Dios que ha conseguido un traje-motriz, Gregg, lo mismo que yo. Debemos mantenernos juntos.

—Sí.

Sentía la trepidación del suelo de la cámara bajo mis pies. La *Cometara* crujía angustiosamente, hinchándose peligrosamente en toda su longitud; podía reventar en cualquier instante.

Permanecimos silenciosos durante un momento. A nuestros pies se abría un abismo insondable, un vacío incalculable de millones más millones de millas. Y, entre la negra oscuridad, el rutilante brillo de mundos ignotos.

—Adiós, Gregg. Puede ser el final para nosotros.

—Buena suerte, Johnny.

Su grotesca figura desapareció de mi vista. Esperé sólo un instante y luego me lancé al vacío.

Por un momento me sentí en un caos extraño, el retortijón en mi sentido de transición. Había sido el habitante de un pequeño mundo,

la *Cometara*, con una gravedad bajo mis pies. Ahora, de sopetón, me había quedado sin mundo en el que habitar. Estaba solo en el espacio. Sin ninguna gravedad; nada sólido que poder tocar; el vacío.

Me encontraba en un mundo de soledad y la anormalidad de esto me produjo un shock mental. Pero el reajuste llegó al momento. Pasé la transición, la sensación de estar cayendo.

El firmamento se quedó fijo y mis sentidos se aclararon. Mi caída desde la *Cometara* me llevó en un lento arco a unos trescientos pies de distancia. Había .habido una sensación de caída, pero no había existido una caída real. Mi velocidad había sido retardada porque la masa de la *Cometara* tiraba de mí. Me moví como si fuera un barquito de juguete sobre una superficie líquida que se fuera calmando rápidamente. Al cabo de un momento desapareció la velocidad, y quedé suspendido en el vacío. Vi a Grantline a unos cincuenta pies de mí. Me hizo señas con un brazo.

Me mantenía en el vacío sin peso, como si descansara sobre un lecho de plumas infinitamente blando. Podía mover las piernas y los brazos, pero no avanzar ni retroceder. Estiré el cuello, mirando por todas partes a través del grueso vidrio de mi visera.

La Tierra y el Sol colgaban a nivel de los blancos puntos de las estrellas esparcidas por doquier. No podía ver aquel extraño rayo de luz que emergía de la Gran Nueva York; estaba ahora en la otra dirección, de modo que la Tierra lo ocultaba a mi vista. Venus aparecía a un lado del Sol. El rayo de luz enemigo procedente de Grebhar era visible; y cuando me revolví para mirar a mis espaldas, vi a Marte y el rayo procedente de Ferrok-Shahn.

Era evidente que la *Cometara* estaba cayendo ahora hacia la Luna, atraída irresistiblemente hacia su superficie, y todos nosotros con ella. Aquel disco montañoso blanco y negro parecía estar muy cercano. Supongo que nos encontrábamos a unas veinte mil millas je ellas, empujados a cada vez mayor velocidad a medida que su fuerza de atracción tiraba más y más de nosotros. Pero este movimiento era ahora aparente. La distancia disminuía todos estos movimientos celestes,, de modo que el firmamento parecía estar en absoluta inmovilidad.

Más existía algún movimiento. Veinte o más grotescas figuras, los hombres supervivientes de la *Cometara*, iban dando vueltas alrededor de la nave describiendo variantes órbitas, como si se tratara de diminutos satélites. Algunas figuras se acercaban mucho a la nave, atraídas por ella. Vi a un hombre precipitarse contra la destrozada cúpula y trepar como si fuera una mosca. Y me di cuenta de que las

fuerzas del firmamento estaban moldeando también mi propia órbita. La tendencia de mi cuerpo a alejarse de la nave, quedó detenida. Permanecí inmóvil durante un indeterminado instante y luego entré en mi órbita. También yo era un satélite de la *Cometara*.

Contemplé los restos de la astronave. ¡Mi nave! ¡Mi primer mando! La misma que sólo unas pocas horas antes había despegado de la Tierra con tanta suavidad, con tanta confianza y seguridad; y ahora se había convertido en esto, en una piltrafa. La cúpula estaba rajada en toda su longitud y destrozada completamente en la popa.

Podía ver bajo la cúpula su desvencijado interior y las retorcidas y desgarradas planchas de su casco. Erar ahora una nave muerta, con sus mecanismos paralizados; dentro de ella no había más que silencio de tumba y frialdad. Todo su calor se había disipado y reinaba ahora en ella el frío y el silencio del espacio interplanetario.

Supongo que todos estos pensamientos cruzaron por mi mente en cuestión de segundos. Me vi dando vueltas alrededor de mi órbita. Tal Vez mi movimiento me haría dar vueltas indefinidamente; quizá me vería arrastrado hacia la nave como lea había ocurrido a otros supervivientes.

Grantline, que llevaba puesto uno de los pocos trajes-motriz, avanzaba ahora hacia mí, propulsado por pequeños chorros fluorescentes que brotaban de sus espaldas. Puse en marcha mi propio mecanismo y avancé .hacia él, y nuestra gravedad nos atrajo mutuamente. Interrumpimos la energía cuando estábamos a veinte pies uno de otro; nos fuimos acercando; nos pusimos en contacto; rebotamos como si se hubiera tratado de dos pelotas cuando nuestros hinchados trajes chocaron entre sí. Luego quedamos separados flotando en el vacío.

Toqué la placa de metal de su hombro.

—¿Funciona bien?

—Sí, gracias a Dios que va bien, Gregg. ¿Cuántos supervivientes hay?

En el caos de la evacuación, muchos de los mecanismos de los equipos espaciales de los tripulantes habían fallado. Siempre ocurre algo parecido en tiempos calamitosos. Podíamos ver dando vueltas alrededor de la muerta nave, y también inmóviles contra su cúpula, aquellos horribles trajes desinflados en los que había fallado el delicado mecanismo de Erentz. Dentro de ellos no había más que cadáveres.

—Demasiados —dije—. Y no hay más que cuatro o cinco con trajes-motriz, ¿Qué tenemos que hacer primero? ¿Reunirnos? Debemos

estar todos juntos.

La voz con que me contestó era amarga.

—No podemos arrancarlos de la nave. En total somos seis o siete los que disponemos de fuerza en nuestros trajes. ¿Supone que conseguiremos salir de aquí, Gregg, que podremos alejarnos de la nave antes de que caiga?

La única respuesta era tratar de hacerlo. La *Cometara*, y con ella todos nosotros, éramos arrastrados hacia la Luna. Buscaríamos a loa hombres que seguían con vida y todos juntos formaríamos un grupo. Si pudiésemos todos unidos vencer la fuerza de atracción que ejercía la nave, y luego luchar para mantenemos alejados de la Luna, cabía la posibilidad de que nos sostuviéramos en el espacio hasta que llegara en nuestro auxilio alguna astronave de socorro de la Tierra, Venus o Marte.

—Vaya usted por un lado, Gregg; yo iré por el otro. No suba a bordo; es peligroso.

—Recogeré a los hombres con trajes espaciales sin fuerza que estén vivos. Los que disponen de traje motriz harán lo mismo. ¿Le parece bien que nos reunamos en donde estamos ahora?

—Sí. ¡De prisa, Gregg! Cada milla que nos acercamos a la Luna dificulta más la operación. Caemos con mucha rapidez.

—¡Buena suerte!

Me separé de él. Y, al cabo de un mimito, mientras él se dirigía en un arco hacia la proa de la *Cometara* y yo hada su popa, me asaltó súbitamente et recuerdo de aquella nave enemiga que volvía hacia nosotros. La última vez que la vi a través del telescopio observé que estaba regresando; y luego la había olvidado.

Mi mirada recorría ahora el firmamento. El casco carecía de instrumentos telescópicos. A simple vista no era visible aquella nave enemiga. Pero yo sabía que esto significaba bien poco; en un momento podía aparecer y estar aquí en cuestión de segundos si era impulsada a gran velocidad.

Cuando ocurrió el desastre, se encontraban a bordo de la *Cometara* más de sesenta hombres; quizá habían desapareado cuarenta. Y pronto me daría cuenta de que tal vez no llegaban a quince los que seguían con vida. Delante de mí tenía ahora dos que llevaban trajes-motriz, flotando lentamente más allá de la destrozada cúpula por la parte de popa. Uno de ellos había recogido a dos supervivientes y los estaba remolcando separándolos de la nave. Pasaron frente a mí, avanzando muy lentamente, y por los esfuerzos que realizaba comprendí que lo máximo que podíamos hacer era llevar dos hombres a lo sumo cada

uno.

Me puse en contacto con el hombre del traje-motriz. Era uno de los hombres de Grantline.

—Diríjase hacia allí —le señalé la dirección—. A doscientos o trescientos pies. Grantline dijo que nos reuniéramos allí. Voy en busca de más hombres.

—Sí. Cerca de la popa encontrará usted... ¡Cielo Santo! ¡Haljan... mire!

La nave enemiga estaba ahora a una milla de nosotros. Pasaba... ¡No! ¡Se detenía! Se había presentado a la vista de una forma increíble, estaba aquí, y sin embargo no desplegaba mucha velocidad. No parecía ser más rápida que uno de los antiguos aviones con alas del pasado, y estaba tan cerca que su voluminoso y rojizo casco se veía perfectamente. Los discos habían desaparecido. La especie de chimenea que emergía de su parte superior se inclinaba diagonalmente hada nosotros mientras la nave se echaba a un lado, de tal modo que momentáneamente pude ver su interior. Allí dentro había alguna clase de mecanismo. De su proa salía un estrecho rayo opalescente.

—¡Está parándose, Haljan!

—Sí, está deteniéndose. No trate de encontrarse con Grantline. ¡Saque de aquí a sus hombres!

—¿Y si nos escondemos en la *Cometara*?

—No. Han vuelto para bombardearla.

Le di un violento empujón. Se alejó de mí arrastrando las dos figuras tras él. Avancé, colocándome detrás de la popa. Sobre su destrozado armazón yacían como pegados a él algunos de nuestros hombres, inertes. Eché un vistazo al interior y vi la cubierta; los hombres que estaban tendidos sobre ella habían encontrado la muerte antes de poder colocarse sus trajes espaciales.

Afuera, hacia delante, vi a Grantline rondando por la proa remolcando a un hombre y dirigiéndose en busca de otro. Encima de la proa había un grupo de hombres aferrados a la armazón y gesticulando en demanda de auxilio. Me fui hacia ellos; luego vi a una figura con un traje-motriz que iba en su búsqueda y estaba más cerca del grupo. Volví atrás. Había dos figuras en la parte exterior de la quilla a las que podía llegar más pronto. Moscas invertidas. Sus pies descansaban en la quilla. Se agacharon y gesticularon hacia mí.

Me arrojé hacia abajo. Al pasar por debajo de la quilla, muy cerca de ella, mis chorros propulsores chocaron contra las planchas del casco y me dieron una súbita velocidad hacia abajo. Fui descendiendo,

alejándome de la quilla. Y de nuevo vi la nave enemiga. Se mantenía ahora quieta, a menos de dos millas.

Y mientras descendía haciendo una curva en aquel oscuro firmamento, vi el rayo de luz de la nave enemiga que recorría el espacio. Llegó a la *Cometara* y se detuvo en ella.

Hasta que pude detener mi descenso, había bajado ya a unos cincuenta pies de la quilla. Estaba ahora remontando. Vi el círculo opalescente del rayo moviéndose a lo largo del casco de la *Cometara*. Parecía que no causaba ningún daño; luego, de pronto, la luz se desplazó hacia abajo y se posó en mí.

No sentí nada, salvo el impacto de un suave empujón, algo que me rechazaba con fuerza.

Vi que la *Cometara* retrocedía y que los cielos giraban mientras yo daba vueltas. El distante disco rojo de la Tierra se sumergió. La superficie lunar parecía momentáneamente estar rotando y levantándose por encima de mí.

Estaba perdido, girando sobre mí mismo y luego dando vueltas de campana. Después el rayo se apartó de mí y cesé de dar vueltas.

Vi a la *Cometara* ¡a una milla de donde yo estaba! La nave enemiga se había puesto otra vez en movimiento, enfilando hacia mí, y entre la *Cometara* y la Tierra. Y el rayo estaba ahora fijo enfocado sobre el centro de la nave.

La *Cometara* tenía ahora una nueva velocidad. No podía equivocarme. Su tamaño disminuía rápidamente a la vista; con respecto a mí, estaba retrocediendo, cayendo sobre la Luna. Sería mejor decir que era empujada hacia abajo por la fuerza de repulsión del extraño rayo enemigo que la estaba apuntando. Me quedé contemplándola fijamente mientras se hundía en el vacío acompañada por aquellos puntitos que tenía alrededor, que eran nuestros hombres.

Me encontré ahora que estaba completamente solo, con la nave enemiga cerniéndose por las inmediaciones. Sus maniobras para empujar los restos de la *Cometara* contra la Luna, la habían llevado a una milla poco más o menos de donde yo me hallaba. El rayo de luz seguía sobre la *Cometara*; luego se desvaneció abruptamente.

Mi astronave había desaparecido casi por completo a simple vista. Por casualidad, indudablemente, el rayo había caído sobre mí, apartándome de sus restos. Flotaba ahora solo en el espacio con el enemigo en las inmediaciones, pero quizá no habían advertido mi presencia o tal vez no se preocuparon de mí. Me di cuenta que el mecanismo motriz seguía intacto. Lo puse en marcha; lentamente, como un leño a merced del agua, empecé a avanzar.

Un minuto. Con minutos. La *Cometara* estaba perdida. Grantline y los demás, estaban perdidos; con aquel nuevo empujón hacia abajo, jamás podrían librarse de ser arrastrados por los restos de la nave.

Fui apartado abruptamente de mis pensamientos ante la aparición de una burbuja roja. Era algo que había salido de la nave enemiga, que se tenía de rojo por la luz del Sol y de la Tierra, y de plata por la de la ¡Lama y las estrellas. Fue tomando forma. ¡Era un disco, otro de aquellos malditos discos, que enviaban contra mí para aniquilarme!

Luego, cuando estaba a un cuarto de milla de distancia, vi que era un disco que giraba lentamente. Radiantes chorros surgían de su circunferencia giratoria; venía directamente hacia mí, con tanta velocidad, que la que yo llevaba parecía ridícula.

Al cabo de un minuto fui alcanzado. Vi que el disco tenía unos quince pies de diámetro, y que era voluminoso, y que entre sus convexos suelo y techo había un espacio libre de varios pies.

Corté mi fuerza motriz y esperé con el corazón latiéndome violentamente. El traje espacial no contaba en su equipo con armas, salvo un cuchillo colgado del cinto. Lo desenvainé y lo empuñé con mi enguantada mano.

El disco giraba alrededor de su eje vertical. Su movimiento rotatorio fue haciéndose más lento; vi pequeñas ventanas situadas alrededor de su convexo. Llegó hasta mí y me tocó con su metálico lado. Yo me aparté de él con un puntapié. Detrás de los vidrios de sus escotillas se movían unas formas. Pequeños rayos radiantes surgieron de su interior. Parecía que se apoderaban de mí, que me arrastraban hacia él.

Me encontré atraído irresistiblemente hacia su convexa superficie. Su movimiento rotatorio cobró mayor velocidad otra vez, pero ahora yo sólo miraba la pulimentada superficie a la cual me veía como adherido. No hubiera estado menos perdido si hubiese sido una barra de metal puesta sobre un electro-magneto.

Pasó un intervalo. Con la placa de contacto de mis dedos contra su metálica caparazón me pareció oír unas voces dentro, unas palabras extrañas, confusas. Me retorcí, pero no pude ver el interior a través de su escotilla.

Otra vea el movimiento rotatorio se iba haciendo más lento. Vi que nos acercábamos a la nave enemiga; luego me di cuenta de que estábamos encima de ella y que nos metíamos dentro de la oscura boca de su chimenea. Estábamos deslizándonos verticalmente por el interior de un gran túnel oscuro.

Una sacudida me indicó que habíamos llegado al fondo. Me vi libre

entonces de su atracción. Indudablemente los radiantes rayos se habían apartado de mí. Me levanté y di un salto, pero caí hacia atrás. Pensé que algo como una puerta corrediza se cerró sobre mí.

Y luego, en medio de la oscuridad, unas figuras me sujetaron fuertemente. Luché desesperadamente, dando tajos a diestra y siniestra, pero el cuchillo me fue arrebatado.

¡Estaba prisionero en una cámara de presión de la nave enemiga!

CAPÍTULO VIII

A través del cristal de mi visera me parecía ver que la pequeña habitación estaba iluminada por una muy débil radiación. Era un espacio de forma triangular, de unos quince pies de lado, con un techo cóncavo. Me hallaba ahora tendido en el suelo. Al principio la oscuridad era impenetrable. Las figuras que me habían derribado y arrebatado el cuchillo, habían desaparecido; no había podido verlas ni tampoco saber a dónde habían ido.

Durante un momento permanecí en el suelo embutido en mi hinchado traje. Cuando me puse en pie me di cuenta de que estaba casi sin peso. El movimiento que efectué para levantarme me empujó hacia, arriba como si hubiera sido una pluma lanzada al aíre. Mi casco golpeó el metálico techo con tanta violencia que por un momento creí que se había aplastado.

Me separé del techo con un movimiento de piernas y brazos, y toqué de nuevo el suelo; y un momento después me, vi capaz de sostenerme erguido sobre el suelo con una sensación tan ligera de peso como si hubiese sido una hoja seca expuesta a volar al menor soplo de viento.

Mientras me mantenía en pie con bastantes apuros, sentía, una extraña sensación de triunfo. Una victoriosa esperanza; pues cuando bajaba por el espacioso túnel de la nave —más grande de lo que me Labia parecido desde lejos— había visto lo que parecía ser un pequeño proyectil que descansaba en un extraño mecanismo. El disco que me transportó se había colocado en una plataforma situada cerca de él. ¿Sería aquél el proyectil procedente de la Tierra?

La presión del aire que me rodeaba era cada vez más fuerte; los diminutos diales de Erentz que tenía dentro del casco habían estado inmóviles, pero ahora mostraban una presión exterior. Esperé un momento. Si se producía aquí algún ruido, no lo podía oír. Luego los diales se detuvieron. Registraban diecisiete libras. Aflojé el casco y me lo quité.

Al aspirar las primeras bocanadas de aire sentí que me desvanecía. Me desplomé al suelo y creo que cuando traté de volverme a poner el casco, era ya demasiado tarde. El aire contenía un extraño olor químico. Era como si estuviese respirando una tenue y perfumada agua.

Me desmayé en medio de una agradable sensación.

Mi despertar vino acompañado de penosos sueños. Me encontré

tendido en el suelo de la misma habitación. Ahora podía respirar mejor, y al cabo de unas pocas horas más desapareció mi turbación casi completamente. Vi que no tenía herida alguna, aunque sentía un hambre atroz.

Otra vez, con cuidado como antes, me puse en pie, y me quité el traje espacial; y ahora me di cuenta de que había movimiento y ruido. El suelo vibraba claramente y se oía un rumor lejano, como un runrún; se parecía mucho al interior de la *Cometara* cuando se hallaba en pleno vuelo.

Y escuché otros ruidos, indescriptiblemente débiles y sin embargo extrañamente claros. Pensé que debían ser voces lejanas.

Di un cauteloso paso. Vi enfrente una oscura y desnuda pared contra la que había adosado un extraño objeto que debía ser un mueble circular que descansaba en el suelo. A pesar de mis precauciones, me vi suspendido en el aire; pero esta vez choqué contra la pared y con mi escaso peso fui deslizándome hacia abajo hasta tocar de nuevo el suelo, como si hubiera sido un hombre que se estuviera hundiendo en el agua. ¡Casi podía nadar en este extraño aire!

Se me ocurrió de improviso aplicar el oído a la pared. Al hacerlo, los ruidos se hicieron increíblemente fuertes. Era una confusión de sonidos: los mecanismos de la nave, algunos de los cuales pensé que podía identificar, y el extraño rumor de lo que parecían ser voces y movimiento de gente.

Las voces parecían proceder de todas partes. Su timbre era muy extraño y no delataba la distancia que mediaba entre ellas y yo. Se oían tantas que pensé que procedían de todas partes de la nave; y, sin embargo, parecía que estaban todas juntas. Al cabo de un momento la mezcla se hizo menos confusa y de nuevo mi oído pudo separar una voz de otra.

Comprendí que la atmósfera contenía una vibración sonora diferente a la de la Tierra. El tono era apagado, como ahogado. Existía indudablemente una extorsión vibracional; y la velocidad de la onda sonora era más lenta que los mil cincuenta pies por segundo que es la normal de la de la Tierra, siendo posible-voz, frases lentas, rítmicas, cuidadosamente pronunciadas y volees con un sonido profundo y sepulcral Mi pensamiento volvió a la habitación del restaurante *Red Spark*.

Y de repente me di cuenta de que en medio del murmullo de la conversación estaba oyendo hablar en inglés. Una voz de hombre que hablaba inglés. Entendí perfectamente la frase:

—Sí, Amo. Ella nos es fiel. ¿No lo ves?

¡La voz de Molo! Entonces, las muchachas deben estar también aquí.

Otra voz:

—No estoy seguro. Quizá la Gran Inteligencia quiera hablar con ella cuando lleguemos.

Era la lenta y rítmica voz de uno de los cerebros.

—¿Cuándo será? ¿No falta mucho ya para llegar, verdad Molo?

¡Venza! Una ola de gratitud recorrió todo mi ser. Y luego oí la voz de Anita:

—¿Dónde están los dos cautivos? ¿No pensaréis matarlos, verdad?

—No —dijo Molo—. Tal vez no. No nos hemos ocupado todavía del nuevo. Del otro ya nos estamos cuidando. Cuando lleguemos, será interrogado por la Gran Inteligencia.

—Estamos llegando —dijo Venza—. Ése que se ve abajo es Wandl, tu mundo, ¿verdad?

—Sí. Descendemos a mucha velocidad.

La voz del cerebro:

—Ven, Wyk. Los instrumentos indican acontecimientos en nuestros mundos cautivos. Llévame a verlos. Me siento cansado.

—Sí, Amo.

Al parecer se llevaban al cerebro; Molo y las dos muchachas quedaban ahora solos. Al principio había pensado que debían encontrarse en la habitación contigua, pero podían estar a bastante distancia. Habían mencionado a dos cautivos. Uno, sin duda, era yo. ¿Sería Snap el otro?

—Venid —estaba diciendo Molo—, estad aquí conmigo y contemplaremos este mundo. No es mi mundo, Venza, como acabas de decir, sino mi mundo adoptivo. Y será el vuestro, hasta que gobernemos en el nuevo Marte.

Les oí moverse para mirar a través de la escotilla. Luego llegó la voz de Anita:

—Si es algo como esta nave, será muy extraño.

—Extraño en verdad, palomita. Estuve en él sólo una vez, hace un mes, y por pocas horas. La Gran Inteligencia, como le llaman, habló conmigo, absorbiendo mi conocimiento: ellos lo dicen así. Y quedó muy impresionado por mí y me hizo maravillosas promesas a cambio de mi lealtad y la de mi hermana también.

Me enteré más adelante de cómo Molo y Meka se habían identificado con los wandlitas; fue como habíamos sospechado.

—¿Tú gobernarás Marte? —decía Venza—. ¿Crees que cuando esto

acabe te darán a Marte para que lo gobiernes?

—Preferiría vivir en la Tierra —dijo Anita—. Conocía allí a un joven…

—No estará allá mucho tiempo —rió Molo—. ¡Tienes mucha suerte al haberme caído en gracia!

—Una verdadera suerte —convino Venza—. Yo no moriré. Soy demasiado joven.

—Pero todos esos millones de muertos. Parece tan terrible.

—¡La muerte es para ellos! —Molo se sentía terriblemente humorístico, satisfecho consigo mismo y con las muchachas—. Mirad abajo; esa niebla es el aire, un aire espeso. Estamos ahora metiéndonos en mente de alrededor de setecientos pies. Sin embargo, el sonido era audible en distancias más largas que en la Tierra.

Ahora escuché una extraña lengua: dos tipos de ella.

Oí el ruido de alguien que se les unía, y luego otra vez la voz profunda.

—¡Molo! Llegan malas noticias de Marte. Uno de los Amos fue capturado en Ferrok-Shahn. Lo torturaron como hicieron con el de la Tierra. Pero este último no murió sin rendirse. ¡Habló y les informó de nuestros planes!

—¡Ah! ¿No te dije que había que dejar a esos seres inútiles en Wandl?

—Pero ahora ya está hecho. Los mundos conocen nuestros propósitos. Están preparando naves del espacio. Ya están despegando algunas de Ferrok-Shahn, de Grebhar y del Gran Nueva York.

—Ya sabíamos que lo estaban haciendo.

—Pero ahora conocen nuestras intenciones. La Gran Inteligencia teme que vengan o atacar a Wandl. Nuestras naves se están preparando para repeler el ataque.

La voz profunda cesó de hablar.

—¿Han descubierto vuestros planes? —preguntó Anita—. ¿Qué significa eso? ¿Por qué no nos lo cuentas? ¡Una pareja de reinas para tu futuro Marte y nos tratas como a niñas!

—Ese rayo que con tanta astucia plantaste en el Gran Nueva York —insinuó Venza.

—Sí, os lo contaré. Si yo no hubiera estado en el Gran Nueva York y mis hombres en Ferrok-Shahn y Grebhar con esos wandlitas, los rayos gravitacionales no hubieran jamás podido ser plantados con éxito. El mecanismo era muy complicado, ya lo visteis. ¿Os disteis cuenta del trabajo que me costó efectúas el contacto?

—¿Pero para qué sirven esos rayos?

Escuché conteniendo el aliento mientas lo contaba. Los ayos electrónicos no podían ser destruidos; se había puesto en marcha la desintegración de los átomos de las rocas. El rayo recorría el espacio con cada rotación de la Tierra. Desde una gran estación de control, Wandl arrojaba contra el mismo una gravedad de atracción, empleándolo como una monstruosa palanca contra la rotación de la Tierra. Cada vuelta diaria terrestre contribuía a ello. La rotación se iba haciendo más lenta. Cesaría al cabo de unos días, con el extremo del rayo aherrojado por las garras de Wandl.

Y lo mismo significaba los rayos procedentes de Grebhar y Ferrok-Shahn. ¡Tres gigantescas cadenas! Luego Wandl, navegando en su propio campo gravitacional se retiraría de nuestro sistema solar. ¡Las cadenas gravitacionales arrastrarían tras él a la Tierra, Venus y Marte!

¡Titánicas cadenas! Precursoras de la destrucción, no de nuestros mundos, sino de la vida en ellos, pues el frío del espacio interestelar no dejaría con vida a ningún organismo viviente. Tres mundos muertos; Wandl los remolcaría con sus gigantescas sirgas hasta su propio Sol y luego los libertaría y los enviaría, con nuevas órbitas, alrededor de la ardiente y lejano estrella, Tres nuevos mundos que Wandl se llevaría triunfalmente a su mirada para unirlos a la pequeña familia de planetas inhabitados que giraban alrededor de este otro Sol. Tres bellos mundos que habían sido acariciados por los rayos del otro Sol destinados a convertirse en verdes mansiones deshabitadas, dispuestas a recibir en su seno a los nuevos seres que llegarían a sus tierras para posesionarse de ellas.

CAPÍTULO IX

—¡Snap...! ¿Eres tú?

—¡Gregg! ¿Pero cómo...?

—¡Chitón! Nos pueden oír.

—Pueden hacer más que eso. Casi pueden oír cómo piensas.

—Anita y Venza están aquí.

—Lo sé. Estuve algún tiempo con ellas. ¡Esta maldita gravedad! No puedo andar.

—Ve con cuidado —susurré—. Te puedes partir la cabeza al menor paso en falso. ¿Nos sacarán de aquí?

—Creo que sí. ¿Cómo fue que...?

—Te lo contaré más tarde.

Habían ido a buscarme a aquella oscura cámara a presión y me llevaron a través de un lóbrego corredor de la nave, que evidentemente había aterrizado un momento antes. Luego Snap, rodeado de extrañas figuras, había sido enviado junto a mí de un empellón.

¡Aquellos espantosos seres! Habían aquí cerebros, pero no muchos; vi en la nave media docena de ellos. Ahora se podían mover fácilmente. Avanzaban dando pequeños saltos sobre sus diminutos brazos y piernas. Cuando se les veía de cerca, eran horrorosos; desde lejos, tenían el aspecto de grandes huevos dando brincos. Y me di cuenta de que debajo, hacia la espalda, tenían un encogido cuerpo.

Las otras figuras eran completamente diferentes; parecían a primera vista ser enhiestos insectos de diez pies de altura. Las dos piernas eran similares a zancos y el cuerpo era estrecho, pero con protuberante pecho. El delgado cuello sostenía una redonda cabeza de un tamaño más o menos como el de la mía.

Cuesta explicar con palabras lo que era un hombre de Wandl. No tenían piel y su lugar lo ocupaba lo que parecía ser una dura cáscara de un brillante color pardo dispuesta en forma de escamas; y las piernas estaban cubiertas de un hirsuto vello oscuro. Tenía muchas articulaciones, lo mismo en el torso que en las piernas. Como única prenda de vestir llevaba una especie de falda que colgaba de un ancho cinturón y le llegaba más abajo de las rodillas, dándole un aspecto fantásticamente simiesco.

Éste era el trabajador, dotado por la naturaleza para ejecutar trabajos mecánicos. No tenía dos brazos, sino al menos diez. De lo que se podían llamar los hombros, salían unos tentáculos largos en cuyos

extremos habían muchas manos con sus correspondientes dedos. De la cintura pendían grandes tenazas similares a las de las langostas; y también del pecho y de la espalda sobresalían otros brazos más pequeños, cada uno de ellos con diferente tipo de garra.

La cabeza y la cara eran casi una completa imitación burlesca de la especie humana. A ambos lados de la cabeza, una sobre la frente y otra detrás del cogote, tenía dos anchas y erectas orejas. La cara estaba cubierta por una serie de pequeñas escamas parecidas a las de los peces y en ella se abría un orificio nasal sobre el que había dos protuberantes ojos y una boca abierta en forma vertical. En la parte posterior de la cabeza tenía otro ojo.

Probablemente estas dos formas especializadas se habían formado de un tipo único al cabo de siglos y siglos de desarrollo. Los «Amos», como se les conocía en Wandl, habían menospreciado el cuerpo en. aras del desarrollo del cerebro, y los «Trabajadores» habían hecho lo contrario. No existía la hembra como individuo aparte. Como ocurre en casos de organismos primitivos, eran todos bisexuales, muriendo el progenitor al reproducirse.

Me he visto en la necesidad de aventurarme en divagaciones. Pero entonces, Snap y yo estábamos juntos, hablando en un susurro, mientras un grupo de trabajadores nos obligaban a bajar por una rampa. Snap, cuando se encontraba en la Gran Nueva York en el momento en que el rayo de luz de Molo dio el estallido que le abrió a la vida, cayó al suelo seminconsciente. Lo recogieron y Molo iba a matarlo, pero las muchachas le persuadieron a que no lo hiciera y le llevaron con ellos.

—Anita y Venza hicieron ver como si no me hubieran visto nunca —me susurraba ahora Snap—. Tú debes hacer lo mismo.

—Sí llegamos a verlas.

—Las veremos.

Nuestro desembarco en Wandl era aterrador. Descendíamos ahora por lo que parecía una estrecha rampa de unos cien pies de larga. Estábamos en el interior y era de noche. A nuestro alrededor brillaban rápidos destellos! de luces de diversos colores. La nave descansaba sobre una plataforma circular montada sobre esqueléticas patas que debía estar a unos cien pies del nivel (¡leí suelo del que partían los matizados destellos. En lo alto el purpúreo cielo estaba limpio de nubes y salpicado de rojizas estrellas. Indudablemente la curiosa atmósfera de Wandl daba al cielo y las estrellas esta anormal apariencia.

¡Qué multiplicidad de cosas extrañas iba más tarde a ofrecer

Wandl a nuestra vista! La cada vez más lenta rotación de la Tierra causaba allí alteraciones climatológicas, fenómenos volcánicos y perturbaciones de las mareas, pero Wandl giraba y se detenía a voluntad. Indudablemente estaba equipada para resistir el impacto. Sus fuegos internos no podían entrar en erupción; tenía muy poca superficie líquida. Y la naturaleza de su atmósfera era tal que no era fácil que se formasen tormentas. La tormenta sólo podía crearse si el movimiento del planeta se llevaba con laxitud.

Pero ahora mi mente estaba ocupada con angustiosos pensamientos. La Tierra, Venus y Marte iban a ser remolcados hasta el espacio interestelar; toda manifestación de vida iba a desaparecer de nuestros mundos durante ese viaje interestelar. Sin embargo, Wandl había realizado dicho viaje. ¿Sería la naturaleza de su atmósfera tal que no transmitía rayos de calor?

Snap y yo habíamos sido obligados a bajar por la rampa con media docena de figuras precediéndonos. Hubiéramos podido dar fácilmente un salto que nos hubiera dejado en el suelo sin necesidad de ayuda. Desde diversas aberturas de la nave se lanzaban figuras al aire. No caían, sino que flotaban, descendiendo suavemente. Vi a uno de los trabajadores-insecto que bajaba con los brazos extendidos e inmóviles. Otros movían brazos y piernas cual si estuvieran nadando. Era talmente como si nos encontráramos rodeados de agua.

Era algo fantástico, con la nave balanceándose encima de nuestras cabezas; los destellos fugaces; los movibles rayos radiantes. Una colosal estructura cercana se elevaba varios cientos de pies coronada su cumbre por una variedad de luces y con sus muchos balconea laterales dispuestos, uno encima de otro. El aire estaba lleno de las figuras-insecto que saltaban y nadaban. Los cerebros, los Amos, no ve veían ahora; luego los vi. Uno de ellos era transportado por uno de los trabajadores y había otros que descendían flotando, dando la sensación que eran hinchados balones, que eran recogidos antes de llegar al suelo con pequeñas redes manejadas por los trabajadores, para evitarles el contacto con el suelo.

Snap estaba ahora murmurando:

—El tipo que tenemos detrás es nuestro guardián. Siento su rayo. Tiene alguna especie de atracción; está tirando de mí.

Snap estaba un poco más atrás que yo. Me volví y vi la débil radiación de un estrecho rayo de luz enfocado sobre él. Procedía de un aparato que empuñaba una mano que salía del hombro de la figura que nos seguía, y era indudablemente la forma inversa del mismo rayo que había sido empleado para empujar a la desventurada *Cometara*

hacia la Luna.

Llegamos al fondo. Vi ahora que el grupo de trabajadores que nos precedían transportaban recipientes cuadrados de metal al parecer de un peso considerable; también ellos habían tenido que emplear la rampa.

Nos encontrábamos ahora pisando una suave superficie. No habíamos visto a Anita, Venza, Molo ni su hermana. La figura-insecto que nos vigilaba se acercó a nosotros.

—Esperad aquí. Molo vendrá ahora.

—¿Dónde está? —inquirí—. Quiero verle. —Me callé inmediatamente; casi estuve a punto de mencionar a las muchachas—. Quiero hablar con él.

—No tardará en llegar.

—Tengo hambre —me toqué el estómago—. Comida. ¿Sabes lo qué es?

La escamosa cara se contorsionó en una sonrisa, una horrible mueca.

—Sí. Tendréis comida y bebida.

Parecía que la cavernosa voz no procedía de la garganta, sino del hinchado pecho. Se apartó luego a un lado, manteniendo la esférica arma del rayo en una mano-tenaza.

Esperamos, procurando mantenernos en pie sin perder el equilibrio, lo que a causa de nuestro poco peso se nos hacía bastante difícil. Hubiéramos sido derribados fácilmente por cualquier ráfaga de viento, pero aquí no haría viento. En vez de eso, el aire era pesado, sofocante, cálido como el de una noche de pleno verano de la Tierra, más caluroso que el Neo-tiempo de Venus.

Snap y yo íbamos vestidos de forma muy similar, pues llevábamos pesadas botas, de lo cual nos sentíamos satisfechos, pantalones ajustados y blancas blusas de alto cuello. Ambos íbamos destocados. Era indudable que para aquellos wandlitas éramos una cosa tan extraña como ellos lo eran para nosotros. Algunos de los trabajadores se nos echaron encima tratando de alcanzarnos con sus múltiples manos, pero Snap los apartó de nuestro camino y nuestro guarda los obligó a dispersarse.

Llegó entonces hasta nosotros uno de los cerebros, dando pequeños saltos. La gran cabeza se movió encima de su tieso cuerpo.

—Tenéis que esperar aquí.

Sus ojos nos miraban resplandecientes.

—Pero escucha... —empezó a decir Snap.

—Esperaréis aquí al marciano. Ha recibido orden de llevaros hasta

la Gran Inteligencia. —La diminuta mano del lado de la cabeza apuntaba con un dedo—. Allí se está celebrando ahora una reunión. Estamos ahora decidiendo lo que hay que hacer para destruir las naves de guerra de vuestros mundos. No me gustan vuestros pensamientos; son obscuros. Informaré de ello a la Gran Inteligencia cuando su pensamiento disponga de tiempo para pensar en vosotros.

Añadió algo en la lengua de Wandl. Llegó en aquel momento un trabajador y lo levantó cuidadosamente, sosteniéndolo entre dos tentáculos. Y, dando un salto, d trabajador se elevó en el aire, desapareciendo inmediatamente.

De nuevo esperamos de pie otro intervalo. Me di cuenta de que la descollante estructura que se elevaba cerca de donde nos encontrábamos, con sus superpuestos balcones, no era perpendicular. Su fachada era curva, convexa, algo parecida a un globo irregular, una bola de trescientos pies, con una base plana en el suelo. La parte superior terminaba en un techo plano, lo que daba la sensación de que era como una manzana a la que le hubiera sido cortada una tajada arriba y otra abajo.

—¿Es ese el lugar de la reunión? —susurró Snap.

—Probablemente. Y mira hacia ese lado, Snap.

Era una ciudad. A un lado de la gigantesca estructura globular se veía una vista lejana. Ahora que nuestros ojos estaban ya acostumbrados a la excentricidad de la noche de Wandl, podíamos olvidarnos de los rayos de colores del campo de aterrizaje y de la palizada de desembarco sobre la cual nos encontrábamos. Al mirar a lo lejos, se ponía inmediatamente en evidencia la redondez de este pequeño mundo. El rojizo firmamento de estrellas bajaba a encontrarse con la pronunciada curva de su superficie en un horizonte que parecía estar a cosa de una milla de distancia.

La pequeña distancia que abarcaba la vista estaba cubierta por una variedad de estructuras con pequeñas callea serpenteantes entre ellas. La mayor parte de las construcciones afectaban una forma esférica. Algunas eran pequeñas moradas individuales que parecían redondos montículos. Otras eran más grandes. Y se veían también unas colocadas una encima de la otra, como si fueran media docena de manganas atravesadas en hilera con una vara colocada verticalmente. Vi a lo lejos una faja brillante que parecía ser un río, que reflejaba el rojizo resplandor de las estrellas. A nuestra izquierda, tal vez a una media milla, se alzaba una fila de montículos y picos que semejaba ser una cordillera en miniatura. Parecía que la ciudad la circundaba enteramente; y en la punta de cada pico había una morada de

construcción esférica.

Por todas partes parpadeaban luces y saltaban figuras que alcanzaban cien y más pies de altura, describiendo un arco en el aire y tocando el suelo al final para volver de nuevo a saltar. Por el aire pasaba una hilera de trabajadores, pero no saltaban ni nadaban, sino que permanecían rígidamente inmóviles. De sus cuerpos brotaban pequeños rayos opalescentes que llegaban hasta el suelo y parecían darles impulso.

Debían haber transcurrido cinco minutos de la Tierra mientras Snap y yo contemplábamos asombrados esta bulliciosa escena de la noche en una ciudad wandliana con ocasión de la arribada de su nave, con tan triunfal regreso de su misión en la Tierra. Mientras la contemplaba, yo, un desgraciado cautivo, sentía sin embargo que una extraña sensación de mi propio poder me estaba embargando.

Este mundo era muy pequeño; la gente era muy débil. Con un simple puñetazo, podría matar a cualquiera de estos cerebros dominantes. Los trabajadores, a pesar de sus diez pies de altura, parecían ser simples cáscaras, ligeros y frágiles; incluso las casas eran ligeras y frágiles. Las pequeñas casas clavadas en sus varas se movían, casi como si fueran flores en sus tallos. Si nos pusiéramos furiosos., podríamos destrozar todo cuanto veíamos sobre Wandl.

Me di cuenta de que se acercaba Molo. ¡Qué sólido gigante no parecía este marciano de siete pies en medio de esta animada cuan ingrávida ciudad! Iba todavía al descubierto, ataviado con sus vestimentas de cuero ornamentado, con sus musculosas piernas desnudas. Sus pies estaban calzados con unos extraños zapatos provistos de suelas muy anchas. En sus manos y antebrazos llevaba pequeños escudos en forma de corazón de flexible armazón cubierto por una opaca membrana. Tenían unos dos pies de largo y la mitad de ancho y parecían servir como alas para dar a los brazos mayor empuje contra el aire. Llegó hasta nosotros con una especie de brazada de natación, aterrizando algo torpemente, medio tropezando y casi perdiendo el equilibrio. Consiguió sin embargo sostenerse en pie y se enfrentó con nosotros.

Una vez que estuvo seguro de su equilibrio, indicó al guarda que se alejara y su mirada se clavó en mí.

—¿Eres el prisionero procedente de la nave terrestre destruida?

—Sí.

—¿Cómo te llamas? Eres terrestre, evidentemente.

—Sí —repuse vacilante. Había visto a Molo y le había oído hablar allá en el Gran Nueva York; pero él no me había visto y

probablemente tampoco habría oído hablar de mí.

—Gregg Haljan —añadí—. Soy un experto navegante; es posible que sea una fortuna el que me hayas salvado la vida.

Sus ojos al mirarme contenían un destello de ironía.

—¿Quieres ahora salvar tu vida?

—¿Por qué no? Tú eres marciano, y esta guerra es también contra Marte.

So mirada se ensombreció, pero de nuevo la ironía apareció en ella.

—Veremos lo que dice el Gran Amo. Cuando los mundos empiecen otra vez, se necesitarán unos cuantos seres humanos, hombres y mujeres. El Gran Amo lo dijo así. Quiere estudiar la vida tal cual era antes de !a destrucción.

La mirada de Molo se desvió hacia detrás de nosotros. Me volví y vi tres figuras que se acercaban. Mi corazón empezó a latir apresuradamente. Eran Anita, Venza y la hermana de Molo, Meta. Venían lentamente, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Iban acompañadas por media docena de trabajadores wandlitas curiosos. Llegaron hasta Molo y se detuvieron junto a él, enfrente de nosotros. Mi corazón se debatía en el pecho, pero yo les dirigí una mirada de curiosidad, completamente impersonal.

—Ya habéis llegado —dijo Molo—. Bien, ahora debemos irnos. —Se inclinó sobre Snap y yo—. Os aconsejo que no tratéis de largaros, aunque os pueda parecer fácil. ,

—No seré yo quien lo intente —dijo Snap—. ¿Adónde iría en este condenado mundo? ¿Tampoco es fácil dar un salto hasta la Tierra, verdad?

—En efecto —dijo Molo—. Tienes conocimiento, pequeño. Pero me limito a advertíroslo: el guarda que os tendrá siempre vigilados tiene la vista muy aguzada. Y las armas de por aquí ocasionan una muerte muy rápida

Presentía que la mirada de Anita estaba fija en mí, pero no me atreví a mirarla.

Con Molo abriendo la marcha y el gigante con facha de insecto siguiéndonos a corta distancia, emprendimos nuestra torpe y lenta marcha a través de la explanada que llevaba al enorme edificio globular.

Y dentro del mismo, atravesamos un corredor en forma cilíndrica y nos introdujimos luego en la escena interior más extraña que jamás contemplaron mis ojos.

CAPÍTULO X

El recinto era tan amplio que parecía abarcaba casi todo el interior del edificio. Era una habitación esférica, de unos ciento cincuenta pies o más de diámetro. La superficie interna estaba atestada de público. Era como el hueco de una enorme pelota; y sobre su cóncava superficie 6e veía apiñada una enorme multitud de aquellos trabajadores con piel de cáscara. Estaban metidos en asientos situados en el curvo suelo de la habitación, por donde nosotros entramos, en los inclinados lados y en el techo, como si fueran moscas dentro de un globo colgando cabeza para abajo. Aquí no existía arriba ni abajo; la tenue gravedad dejaba poca diferencia.

Miré asombrado hacia donde, un centenar de pies por encima de mí, cabeza abajo, una muchedumbre de figuras permanecía calmosamente sentada Éstos estaban sujetos, naturalmente; el peso ligero de cada uno de ellos les haría caer si se soltaran. Pero para sostenerse se necesitaba sólo un mínimo esfuerzo.

Entre las filas de asientos había brillantes luces colocadas a intervalos. Con Molo abriendo la marcha, dirigimos la mirada hacia uno de los inclinados pasillos.

—¡Gregg! ¡Esto es espantoso! —exclamó Snap—. ¿Dónde vamos a sentarnos? No hables todavía a las muchachas.

—¿Les has hablado tú?

—Sí, un poco, en la nave. Están esperando una oportunidad, pero debemos ser cautos. Gregg, tengo muchas cosas que contarte, pero no encuentro la oportunidad para ello. Estos cerebros casi pueden oír nuestros pensamientos.

Subimos muy poco trecho. Había unos asientos vacíos dispuestos al parecer para nosotros. Nuestro paso provocó una conmoción entre las figuras. Algunas de ellas saltaron por encima de nosotros para poder vernos mejor. Me di cuenta de que nos encontrábamos sentados sobre la convexa superficie de un pequeño globo partido por la mitad, en forma de montículo, que nos elevaba unos diez pies por encima de suelo. Los asientos eran bajos y disponían de brazos para sostenerse. Vi que Anita estaba junto a mí. Su mano me tocó, pero no volvió la cabeza ni me habló.

Molo estaba también junto a mí, al otro lado.. Pude ver sus pies plantados firmemente en el suelo. Usaba zapatos de anchas suelas, equipados con ventosas, sin duda alguna, lo que le permitía, como a los wandlitas, caminar y poder estar erguido sobre las más altas

superficies de los edificios.

Como nos ocurrió durante los momentos que Snap y yo estuvimos sobre la explanada de aterrizaje, había tanto que ver aquí que al principio no pude abarcarlo todo. Pero ahora empezaba a recoger otros detalles de la extraña escena.

Suspendido en el aire, casi exactamente en el centro de la enorme pieza globular, había una bola de metal de unos treinta pies de diámetro. Se mantenía allí, no por medio de sólidos soportes, sino por cuatro estrechos rayos de luz que convergían sobre ella desde apartados lugares de la convexa habitación. En la superficie de esta bola de treinta pies habían sentados un grupo de Amos en asientos en forma de copa que pendían de elásticos tallos, que se cimbreaban al compás de los movimientos de sus ocupantes. Parecía que habían allí incandescentes alambres y rejillas e hilos luminosos portadores de corriente. De los mecanismos saltaban hilos de luz que se metían en ¡as cabezas de los cerebros. Evidentemente todos los aparatos estaban en funcionamiento; y sobre este globo suspendido en el aire estaba centrada la atención de todo el auditorio.

Molo se inclinó sobre mí.

—La Gran Inteligencia te verá pronto.

Snap, desde el otro lado de Molo, susurró:

—¿Qué es lo que están haciendo ahí arriba?

Eran audibles el suave murmullo y palpitación de estos mecanismos. Mi mirada estaba clavada en ellos, tratando de comprender. A través de millones de millas de espacio se recibían imágenes y sonidos, invisibles e inaudibles, que eran transmutados dentro de los mismos cerebros. Vi que sobre sus abultadas frentes había unos discos sujetos, sobre los cuales convergían los rayos portadores de las vibraciones captadas.

Estos cerebros recibían «ondas» de alguna especie desconocida que, dentro del mecanismo de sus células cerebrales, las transmutaban, convirtiendo las vibraciones en cosas conocibles. ¡Los cerebros no veían, no oían, pero conocían lo que ocurría a millones de millas a través del espacio!

De nuevo Molo se inclinó sobre mí.

—Están a punto de mostrar al público lo que está ocurriendo en los tres mundos.

Vi entonces sobre el globo de treinta pies una docena o así de bolas de unos tres pies de diámetro. Como, habían estado hasta ahora en la penumbra, no las había visto. En este momento empezaban a encenderse, y no por medio de hilos portadores de corriente, sino

mediante las pequeñas manos de los cerebros, que manipulaban en ellas.

Fijé la vista en el cerebro que estaba más cerca de mí. Tenía extendido su fláccido bracito; su mano tocó la bola-imagen; le dio al hacerlo luz y color, como si fuera una adivinadora de la Tierra con la bola de cristal enfrente de ella.

Aun cuando me encontraba a unos sesenta pies de la bola, podía ver claramente las movibles imágenes, y reconocí la escena. La Plataforma Internacional de Tappan. Se estaban elevando naves; dos de nuestras astronaves emprendiendo el vuelo.

Y en un instante la escena se empañó y luego tomó otra vez forma. Los rojo-verdosos chapiteles y minaretes de Ferrok-Shahn. El Canal Central extendido como una escotadura a lo largo del primer término de la vista; las «Montañas Hongo» aparecían en fila sobre el horizonte. Mientras contemplaba todo esto, despegaron tres espacionaves marcianas.

Y ahora Glebiar. La selva de plata con todo su brillante esplendor, en donde había nacido Venza. La luz del sol reverberaba en el río. En el cielo distante, sobre la resplandeciente selva, se veía elevarse una nave espacial.

Oí la voz de Venza que murmuraba detrás de Anita:

—¡La patria! Si pudiéramos estar allí…

Pude sentir el movimiento de Anita al hacer callar a Venza.

Molo estaba murmurando:

—Se acercan. Pero estaremos preparados para recibirles.

Otra imagen en medio del espacio. Las naves aliadas concentrándose, esperando la llegada de otras. Un grupo de unas diez naves estelares procedentes de los tres mundos: posadas en el aire, esperando.

Advertí que sobre la protuberancia en forma de montículo en la que estábamos sentados se estaba abriendo una puerta. Se corrió, o se fundió. A nuestros pies apareció una abertura que dejaba ver el pequeño interior del montículo.

Molo cuchicheó:

—¡El Gran Amo! ¡Quietos! Ahora nos hablará.

Sobre nuestras cabezas se extendió una cortina circular, una barrera aisladora, que llegó acompañada de un siseo. La enorme habitación globular se desvaneció. Nos encontrábamos ahora solos en el montículo Snap, Molo, Anita, Venza, Meka y yo, sentados en nuestro banco. Detrás teníamos al único guardián, con un arma en la mano de su hombro.

En el suelo se abría la abertura que dejaba ver un pequeño espacio iluminado del reducido interior. Justamente a nivel de nuestros pies apareció un cerebro sentado en un asiento en forma de copa, el Gran Cerebro de Wandl. Estaba aquí solo, sin séquito, sin pompa ni ceremonia alguna para llevarnos a su presencia; nadie que inclinara la cerviz ante un gran gobernante.

Miramos hacia abajo, y el gran cerebro alzó la vista para enfrentarse con nosotros, al parecer igualmente curioso. Su cabeza medía cuatro buenos pies de diámetro; el diminuto cuerpo estaba recostado en el respaldo del asiento y las piernas colgando. Sus vestimentas aparecían ornamentadas: sobre el pecho lucía un brillante mecanismo.

Habló en marciano pausadamente, con una voz profunda y cavernosa:

—Tú eres Molo, de Ferrok-Shahn.

—Sí —dijo Molo.

—Debes decir, «Sí, Gran Amo».

—Sí, Gran Amo.

—Ya te conozco. Sé que confiamos en ti.

Les enormes y redondos ojos se posaren después en mí. Luego su mirada se clavó en Snap y de nuevo en mí. Esta vez hablaba en inglés:

—Hombres de la Tierra, ¿estáis decididos, como el marciano, a uniros a nosotros?

Intenté con súbita impetuosidad paralizar mis pensamientos, o cambiarlos, de modo que mintieran. El temor me sobrecogió. ¿Podría este vasto mecanismo de mente humana que tenía a mis pies interpretar las vibraciones de mis pensamientos? ¿Podría este Gran Amo de Wandl ver el interior de mi mente?

El cerebro dijo:

—Estáis dubitativos. ¿No queréis morir?

—No, Gran Amo —contestamos los dos a un tiempo.

—No moriréis, a menos que intentéis causarnos molestias. Vuestros pensamientos están obscuros. —Se dirigió a Molo—. ¿Los han leído alguna vez?

—No, Gran Amo.

—Que se les lea cuando se presente la oportunidad. —Luego añadió, dirigiéndose de nuevo a Snap y a mí—: Tengo la intención de hacer prisioneros. Mis Supremos Regidores, gobernantes de un planeta cercano más poderoso, que enviaron a Wandl en su misión de conquista, me lo ordenaron. Cuando vuestros mundos estén exentos de vida dejaremos en ellos algunos de vosotros para estudiaros, según los

deseos de los que me mandan. Vuestros pensamientos están muy obscuros, terrestres. Creo que cuando sean cuidadosamente leídos veremos que no nos seréis de mucha utilidad.

En su voz había un deje irónico, y en la monstruosa y protuberante cara se abrió una horrible mueca que debía ser una sonrisa.

La mueca se desvaneció y de nuevo su interés se concentró en Molo.

—Esta es tu hermana —los ojos se fijaron en Meka y luego se clavaron de nuevo en Molo.

—Sí, Gran Amo.

—¿Se cuida ella de esta muchacha terrestre v de esta otra de Venus?

—Sí, Gran Amo. Estoy interesado en ellas. Tengo planes.

—Están a tu cargo, marciano; no me interferiré en tus asuntos. Pero guárdalas bien. Confío en ti y en tu hermana. En cuanto a estos otros…

—La muchacha terrestre y la de Venus pueden serme de utilidad, Gran Amo.

—¿Cómo?

—Conocían a unos jóvenes de una nave espacial. Pueden informarme del armamento y hombres que llevan la mayor parte de las naves que la Tierra enviará contra nosotros.

¿Creía Molo verdaderamente esto? Probablemente no, pero quería que las chicas se quedaran con él. De nuevo apareció la grotesca sonrisa.

—Que no te molesten, marciano. Tienes mucho que hacer. Escucha con mucho cuidado. Habrá una batalla. Puede que la Tierra, Marte y Venus reúnan un centenar de naves. No puedo destruir esos tres mundos en un día. Pronto efectuaremos el contacto con el rayo de luz que plantaste en la Tierra. Ya te lo dejaré ver. Pero la rotación no puede ser detenida de golpe. Se precisará tiempo. Las naves enemigas pueden atreverse a venir a Wandl, pero yo no esperaré a que esto suceda. Todas mis astronaves están casi a punto. Si va a haber batalla, será lejos de aquí, en la vecindad de los mundos enemigos. Estamos ahora a unos sesenta y dos millones de vuestras millas de la Tierra, un tercio menos de Marte, y cerca de un tercio más de Venus. Tengo entendido, marciano, que eres, un experto en la guerra espacial.

El cerebro continuó:

—He puesto una nave bajo tu mando. Te vas a sorprender al saber su nombre: la *Star-Streak*.

Meka se atragantó.

—¡Pero si tú la destruiste, Gran Amo!

—Sólo la averié, muchacha de Marte. Ahora está reparada. Tú, Molo, con tu hermana para ayudarte, ¿quién mejor para mandarla? Hemos puesto en ella todas tus armas, además de las nuestras. Puedes elegir tu propia tripulación. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, Gran Amo.

—Os albergaréis en esta ciudad, Wor, en la morada que ocupabais antes. Si quieres, quédate con tus prisioneros.

—Estos dos terrestres... —empezó a decir Molo, pero fue interrumpido.

—Ya arreglaremos eso después. No quiero preocuparme ahora.

Percibí vagamente un fuerte retintín metálico que atravesaba la barrera que estaba encima de nosotros.

El cerebro añadió:

—Quédate a Wyk para guardar a los prisioneros; también atenderá a tus necesidades. En la batalla, mar-daño, espero grandes cosas de ti y de tu *Star-Streak*.

—Gran Amo, tus deseos se verán cumplidos.

—Y quiero prisioneros, aunque no demasiados. Tráeme unos cuantos ejemplares jóvenes como éstos, representativos de Venus, Marte y la Tierra. Quiero de ambos sexos, un número igual de cada sexo.

—Sí, Gran Amo.

—Está llegando la 6eñal de aviso. Ahora verás nuestro primer contacto.

La luz de nuestros pies se estaba desvaneciendo. Por último iluminaba sólo la horrible cara del enorme cerebro; los salidizos ojos brillaban verdes, y mientras la luz del pequeño montículo se obscurecía, en cierto momento no fue visible más que el brillo verdoso de aquellos ojos.

Luego me di cuenta que habia desaparecido la. abertura de nuestros pies. La cortina de encima de nuestras cabezas se estaba disipando y el sonido y la visión volvían de nuevo. Otra vez se nos presentó a. la vista el enorme recinto globular y el público cubriendo totalmente la superficie interior.

Súbitamente noté los dedos de Anita tocándome una manga.

—Gregg, querido, ¿me oyes?

—Sí. Ten cuidado.

Pero Molo estaba mirando hacia arriba. La muchedumbre se movía, agachándose, de modo que parecía que miraban a sus pies. Una blanca radiación, procedente al parecer de un lugar próximo a

nosotros, bañaba con su luz a una parte de la multitud de arriba.. La mirada de Molo estaba clavada allí.

Dije en voz baja:

—¿ Sabes qué es eso, Anita?

—La gran estación de control no está lejos de aquí. Venza y yo hemos tratado de averiguar su situación exacta.

Dejó de hablar, evidentemente temerosa de Melca. Luego prosiguió:

—Gregg, no nos vigilan muy estrechamente; no sospechan de nosotras.

—Hablaremos más tarde, Anita, No podemos exponernos ahora.

—No. Esperaremos nuestra oportunidad. Más tarde.

Me volví hacia Molo.

—¿Qué es eso de ahí arriba?

—El rayo transparente está abriendo la parte superior del globo.

El sonido metálico de gong había desaparecido. La audiencia estaba enmudecida y expectante. La blanca aureola de luz se fue extendiendo hasta que abarcó toda la parte superior del globo. Toda el área estaba brillando. ¡La gente aparecía blanca, espectral, transparente! Y el techo del globo era transparente; pude ver el cielo nocturno con sus resplandecientes y rojizas estrellas.

Fue, en un momento, como si estuviéramos mirando a través de la cuadrada abertura de una enorme ventana abierta en lo alto. A nuestra vista se ofrecía una ancha escena de un cielo estrellado libre de nubes. Cruzándolo, como si fuera una brillante espada, se veía un estrecho rayo opalescente.

—El rayo celeste que planté —susurró triunfalmente Molo—. Ahora nuestra estación de control se pondrá en contacto con él. ¡El primer contacto!

La Tierra estaba fuera de nuestro ángulo de visión, pero el rayo procedente del Gran Nueva York, que recorría el firmamento con la rotación de la Tierra, pasaba ahora comparativamente cerca de Wandl.

Era un momento expectante. Luego surgió en el cielo otro rayo, estrecho, fantásticamente verde, que brotó de Wandl, saltando impetuosamente al firmamento. El agonizante alarido eléctrico que producía a su paso por la atmósfera de Wandl, era ensordecedor. Vi como chocaba con el rayo de la Tierra y se aferraba a él con un cegador estallido radiante, atrayéndolo, tirando contra la rotación de la Tierra como con una palanca de sesenta millones de millas de longitud.

Un momento de sonido ensordecedor y el conflicto de luz en la atmósfera que nos rodeaba. Luego el alarido cesó súbitamente. El rayo de Wandl se desvaneció.

El rayo de la Tierra continuaba recorriendo los cielos como una rígida espada apuntando hacia arriba. Pero en el momento en que Wandl se había apoderado de él, el eje de la Tierra había cambiado un poco. La rotación era más lenta. El día y la noche de la Tierra se habían alargado unos pocos minutos.

Era el principio de la desolación de la Tierra.

CAPÍTULO XI

—Pero, ¿cuándo comemos? —inquirió Snap.

—Pronto —repuso Molo.

—Así lo espero.

Abandonamos la gran habitación del mismo modo como habíamos llegado. ¿Andando? Sólo así lo puedo describir, aunque la palabra es inadecuada para explicar nuestro avance hacia la iluminada explanada, atravesándola y metiéndonos en lo que podía ser llamada una calle. Casas globulares, separadas, o una encima de otra, o media docena colocadas verticalmente en un palo, meciéndose, talmente como si se tratara de un jardín con sus flores. Vi lo que parecía ser un pequeño bosque circular de tallos de un centenar de pies de altura, parecido a una espesa zona de bambúes. Estaba espesamente entrelazado de enredaderas.

—Una casa —murmuró Snap—. Eso es una casa.

Otro tipo de vivienda. Esta zona de vegetación, tan endeble que se movía al compás de la brisa nocturna, estaba tejida en .habitaciones circulares, nidos de pájaros de pequeños moradores. Mirando hada arriba, me pareció ver un centenar de ellos. Escaleras de lianas; débiles plataformas formadas de lianas; diminutas luces parpadeando arriba entre los tallos.

Sobre una plataforma situada a unos veinte pies por encima de nuestras cabezas había un grupo de diminutos cerebros infantiles formados en hilera, mirándonos estúpidamente con sus horribles y saltones ojos.

Dejamos atrás el bosque circular; de nuevo la ciudad parecía ser toda de un delgado y flexible metal. El suelo era como una suave superficie rocosa, alternando con pequeñas zonas de tierra en las que crecían los vegetales.

Caminábamos lentamente en fila inconstante, con Molo en vanguardia. Detrás de Snap y de mí seguían las muchachas, ignorándonos, como si no nos conocieran; y en retaguardia, el gigantesco guardia que nos vigilaba.

Molo se detuvo ante una gran vivienda globular.

—Descansaremos aquí. Voy a ver si están preparadas nuestras habitaciones. —Se dirigió a su hermana—. Meka, ven conmigo. Wyk los vigilará.

Estábamos de pie enfrente de un portal ovalado. Salió un trabajador, nos miró y luego se volvió otra vez adentro. Desde un

balcón, un cerebro nos estaba mirando.

Cogí a Molo por uno de sus musculados brazos.

—¿Quieres decirnos lo que ocurre?

—Esperad aquí con Wyk.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —preguntó Snap.

—Voy a elegir mis hombres para la batalla.

—¿Cuándo os vais?

—Dentro de unas horas, tiempo-Tierra.

—¿Y nos vais a llevar en la nave, Molo? ¿Dónde está tu *Star-Streak*?

—Eso lo tengo que averiguar —nos miró sonriendo débilmente—. No está lejos. Nada está lejos en Wandl. No sé si os voy a llevar en mi nave. Podéis serme de utilidad, pero también quizá podéis representar un estorbo. El Gran Amo quiere prisioneros, y si no fuera así haría ya mucho tiempo que os hubiera liquidado.

Cogió a su hermana y nos abandonó. Hubo un breve momento en que, aprovechando una distracción de Wyk, tuvimos la oportunidad de intercambiar rápidos susurros.

De nuevo Anita me tocó en un brazo.

—Gregg, ahora nos separarán. Pero, sin Molo, Venza y yo podemos huir de Meka.

Venza se acercó entonces, diciendo quedamente:

—¡Gregg, escucha! ¡Snap, atención! Si es que pretendemos escapar, ahora es la ocasión. Vosotros os libráis de Wyk. Nosotras nos Ocuparemos de Meka.

—¿Para hacer qué? —preguntó Snap.

—¡La estación de control! ¡La encontraremos!

Anita dijo en voz baja:

—Tenemos que destruirla, Gregg. Hemos de detener esos contactos. Si no lo logramos, significará el fin de la Tierra.

Protesté:

—Es mejor que intentemos apoderamos de la nave de Molo. Podríamos ponerla en marcha, escapando de este mundo.

—Primero la estación de control —insistió Anita—. Gregg, sabemos algo acerca de ella. Tú y Snap, con vuestra fuerza, podéis demolerla. Y luego, si podemos localizar la *Star-Streak*...

Era un plan desesperado, loco, pero no parecía haber nada mejor. Las muchachas insistían ahora en que, aunque no sabían en donde estaba situada la estación de control, conocían los detalles de su interior; sus mecanismos; sus operadores humanos.

—Dentro de una hora —susurró Snap—. ¿Lleváis

cronometradores? ¿Funcionan?

Los pequeños cronometradores que llevábamos encima todavía funcionaban, indudablemente de modo diferente que en la Tierra; pero iban acordes.

—Una hora de nuestros cronometradores —dije quedamente—. Entonces intentaremos la huida y trataremos de encontraros dentro. Anita, si te libras de Meka, no salgas.

—De acuerdo.

Tuvimos sólo un momento para planearlo.

—Anita, dentro de una hora, cuando Molo se haya, ido...

Cayó de repente entre nosotros con un salto dado desde el portal.

—Todo está listo. Venid.

Hicimos como si no conociéramos a las muchachas. Snap protestó de nuevo, diciendo que sentía hambre, lo cual, al menos por mi parte, era bien cierto. Y también sentía una sed atroz. Pensé que la fortaleza de mi cuerpo terrestre no duraría mucho sin comida ni bebida.

Penetramos en la esférica habitación. Había estrechos corredores; cuartos triangulares; una rampa pizarrosa en forma de escalera que conducía al piso superior.

Las muchachas ascendieron por la rampa detrás de Meka. Molo y Wyk nos obligaron a introducirnos en un cuarto cercano.

—Aquí se os dará de comer y beber. No molestéis; a Wyk y estaréis completamente a salvo.

Giró sobre sus talones, pero Snap se plantó de un salto junto a él.

—¿Cuándo vas a volver?

—No tardaré mucho.

Dije entonces:

—No te causaremos molestias. Llévanos en la nave

—Ya veré.

Murmuró unas palabras en marciano a Wyk y luego desapareció.

La pequeña habitación triangular no disponía de Ventanas y sólo había una puerta. Wyk pulsó un botón y se cerró deslizándose. El lugar era verdaderamente un apartamento extraño. El suelo era convexo, lo mismo que las paredes. La radiación de la luz brillaba débilmente y parecía inherente al metálico techo. Había Un raro mobiliario de metal: una mesa y sillas, altas y grandes; literas de un tamaño evidentemente proporcionado para los trabajadores de diez pies de altura.

Abrióse la puerta y entró un trabajador que nos trajo comida y bebida. Wyk estaba sentado aparte y nos contemplaba mientras consumíamos la comida. Me di cuenta de que casi nunca se acercaba a

nosotros. Permanecía en su asiento con el cuerpo erecto y las piernas dobladas por sus dos articulaciones y recogidas bajo él mismo y sus muchos brazos y tentáculos pendiendo inertes, salvo el corto brazo del hombro con flexibles dedos que sujetaban el arma. De su cintura y también colgando de varias protuberancias del pecho en forma de gancho, pendían otras armas y mecanismos.

Snap levantó la vista desde donde, en el suelo, estábamos consumiendo vorazmente nuestra comida y bebida.

—¿No tienes hambre? —le preguntó Snap.

—No.

—¿Comes a menudo?

—No.

Este extraño ser parecido a un insecto era taciturno, indiferente a cuanto le rodeaba. Snap murmuró:

—Tenemos que hablar con él; hemos de acercarnos a él. Esa arma...

Ignorábamos cómo funcionaba aquella arma; pero nos imaginábamos con claridad que su exhalación llevaba consigo una muerte rápida.

Transcurrió de este modo una media hora de espera.

Dije a Wyk:

—En vuestro mundo llamaréis a esto noche; el Sol debe estar indudablemente en el otro hemisferio. ¿Cuándo será de día?

Su mirada se detuvo en mí. Su profunda voz, procedente de las entrañas de su espacioso pecho, llenó el ámbito de la habitación.

—Creo que ahora Wandl no tiene rotación. O at menos casi no tiene.

No era tan taciturno como parecía, pues luego lo hicimos hablar. Nos enteramos de varias cosas referentes a los controles de gravedad de Wandl, mediante los cuales el planeta podía girar a voluntad sobre su eje; y también navegar a capricho por el espacio. Supimos por él que la gran estación de control contenía estos mecanismos gravitacionales, así como el mecanismo por el cual había sido atacada la Tierra. Pero no pudimos averiguar en qué lugar de Wandl estaba situada la estación.

Más tarde, cuando terminamos de comer, Snap se puso en pie.

—Esas armas que llevas nos parecen muy extrañas. Deben ser muy útiles.

Snap había dado un cauteloso paso adelante, directamente hacia el guarda.

La espantosa cara escamosa de Wyk, con sus saliditos ojos y su

boca vertical, se contorsionó en una mueca de sorpresa.

—¡Atrás! ¡No te acerques a mí!

Se echó atrás, pero chocó con la pared de la habitación. Todos sus brazos se retorcían. En su voz se notaba la alarma. Era la primera vez que Snap o yo habíamos efectuado un movimiento inesperado, y esto le asustó.

—¡Espera! ¡Déjame! —gritaba Snap.

Los brazos más largos de Wyk rodearon el cuerpo de Snap, como si fueran los tentáculos de un pulpo, y Snap luchaba, debatiéndose entre ellos. Nuestra intención no había sido ésta, pero ahora se había presentado inopinadamente nuestra oportunidad.

Me levanté de un salto, tambaleándome. Ahora que era precisa una acción enérgica, la falta de gravedad era un tremendo inconveniente. Reboté y quedé flotando en el aire moviendo desesperadamente brazos y pis. Wyk disparó su arma, pero no me alcanzó. Fue una exhalación de un color blanco opaco, que silbó a lo largo de la curva pared de la habitación, dejando un fuerte olor en mi olfato.

Pegué contra el cóncavo techo y reboté otra vez, cayendo sobre los enzarzados cuerpos de Snap y el guarda, como si fuera un nadador en medio del agua. El pequeño brazo del hombro cuya garra empuñaba el arma, apuntó hacia mí.

Snap gritó:

—¡Gregg, cuidado!

Cogí aquel brazo; parecía el tentáculo de un cangrejo gigantesco. Durante un momento estuvimos los tres luchando, tropezando, incapaces de encontrar sostén para nuestros pies. Luego, de improviso sentí que Snap me empujaba a un lado.

—¡Lo hemos aniquilado!

El crustáceo cuerpo de Wyk se desprendió de mí y cayó al suelo, quedando inmóvil. Noté la firmeza del suelo bajo mis pies y a Snap sujetándose a mí.

Mi mano estaba cerrada sobre el pequeño brazo del hombro de Wyk, los dedos de cuya mano oprimían todavía el arma. Se la había arrancado de cuajo. Con un estremecimiento la arrojé lejos de mí. Si Wyk estaba muerto o no, lo ignorábamos. Yacía de espaldas al suelo, la horrible cara mirando fijamente con sus protuberantes ojos hacia arriba.

—Le rompí la cáscara —dijo jadeante Snap—. Tenemos que salir de aquí. Debemos intentar ahora poner a salvo a las muchachas.

No perdimos más tiempo con Wyk. Snap cogió varias de sus armas y artificios mecánicos. Nos los metimos a toda prisa en nuestros

bolsillos. Eran todos; iguales; apenas nos podíamos imaginar para qué servían.

—Sus zapatos, Gregg. No puedo quitárselos de ninguna forma.

—Aquí hay zapatos.

En un rincón de la habitación había un pequeño montón de zapatos; eran anchos, de elásticas suelas; provistas de ventosas, fabricados a modo de sandalias. Eran muy grandes, pero parecía que los podríamos colocar convenientemente en nuestras botas.

—Pero ahora no, Snap.

Cogimos cuatro pares de zapatos.

No nos quedaba más que hacer. ¿Podríamos abrir la puerta? Snap estaba ya intentándolo.

—¡Maldita puerta! No cede.

Luego se deslizó hacia un lado, quedando a nuestra; vista el oscuro corredor. Afuera no se veía a nadie.

—¡Vamos, Gregg! ¡Aprisa!

Subimos saltando por encima de la escalera-rampa como si fuéramos figuras de goma.

—¡Ten cuidado, Snap!

Casi se rompió la cabeza contra el techo en uno de sus saltos. A cada instante temíamos ser descubiertos. Había un piso superior cubierto de sombras; en. el mismo se abrían oscuras puertas ovaladas de habitaciones.

No había nadie aquí. Hasta ahora, no habíamos si<lo descubiertos.

Nos encontrábamos en la intersección de dos corredores. Uno de ellos ascendía casi verticalmente, como si fuera una chimenea que condujera a lo más alto del globo. El otro se dirigía hacia abajo.

—¿Qué camino tomamos? —susurró Snap—. ¿Cuál de los dos seguimos? Hemos de dar con ellas.

Todavía faltaban cinco minutos para ser el momento señalado, pero no serían suficientes para abrimos paso hasta las muchachas, aunque tal vez sí para tropezarnos con Molo y sus guardianes de aquí.

—Esperemos unos minutos, a ver si podemos idear algo entretanto.

Estábamos apoyados de espalda contra la pared del oscuro corredor descendente. Desde su sombría longitud llegó hasta nosotros un grito ahogado. ¡Venza! Y pudimos oír sus palabras:

—¡Anita, ten cuidado! ¡Tiene un puñal en la mano!

Como si nos zambulléramos en el agua, Snap y yo nos metimos de cabeza en la negrura del corredor.

CAPÍTULO XII

Más tarde nos enteramos de que Anita y Venza trataron de seguir una táctica parecida a la que nosotros habíamos empleado con Wyk, pero su trabajo era más difícil. Meka sospechaba de ellas. Venza le preguntó dónde estaba la estación de control, pero no quiso contestarle.

—Tu hermano dijo que estaba justamente detrás del bosque tenebroso —indicó Anita—. ¿Qué es el bosque tenebroso?

—Un lugar en donde no vive nadie.

—Hacia allí —dijo Venza señalando con un gesto—. Eso es lo que dijo Molo. ¿Será pronto de día o es que va a continuar siempre la noche?

—Si hacen que Wandl gire, pronto será de día. —Un brillo irónico chispeó en los ojos de Meka—. No tengo ganas de contestar estúpidas preguntas. Ahorraos las palabras.

—Bueno, si lo crees así —contestó Venza riendo—, no te preguntaremos nada más. No hay mucho aire aquí dentro y hay que economizarlo. —Diciendo estas palabras se dirigió tambaleante hacia la cerrada ventana.

—¡Vuelve atrás!

—¡Oh, muy bien... muy bien!

Tal vea la misma Meka sentía que no había el suficiente aire, pues se puso en pie vacilantemente y dio un pequeño salto hacia la ventana. En aquel preciso momento se encontraba de espaldas a Anita y Venza. Las dos dieron un salto, revolviéndose en el aire, y cayeron sobre ella.

Fue una breve lucha, e instantáneamente comprendieron que la habían perdido. La gigantesca marciana se volvió y disparando su puño con la fuerza de un hombre alcanzó a Anita en un muslo rechazándola hacia arriba. Anita se hundió luego quedando acurrucada en el suelo y desde allí vio que aunque Venza había sido echada hacia atrás seguía todavía en pie.

Anita se aprestó a arremeter de nuevo apoyando los talones en una silla para tomar impulso. Meca se agachó junto a la cerrada ventana. Anita oyó el grito de advertencia de Venza:

—¡Anita, ten cuidado! ¡Tiene un puñal en la mano!

Casi en el mismo momento aparecimos impetuosamente en escena Snap y yo. La puerta estaba entornada. La abrimos y nos zambullimos dentro de un salto. Meka se abalanzó contra nosotros. Caí sobre ella y

la sujeté. El cuchillo rasgó mi camisa y me hirió en un hombro superficialmente. Luego llegó Snap y los tres revueltos caímos al suelo.

Meka había luchado silenciosamente, pero ahora estaba gritando. Le retorcí la muñeca, arrancándole el cuchillo y arrojándolo lejos. Me di cuenta de que Anita se lanzaba hacia él para cogerlo. Y por encima de nosotros apareció Venza, esgrimiendo una silla metálica como si fuera una enorme pluma.

Snap dijo en voz baja:

—Gregg, tápale la boca. ¡Hazla callar!

La dominamos en un momento pero parecía que era ya demasiado tarde. A través de la abierta puerta llegó un grito distante.

Empujé a Meka hacia la puerta.

—Si no haces lo que te ordeno, te mataré —le susurré al oído.

—¿Qué tengo que hacer?

Llegó otro grito esta ve? más cerca. Alguien se aproximaba.

—Háblale en marciano. Dile que no ocurre nada anormal, que tenías una pequeña discusión con estas muchachas.

Hizo lo que le mandé. La voz procedente de abajo, del corredor, enmudeció;

Snap cerró la puerta.

—¡De prisa! Salgamos por la ventana. Me dejé esos condenados zapatos.

Anita y Venza hicieron jirones sus oscuras chaquetas. Amarramos y amordazamos a Meka y la colocamos en un rincón de la habitación. Habíamos dejado caer los zapatos cuando nos metimos por la ovalada puerta. Vimos que podíamos sujetarlos bien a nuestras botas. Me puse en el cinto el cuchillo de Meka.

—¡De prisa todos! —decía Snap—. Tenemos que salir de aquí en Seguida; hay que saltar por la ventana.

—¡Escucha, mira esos escudos-ala!

En un rincón de la habitación estaba Venza con. irnos cuantos escudos entre los brazos. Metimos las cabezas y los brazos por las asas de los mismos. Eran, de unas cuantas pulgadas de ancho y se extendían desde la mano hasta el codo.

Snap había abierto la ventana. Me incliné sobre la acurrucada figura de Meka.

—No intentes moverte. Molo te soltará cuando vuelva.

Nos reunimos en el balcón, iluminado por la luz de las estrellas. La ciudad se extendía a nuestro derredor. Hasta ahora no se había dado la voz de alarma. No se veían figuras andando por las cercanías; y a distancia vimos la majestuosa mole esférica en que se había celebrado

el cónclave, en el momento preciso en que la audiencia estaba empegando a salir, como si fueran abejas abandonando su colmena.

—Dejadme ir primero —dije, sosteniendo a Añil y Venza sobre la barandilla—. Es como si se nadara. Supongo que aprenderemos en seguida.

Me balanceé sobre la barandilla y luego me lancé al vacío. Seguido de cerca por los demás fuimos nadando torpemente en dirección ascendente en medio del .rojizo cielo.

Las estructuras de la ciudad, con sus parpadeantes luces, fuero quedando cada vez más atrás. Sobre nosotros aparecían las estrellas y el nocturno cielo limpio de nubes. Detrás, los resplandecientes rayos de luz radiante iluminando la plataforma de aterrizaje y las figuras que emergían del gran globo, todo ello hundiéndose rápidamente bajo un horizonte de pronunciada curva.

Habíamos dejado atrás la ciudad. Abajo, a un millar de pies, se extendía un oscuro bosque. Detrás del mismo debía estar situada la estación de control.

El vuelo natatorio se hizo menos torpe, pero significaba un esfuerzo en este anormal aire de Wandl. Snap y Venza nadaban detrás de mí. Anita iba en cabeza, y parecía un extraño pájaro. Su negra cabellera flotando al aire contrastaba con la blancura de su blusa.

Se estaba cansando; me daba buena cuenta de ello. ¿Qué distancia habíamos avanzado? Diez millas, tal vez. A causa de su pronunciada curva, este pequeño mundo nos ofrecía muy poca vista. A nuestra izquierda aparecía una línea de montañas. Habíamos pasado, por encima de un río que bordeaba el bosque.

Supongo que estuvimos una media tora nadando para avanzar esas diez millas. ¿Se aproximaba el día? Parecía que la línea montañosa mostraba en sus cumbres un poco más (de luz. El rayo: opalescente de la Tierra había recorrido ya esta parte del cielo, desapareciendo bajo el horizonte.

Nos reunimos todos, descendiendo lentamente engrupo hacia el oscuro bosque que aparecía a nuestros pies. Los árboles eran muy altos y delgados, una vegetación porosa al estilo marciano, con enormes hojas y un amasijo de lianas y enredaderas. Venían hacía nosotros mientras caíamos cobrando poco a poco mayor velocidad.

—Muchachas —dije—, ¿dónde está la *Star-Streak*?

No lo sabían.

Anita dijo:

—Podemos aterrizar en loa árboles y examinar los mecanismos que hemos traído.

Las chicas habían estado vigilando a Molo en diferentes ocasiones. Pensaban que tal vez lleváramos encima un globo-mano o un par de aparatos de rayos repulsivos. Con esos instrumentos podríamos lograr volar con rapidez y sin esfuerzo.

Nos hundimos en la maraña de las oscuras copas de los árboles. Tenía entendido que Wandl estaba poblado por su población humana y, sin embargo, este oscuro y silencioso bosque estaba evidentemente deshabitado. Nos encontrábamos, como si fuéramos torpes pájaros, cogidos a la oscilante rama de la copa de un árbol. Los árboles estaban todos muy juntos.

—Veamos lo que habéis cogido —demandó Venza.

Dimos a las muchachas los diversos mecanismos que habíamos arrebatado a Wyk. La mayor parte de ellos eran del tamaño de mi puño: proyectores metálicos globulares parecidos a bombas de mano; cilindros lanza-rayos y un aparato con muchos cañones del tamaño de un dedo, rodeados de hilos.

Anita dijo:

—Vi a Molo utilizar uno de ¡éstos. Con él mató a un trabajador rebelde en la nave.

—Voy a echar un vistazo —exclamó ansiosamente Snap—. ¿No creéis que nos pueden estar persiguiendo? Dame ese arma.

La vegetación casi se cerraba sobre nuestras cabezas, de modo que aquí casi imperaba la oscuridad. Snap cogió el arma y, como un mono que saltara precariamente de rama en rama, corrió y saltó por entre las más altas, abriéndose paso entre la vegetación hasta que pudo ver el horizonte tras el que estaba la ciudad de Wor.

Oímos su voz:

—No se ve nada anormal. ¿Vais a subir aquí? Cuanto antes lo hagáis, mejor.

Me puse las armas en mi bolsillo. Snap tenía ahora una. Yo estaba examinando un lanza-rayos electrónico cuando de pronto oí el grito de Snap:

—¡Gregg, cuidado!

Oímos el silbido y vimos la exhalación de su arma.

Anita volvió el rostro hacia mí.

—¡Gregg, mira allí!

Miré hacia donde señalaba ¡y entonces comprendí por qué este bosque era evitado por los humanos!

CAPÍTULO XIII

El bosque estaba lleno de seres vivientes. Habíais permanecido ocultos en la penumbra, acercándose cautelosamente. Cada rama alta que nos rodeaba tenía algo que nos miraba fijamente; la oscuridad se había encendido de pronto con una miríada de pequeñas luces verdes, que eran sus ojos. Todas aquellas brillantes linternas parpadearon instantáneamente, como a una señal convenida, o quizás a causa del grito de Snap o el sil.

Al parecer no nos perseguían desde la ciudad. Detrás de mí, Venza dijo jadeante:

—Estoy casi agotada. ¿Podemos descansar?

En esta altitud, podíamos cesar de nadar y dejarnos caer. El descenso duraría varios minutos.

¿Insectos? Creo que habría que llamarlos así. Coa una sola mirada vi que eran de muchos tamaños y formas; pequeños seres con ojos como linternas; otros, con muchas patas, de un dedo de longitud, como una mano, y algunos tan largos como mi antebrazo. Seres cubiertos con un caparazón oscuro, con resplandecientes ojos. Había uno muy cerca de nosotros, un bicho con una redonda cabeza, tan gruesa como mi puño.. Y estos entes tenían cabezas como pequeños cerebros distendidos.

Esto parecía una horrible burla de la naturaleza, presentando ante nuestros atónitos ojos miniaturas de los trabajadores de Wandl, incapaces de mantenerse erguidos, andando sobre sus tentáculos. Y cerebros en miniatura con sus encogidos y reducidos cuerpos.

Los ojos de aquel pequeño cerebro estaban clavados en mí, con una mirada preñada de odio que relucía en la oscuridad. Anita y Venza se mantenían a duras penas en pie, atemorizadas ante la espectral visión. Estuvieron a punto de resbalar y caer de la rama. Las armas y mecanismos que llevaban se les cayeron, perdiéndose en la oscuridad. Desde arriba nos llegaron los gritos de horror de Snap y los silbidos de sus exhalaciones.

—¡Aquí! —grité con voz entrecortada—. Cogeos a mi mano... ¡Anita, Venza, saltad!

Empujé a Anita hacia arriba. Súbitamente todos los pequeños seres se pusieron en movimiento, avanzando hacia nosotros. Anita tropezó, movió brazos y piernas y se elevó dirigiéndose hacia Snap. De nuevo Venza resbaló en la rama. Me eché hacia ella y la empujé hacia arriba. Los ojos verdes más cercanos se abatieron contra nosotros. No me

atrevía a disparar una exhalación; temía alcanzar a Venza. Lancé el arma con furia contra los verdes ojos, pero erré el tiro.

El pequeño ser mordió el brazo de Venza. Al sentir la mordedura exhaló un grito de espanto y su mano al caer golpeó el pequeño cerebro. El horrible grito del espantoso insecto se mezcló con el de ella. Se sumergió en el aire envolviéndose en sangre color de púrpura.

Me abrí camino hacia arriba sosteniendo el inanimado cuerpo de Venza con un brazo. Anita estaba ya fuera de peligro. Snap descendió rápidamente.

—¡Disparé todas las exhalaciones de esta condenada arma! —Vio entonces a la inconsciente Venza—. ¡Santo Dios, Gregg!

Jamás noté tal angustia en su tono.

—Gregg, no estará…

—Uno de ellos la mordió. Ayúdame.

Me ayudó a llevarla a las ramas más altas y luego se elevó con ella en el aire, hasta un centenar de piel por encima de las copas de los árboles de aquella horrorosa selva. Las luminosas linternas habían desaparecido de nuestra vista. El estrellado cielo estaba encima de nosotros.

Anita llegó nadando y entonces Venza empezó a moverse, murmurando:

—Estoy bien.

Se había desmayado. Parecía que no era nada más que eso; pero descubrí que el brazo se le estaba hinchando. Trató de incorporarse, y al hacerlo nos hizo perder a los demás el equilibrio.

—Quédate echada —murmuró Snap—. ¿Estás bien, Venza?

—Sí. ¿Por qué no? —Y entonces se echó a reír, y su risa me produjo un estremecimiento—. ¿Por qué os preocupáis? Vámonos lejos de aquí. Puede venir alguien.

Estaba ahora nadando y la dejamos libre, aunque nos mantuvimos cerca de ella. La curva superficie de Wandl nos permitía poca vista mientras avanzábamos por encima del bosque que llegaba hasta el horizonte. Luego vimos donde parecía terminar. El agua de un río marcaba su linde, y detrás del mismo se veían unas montañas coronadas por puntiagudos picos.

Snap y yo recordamos de pronto los proyectores de rayos de gravedad. Los probamos y descubrimos que lanzaban pequeños rayos de dos clases. Parecían tener un alcance no superior a unos cuantos cientos de pies.

Me dejé sumergir para experimentarlos. El diminuto rayo tocó las copas de los árboles. Sentí que el proyector que llevaba en la mano

tiraba violentamente hacia abajo. Lo sujeté fuertemente. Iba siendo arrastrado rápidamente hacia el suelo por la fuerza de gravedad atractriz del rayo. Los árboles se elevaban velozmente viniendo hacia mí: estuve en un tris de no chocar contra ellos antes de que pudiera encontrar los otros controles.

Luego el rayo alteró su curso; el proyector que empuñaba mi mano me arrastró firmemente hacia arriba. Pero después de unos pocos centenares de pies, noté que ascendía sólo por mi propio impulso, con la gravedad y la fricción del aire retardando mi ascensión.

Snap había realizado experimentos parecidos. Nos reunimos con las muchachas nadadores. Clavé la vista en el rostro de Venza; estaba pálido, pero ella no parecía sentirse mal. Me miró y sonrió.

—¿Cómo va ese brazo, Venza?

—Duele un poco, pero creo que no es nada.

Me volví cara a Snap.

—Creo que podremos manejar estos trastos. Lleva a Venza contigo.

Nuestro avance fue ahora mucho más fácil. Venza se cogía a los tobillos de Snap y Anita a los míos. Con los rayos repulsivos dirigidos hacia abajo, éramos fuertemente empujados hacia arriba y adelante. Nos elevábamos en grandes saltos de mil pies. El bosque se deslizaba bajo nosotros hacia atrás. Alcanzamos por fin el brillante río. Al parecer tenía varias millas de longitud y estaba dotado de fuerte corriente.

Vi la luz del sol por encima de las montañas que teníamos en frente. La oscuridad iba empalideciendo. Se hizo súbitamente de día. El Sol, más pequeño que en la Tierra, salió muy rápidamente. Era un disco de Un rojo oscuro, aplanado, extraño, empañado por la densa atmósfera de Wandl. La luz diurna que nos rodeaba era rojo oscura.

Anita me presionó los tobillos.

—¡Mira allá detrás!

En aquel preciso momento estábamos remontándonos. Venza y Snap, que nos seguían, descendían ahora. Por encima de ellos, muy lejos, hacia atrás, se veían dos burbujas sobre el rojizo cielo.

¿Persecución? Eso es lo que parecía. Las burbujas 6e hundieron, pero se remontaron de nuevo, desplazándose con ayuda de rayos, como los nuestros.

Grité a Snap:

—¡Alguien nos persigue! ¡Allá detrás se ven dos figuras!

Pero él estaba gritando:

—¡Gregg, Gregg, auxilio!

Mi atención había estado entretenida con las dos figuras lejanas.

Ahora me di cuenta de que Snap estaba subiendo, y que había perdido a Venza. El impulso de su rayo había hecho que ella perdiera su asidero. ¿O era que ella se había soltado? Estaba él entonces a cosa de un centenar de pies por encima del río, y Venza, sin la ayuda impulsora ascendente, iba cayendo hacia él.

—¡Gregg, ayúdame! ¡Venza, sube!

Sus asustados gritos llegaron a mis oídos mientras empleaba el rayo tractor y Anita y yo dábamos la vuelta y nos zambullíamos hacia ellos.

—¡Gregg, ayúdame! ¡Venza, emplea tus brazos! ¡Nada!

Venza permanecía inerte, no haciendo esfuerzo alguno para detener su caída. Su cuerpo daba lentas vueltas. Chocó contra las rápidas aguas del río, pero no se hundió en ellas; se sumergió medio cuerpo, emergió y quedó flotando como un ovillo sobre la rápida corriente que la arrastraba en su marcha.

Pasaron varios minutos antes de que pudiéramos alcanzarla. Snap ya estaba allí revolviéndose en él agua, manteniendo a duras penas su equilibrio mientras se inclinaba sobre el inanimado cuerpo de Venza.

—Gregg, está inconsciente. Se ha desmayado otra vez.

¡La mordedura de aquel insecto! Al pensarlo sentí que un estremecimiento me recorría la espina dorsal.

La superficie del río era como un colchón de goma muy blando. Estábamos rodeados de agua, que no empapaba. Flotábamos como si fuéramos corchos, ya que éramos muy ligeros de peso y desplazábamos muy poca agua. No podíamos arrodillamos ni permanecer de pie; pero si permanecíamos sentados sobre el agua, nuestros cuerpos sólo se hundían unas pocas pulgadas.

Deslizamos el cuerpo de Venza por la viscosa superficie del río, sorteando las rocas que emergían en sus aguas, empujados por la corriente a unas diez millas por hora. Ella descansaba en nuestros brazos, los ojos cerrados, el rostro pálido, pero tranquilo. Parecía respirar con bastante rapidez; pero esto, en Wandl, era normal.

Alcanzamos la rocosa orilla. Era todavía de día. El empañado sol se desplazaba tan velozmente por la bóveda celeste que su movimiento era bien visible. Wandl había sido dotado de pronto con rotación axial. Durante estos pocos minutos, habíamos pasado ya de mediodía. En los picos de las distantes montañas que se ¿liaban sobre el cercano horizonte, parecía que las sombras de la noche que se aproximaba se mezclaban con los rojizos rayos solares.

Anita y Snap llevaron a Venza hasta las rocas. Me acordé de pronto de las dos burbujas que había en el cielo, a lo lejos, que al parecer nos

estaban siguiendo. Miré aquella dirección. El rojo cielo estaba limpio.

—¡Gracias a Dios que se reanima!

Snap me llamó y me uní a ellos. Venza se estaba moviendo y sus mejillas empezaban a colorearse. Sus labios murmuraban algo, como si hablase en sueños.

Luego abrió los ojos. Nos miró Upamente mientras nos inclinábamos sobre ella.

—¿Qué… qué pasa? ¿En dónde estoy? Creí que seguíamos sobre los árboles. Snap, no me mires de esa forma, cariño. Estoy bien… un poco confusa.

No recordaba nada desde que aquel espantoso bicharraco la mordió en el brazo, pero el ataque del veneno en sus venas parecía definitivamente pasado. Nos sentamos junto a ella, consolándola, explicándole lo sucedido. Y ella tenía completo uso de razón. Recuperó en seguida las fuerzas y su mente se aclaró.

El breve día terminó. El sol se hundió bajo el horizonte; las estrellas empezaron a parpadear en el cielo. La rojiza noche de Wandl estaba de nuevo aquí.

Y ahora vi que todo el firmamento estaba girando, haciendo visible la rotación.

Las sombras se extendieron a nuestro derredor.

Y en el cielo vimos ahora otro de aquellos familiares rayos opalescentes. Este era el de Marte; podíamos identificar el rojo disco del planeta.

Y luego, desde las montañas de enfrente, pero todavía bajo nuestro horizonte, la estación de control de Wandl disparó hacia arriba su rayo atacante. De nuevo se produjo el conflicto en el cielo. El eje de Marte estaba siendo alterado y su rotación retrasada.

Vimos que nos encontrábamos mucho más cerca ahora que antes de la estación de control. Al parecer estaba sólo a unas veinte millas delante de nosotros. Su alarido era ensordecedor.

Luego el rayo de Wandl desapareció. El grito eléctrico de la estación de control enmudeció.

El eje de la Tierra había sido alterado. Ahora Marte; y la próximo vez le tocaría a Venus. Unos pocos ataques gravitacionales más de esta clase y luego los tres desgraciados planetas, con sus rotaciones dominadas, serían remolcados por Wandl hasta la mortal frialdad del espacio interestelar.

Anita exhaló de pronto un grito de espanto. Los cuatro, sentados en grupo, no tuvimos tiempo para levantarnos. De detrás de un risco cercano surgieron: dos figuras. La lúa de las estrellas las iluminó

claramente.

¡Molo y Wyk! Se abalanzaron contra nosotros.

CAPÍTULO XIV

Estábamos desamados. Yo había arrojado mi ama contra aquel bicho del bosque; y Snap había agotado todas sus exhalaciones disparando contra la multitud de ojos verdes. Molo y Wyk se lanzaron hacia nosotros con una zambullida en el aire. Dos diminutos destellos brotaron de sus espaldas, pegando contra las rocas que tenían detrás, impulsándolos hacia adelante.

Snap y yo cogimos a Anita y Venza. Fue un segundo de confusión; luego comprendí que no tendríamos tiempo para levantarnos con la suficiente rapidez. Las dos figuras que se nos venían encima no estaban a más de veinte pies de distancia.

—¡Protege a Venza, Snap! ¡Ponía detrás de ti! Snap cubrió a Venza con su cuerpo; yo me puse delante de Anita. Casi estábamos ya en pie. Traté de echarme violentamente hacia delante con Anita. Nos levantamos, pero sólo unos pocos pies. Y luego fuimos embestidos por el enorme cuerpo crustáceo de Wyk. Los dos brazos tentaculares más largos se cerraron sobre nosotros. Anita se retorció y pataleó. La espantosa cara, con sus protuberantes ojos, de Wyk, casi se hundió en la mía. La profunda voz bramó:

—Ya os tengo sujetos.

Uno de mis brazos quedó libre y golpeé con el puño la abierta y vertical boca del gigante. Se oyó un crujido. Mi puño se hundió en la escamosa cara; un frío y pegajoso líquido empezó a manar de ella.

Wyk lanzó un grito agónico. Sus atenazantes brazos pendieron inertes. La pavorosa y aplastada cara estaba llena de un líquido blancuzco y de pulpa en el hueco que en ella abrió mi puño.

Estábamos encima de las rocas. Empujé con el pie el muerto cuerpo de Wyk.

—¡Anita, asciende!

—¡No!

Enzarzados en lucha cerca de nosotros se estaban hundiendo los cuerpos de Molo, Snap y Venza. Snap estaba gritando:

—¡No! ¡No lo harás! ¡Suelta eso!

Di un salto hacia ellos. Algo delgado, largo y brillante pendía de una mano de Molo. Se deshizo haciendo un esfuerzo violento de Snap y Venza; sus pies pegaron contra las rocas y se echó hacia atrás, Mi salto me había llevado demasiado alto. Vi que SU mano sostenía un brillante alambre de unos seis pies de largo. Lo volteó en el aire. El peso de su extremidad le hizo describir un arco, y luego arrojó la

empuñadura. El alambre pegó contra Venza y Snap justamente cuando su rayo repulsivo daba contra las rocas y los impulsaba hacia arriba. El voltejeante alambre se enrolló alrededor de ellos, uniéndolos en estrecho abrazo. Su brillo desapareció en el mismo momento. Snap había estado gritando:

—¡Gregg, remóntate! —pero sus gritos murieron en su garganta.

Mientras se desarrollaba esta escena de pocos segundos de duración, yo estaba flotando sobre Molo, tratando de alcanzar de nuevo el suelo para saltar otra vez. Vi que Anita se arrastraba por encima de las rocas. Mi cilindró de gravedad estaba en mi cinturón. Lo había puesto tú él para dejar mis manos librea, cuando me atacó Wyk.

Vi que Snap y Venza, atados juntos, habían dejado caer su proyector de gravedad. Sus entrelazadas figuras; se elevaron unos cincuenta pies en el aire y quedaron; flotando; luego empezaron a descender lentamente.

Molo gritaba ahora:

—¡Tú, Gregg Haljan! ¡Ahora te toca a ti!

Pegué contra las rocas y caí veinte pies detrás de él. Saqué nerviosamente del cinto el proyector de gravedad, pero no sabía lo que quería hacer con él. Y en? aquel segundo de indecisión vi que Molo se aprestaba a atacarme. Directamente sobre mi cabeza los cuerpos sujetos e inertes de Venza y Snap se estaban desplomando.

Un chispazo surgió de las rocas, procedente de Molo. Hubo una fracción de segundo en que creí que todo había terminado para mí. Pero todavía estaba con vida. Los cuerpos de Venza y Snap cayeron sobre, mi cabeza, derribándome. Sentí el rayo de Molo sobre mí. No enviaba la muerte, sino una fuerza que me arrastraba hacia él, como si se tratara de una mano gigantesca. Al parecer nos quería vivos. Yo me encontraba en aquel momento arrastrándome por las rocas, mezclado con Venza y Snap. La radiación de Molo nos atraía. Los tres fuimos dando tumbos en el aire y su fuerza se perdió inútilmente.

Abandoné el proyector y vi que el rayo de Molo se desvanecía y que él estaba de pie junto a mí. Snap, Venza y yo éramos un montón a sus pies. Se agachó y me cogió,

—¡Ahora, Gregg Haljan, te enseñaré a no tratar de escaparte!

El puño del gigantesco y forzudo marciano trató de alcanzarme la cara, pero falló el golpe y me dio en un hombro. Esto ya tenía una semblanza de normalidad. Me gustaba luchar así, de un modo que entendía perfectamente. Enrosqué mis piernas en su cuerpo y mis dedos le atenazaron la garganta, mientras él, con "un vigoroso salto, nos libraba de los cuerpos de Venza y Snap y nos elevábamos en el

aire.

Nos remontamos unos pocos pies y luego volvimos a caer, los dos luchando fieramente, jadeando, golpeando frenéticamente. Este marciano era verdaderamente fuerte. Le agarré el cuello con las manos, oprimiéndole la garganta. Durante unos instantes le privé de la respiración, pero no pude sostener mi atenazamiento. Me alcanzó en pleno rostro con un terrible puñetazo y luego con la otra mano me dio bajo la barbilla, empujándome la cabeza hacia atrás, logrando deshacerse de mis manos. Recobró la respiración y exclamó triunfalmente:

—¡No eres lo bastante fuerte para mí!

Rodamos dando saltos por encima de las rocas. Recibí un puñetazo en plena cara. Aquel golpe casi significaba el final; noté que mi fortaleza se desmoronaba. Se rió cuando esquivó mi puño vengativo. Me encontraba en aquel momento apoyado de espaldas a las rocas, con su cuerpo encima de mí. Luego, detrás de su robusto hombro, siluetada contra el cielo, vi que Anita se estaba levantando, cogía una piedra de unos cuatro pies de diámetro y la alzaba sobre su cabeza. Apuntó a la cabeza de Molo y la dejó caer contra ella. Molo exhaló un lamento y se inclinó a un lado, inerte, dejándome libre. La piedra rodó junto a él.

La lucha había terminado, evidentemente. Wyk estaba muerto; 6U espantoso cuerpo con su aplastada cara yacía cerca de nosotros. Molo estaba inconsciente, respirando fuertemente, inmóvil, con una herida en la parte posterior de la cabeza, de la que manaba sangre que manchaba sus cabellos.

Anita y yo habíamos salido de la lucha sin heridas,, victoriosos… aunque era una triste victoria. Sobre las? rocas, enlazados por aquel extraño alambre, aparecían los inertes cuerpos de Snap y Venza. Nos inclinamos, sobre ellos. El alambre era ahora frío al tacto. Se resistía a nuestros esfuerzos para desenrollarlo. Hicimos, desesperados esfuerzos para lograrlo, mientras rogábamos:

—¡Snap, habla! ¿Venza, puedes hablar?

Los ojos de ambos estaban abiertos. Me di cuenta de que encima de nosotros no había la luz de las estrellas, sino un fantástico cielo de nubes que pasaban rápidamente, teñidas de un extraño color verde. Aquí la obscuridad era ahora verde. Su brillo se reflejaba en los abiertos y fijos ojos de Venza y Snap. Parecía que en aquellos ojos había inteligencia.

—¿Nos oyes, Snap?

Sus párpados bajaron y subieron de nuevo, lentamente, como si

para hacerlo tuviera que desplegar un horrible esfuerzo.

—¿Te puedes mover, Snap?

Su párpado derecho se movió. ¿Sería esta su respuesta?

Anita y yo jamás habíamos experimentado una sensación de soledad como la que nos oprimió durante estos terribles minutos de angustia. La brisa recorría, la verde y espeluznante noche. Procedía de las montañas. No sabíamos adónde ir, qué hacer.

Nos dimos cuenta al fin de que podíamos desenrollar el alambre. Colocamos a Venza y Snap sobre las rocas, a unos treinta pies del río. El brillante alambre había quemado un poco sus vestidos, pues la corriente había sido absorbida por el contacto con sus cuerpos,

—¿Sientes dolor, Snap?

Parecía que sus ojos trataban de hablarme. Atufase levantó junto a Venza.

—¿Qué vamos a hacer Gregg? ¿No podremos llevárnoslos?

—¿Pero, adonde? ¿Y con qué propósito?

Penosos pensamientos cruzaban por mi mente, atormentándome; la estación de control de Wandl, sembrando el caos y la destrucción en la Tierra, Marte y Venus. Pensé en la nave de Molo.

—Anita, si pudiéramos apoderarnos de la *Star-Streak* y escapar de este mundo…

—¿Llevar ahora hasta ella a Snap y Venza? Pero no sabemos en dónde está. ¿Podremos hacer que Molo nos conduzca a ella?

Pero Molo seguía inconsciente. No podíamos hacerle volver en sí.

¡Anita y yo estábamos tan solos! Nos abrazamos consternados.

—¡Gregg, mira al cielo!

El viento, cada vez más fuerte, nos estaba empujando. Procedía de los desfiladeros de las montañas y pasaba por encima del agua del río, haciendo que se encrespara con olas que cruzaban su rápida corriente. Sobre nuestras cabezas, las nubes eran arrastradas velozmente por el viento, a través del verde y radiante cielo.

El arreciante viento pegaba ahora contra nosotros; me di cuenta de súbito que Anita y yo estábamos luchando contra él. Una violenta ráfaga nos arrastró, remontándonos una docena de pies y lanzándonos luego contra un risco como si fuéramos simples balones.

—Anita… este viento… no podemos sostenernos aquí. Debemos…

Me sacudió un estremecimiento cuando me vino a la memoria el recuerdo de Venza y Snap, tendidos sobre las rocas. Vimos el cuerpo de Wyk, que semejaba un reseco insecto, elevándose en el aire y zarandeado de un lugar a otro, hasta desaparecer arrastrado como una hoja seca.

Un pequeño guijarro llegó volando y me pegó en el rostro. Luego se produjo una lluvia de ellos, como si fuera una granizada, que caía con furia contra nosotros.

La tormenta era causada posiblemente por la rotación axial de Wandl. El rayo de luz de la Tierra había sido atacado por la estación de control sin rotación axial. Pero, para atacar el rayo de Marte, era precisa una manipulación de Wandl. Había empezado la rotación del planeta; y súbitamente se detuvo. En este hemisferio era ahora de noche. Tal vez aquí hubiera tendencias naturales a las tormentas; tal vez los operadores de la estación de control sentían excesiva prisa al manipular la rotación demasiado repentinamente.

Fuera como fuera, era espantoso. Alcé la voz por encima del clamor de la tempestad y grité:

—¡Agárrate bien a mí! Vamos a por Venza y Snap.

Llegamos junto a las dos inertes figuras, que encontramos entre dos rocas, donde habían sido llevados por el vendaval.

—No podemos continuar aquí, Anita.

—¡No! ¡Puede volver otra vez!

—¡Allí! ¡Una cueva!

Introdujimos en ella a Venza y Snap, en el preciso momento en que se desencadenaba otra tormenta con una lluvia de sucios guijarros que golpearon furiosamente el exterior.

De repente me asaltó el recuerdo de Molo.

—¡Anita, quédate aquí! Es preciso que traiga a Molo.

—¡Gregg, no!

—Debo hacerlo. Si podemos lograr que vuelva en sí y obligarle a decirnos en dónde está la *Star-Streak*.

Me deshice de su abrazo. El viento se había calmado. De un salto me metí en él, empezando a nadar. Las rocas pasaban rápidamente por debajo de mí. En un momento, había pasado por encima del río. Era un caos de verde obscuridad flagelada por el viento. Y ahora el cielo se encendía con cegadores relámpagos seguidos de largos rugidos, parecidos a truenos.

Vi el cuerpo de Molo sobre una roca plana, adonde le había arrastrado la furia del temporal, y me lancé hacia él, nadando frenéticamente, de tal .modo que choqué contra la roca dándome un golpe tal que casi me dejó sin respiración. Molo seguía evidentemente sin sentido.

No puedo precisar el tiempo que me costó llevar el cuerpo de Molo hasta la cueva en que se encontraba Anita. Mientras lo transportaba, procuré mantenerme separado del suelo, teniendo que luchar con

todas mis fuerzas para resistir los embates de las extrañas ventadas. Aprovechando un momento de calma, remolqué a Molo a través del aire y lo introduje en la cueva.

—¡Gregg! —Anita se echó en mis brazos—. ¡Gregg, querido, cuánto has tardado!

Estaba rendido, lleno de rasguños y contusiones y falto de aliento. La boca de la cueva era como un túnel de unos diez pies que se hundía en la obscuridad.

—Gregg, coloqué aquí a Venza y Snap.

Yacían inmóviles en el suelo, como dos muertos, en medio de la verdosa obscuridad. Llevamos a Molo a su lado. Anita y yo nos sentamos junto a ellos, escuchando el salvaje ulular del viento que azotaba el exterior. Se había desencadenado ahora una furiosa tormenta. Si estuviéramos afuera, nos hubiera llevado por los aires como si fuéramos plumas. Los truenos se sucedían ininterrumpidamente, precedidos de deslumbradores relámpagos y piedras y rocas volaban furiosamente por los aires como una verdadera granizada.

¡Cuán endeble e ingrávido mundo! Parecía como si las rocas en las que nos estábamos amparando iban a ser arrancadas y arrastradas a lo lejos.

—¡Gregg, Gregg! ¿Es esto el final?

Una masa de rocas cayó en la entrada, obstruyéndola, de modo que quedamos enterrados allí, en la obscuridad.

—Anita, querida, jamás dejaré de amarte.

La obscuridad, con sus brazos rodeándome y un trepidante mundo afuera. Pero aquí, sólo Anita y su cálido abrazo.

—¡Gregg!

El espanto se acusaba en su voz. Luego vi lo que ella estaba mirando. No estábamos aquí solos Anita y yo enterrados en la penumbra con los cuerpos de Snap y Venza y Molo. Algo más había aquí.

Desde el obscuro fondo de la cueva nos estaban observando dos verdes y resplandecientes ojos. Su radiación me mostró la silueta de una distendida cabeza. ¿Un ser monstruoso? Pero no era ninguno de aquellos insectos del bosque. Parecía ser un animal. El resplandor de su cabeza me descubrió un cuerpo horizontal, al parecer macizo y musculado. ¡Una bestia habladora con nosotros en medio de las tinieblas! Oímos cómo refunfuñaba unas palabras y una aterradora risa sarcástica mientras venía cautelosamente hacia nosotros.

Aquella bestia espantosa de la cueva nos miraba fijamente en tanto

que Anita y yo nos abrazábamos horrorizados. La espantosa cabeza, con su fantasmal cara y sus verdes y resplandecientes ojos, se balanceaba de un lado a otro sobre un largo y delgado cuello. Los ojos parecían contener luminosidad propia. La radiación de los mismos alumbraba débilmente la obscura cueva, de modo que pudimos vislumbrar su moreno y peludo cuerpo. Era largo y liso, del tamaño de un leopardo terrestre. Un cuerpo musculoso que se encaminaba hacia nosotros deslizándose por las rocas.

Recobré el valor y coloqué a Anita tras de mí. Me agaché. No había escapatoria, ningún sitio a donde huir. Este túnel estaba bloqueado por una masa de rocas desprendidas, que cerraba la salida a nuestras espaldas y la terrible tormenta que se desarrollaba en el exterior. El monstruo estaba a unos veinte pies de nosotros, en donde el túnel se ensanchaba en una obscura cueva de ignorada capacidad. Junto a mí estaban inertes Snap y Venza, así como también el todavía inconsciente Molo.

No quedaba más que hacer que seguir agachado aquí protegiendo a Anita. Moví los brazos y grité a pleno pulmón, elevando mi voz por encima del ruido de la tormenta exterior; mi voz retumbó con un sordo rugido en la obscuridad subterránea.

—¡Fuera, atrás, atrás! ¡No te acerques!

La bestia se detuvo. Las redondas orejas de la abotagada cabeza se pusieron eréctiles. Luego comenzó a reír nuevamente. Noté que Anita me ponía una roca en la mano, un pedazo de roca del tamaño de mi cabeza.

—¡Su cara, Gregg! ¡Pégale a la cara!

La roca daba la sensación de ser una pelota de corcho. La arrojé y dio contra el cuerpo del animal. Su risa cesó abruptamente; se agachó, como preparándose a dar un salto.

Y entonces pensé en mi proyector de gravedad. Di plena intensidad al rayo repulsivo.

El moreno cuerpo dio un salto. La bestia se me venía encima, pero mi rayo la alcanzó en el aire. Por un segundo creí que era ya demasiado tarde, pues el monstruo arañó furiosamente el aire y su rabia parecía que iba a poder contra el empuje de mi rayo. Un instante quedó colgado en el aire, gruñendo, y luego soltó de nuevo la espeluznante risa.

El rayo lo arrojó hacia atrás, empujándolo en el aíre hacia la obscuridad de la caverna, cada vez a mayor velocidad hasta que, en un momento, lo hizo chocar contra la pared opuesta, a unos cuarenta pies de distancia. Allí quedó clavado, mientras yo mantenía el rayo

sobre él. El cuerpo había chocado contra la rocosa pared, pero la cabeza estaba ilesa. Se estaba retorciendo salvajemente y la caverna retumbaba con el eco de sus rugidos.

Y por encima del ruido de sus rugidos oí una voz que decía:

—¡Gregg! ¿Dónde estás?

¡Snap! A mis espaldas, Anita empezaba a caminar cautelosamente hacia donde estaban Snap y Venza tumbados. El monstruo clavado en la rocosa pared por mi rayo cesó de gritar, tal vez curioso al escuchar el nuevo grito.

—¡Snap! ¡Estamos aquí, Snap!

Luego la voz de Venza:

—Ya puedo hablar ahora. Nos encontramos mejor.

Se estaban recuperando. Anita estaba agachándose sobre ellos.

—Gregg, están ya bien. Gracias a Dios, están desapareciendo los efectos.

Pero yo no me atrevía a acercarme a ellos. Mi rayo mantenía inmóvil contra la pared de la cueva a aquella fiera, y no podía distraer mi atención.

Opté por gritar:

—¡Quédate con ellos, Anita!

Di unos lentos pasos hacia la fiera, manteniendo fijo el rayo. El suelo de la cueva estaba lleno de piedras y rocas. A diez pies del monstruo escogí un grueso pedazo dé roca y lo sospesé, pero su peso era de sólo unas pocas libras.

La gravedad mantenía al animal fijo en la pared como si lo hubiera clavado en ella. Arrojé la roca cuando estaba a unos pocos pies de él. La palpitante cabeza se apretujó contra la pared. El cuerpo con su destrozada cabeza y la roca cayeron al suelo cuando retiré el rayo.

—¡Snap, gracias a Dios que te has recuperado! ¡Y tú también, Venza!

Anita y yo nos sentamos junto a ellos. Habían estado inconscientes durante todo el tiempo. Pero ahora se encontraban completamente bien.

Transcurrió una hora mientras permanecíamos sentados, escuchando el ruido de la tormenta.

—Está amainando el temporal —dijo Venza en medio del silencio.

Anita estaba sentada junto a Molo. Varias veces éste se había movido, murmurando algunas palabras.

—Vamos a ver si podemos salir de aquí —sugirió Snap. .

Las rocas desprendidas habían obstruido la única salida de la cueva. Pero, para nuestra fuerza, cualquier roca, por voluminosa que

fuera, podía ser movida.

—¿Vamos a probar ahora, Gregg?

Luchamos contra la masa formada de piedras y rocas que se oponía a nuestro paso como si fuéramos elefantes, levantándolas y arrojándolas afuera para abrirnos camino hacia el exterior. Existía el peligro de que se nos viniera encima todo el techo de la cueva, pero tuvimos cuidado en que esto no ocurriera. Abrimos una pequeña brecha, lo suficiente para permitirnos el paso. El viento se colaba en el interior a través de la misma.

Las muchachas nos llamaron mientras trabajábamos. Molo había recuperado el conocimiento. El golpe que había recibido sólo le había aturdido. Le ligamos las muñecas con tiras hechas de su propio cinturón.

—¿Qué pensáis hacer conmigo? ¿Ha muerto Wyk? —Sí.

Quedó en silencio, con el rostro sombrío.

—Mira, Molo, vamos a salir de esto y tú nos vas a tener que ayudar. Si no lo haces…

El cuchillo que le había quitado para cortar a tiras su cinturón brillaba en mi mano. Pasé ligeramente la hoja por su garganta.

—¿Vas a hablar de plano y a contarnos la verdad?

—Sí, os diré la verdad.

—¿Sabes dónde está situada la estación de control?

—Sí.

—¿Dónde?

—No está lejos de aquí.

—¡Al cuerno con eso! —bramó Snap—. Métetelo en la mollera, Molo. No nos sentimos con ganas de bromear. ¿A qué distancia está?

—En la Tierra diríais que a diez millas.

—¿En esas montañas?

—Nos dijo que estaba allí —dijo Anita—. Es una estación subterránea.

—¿Sabes en dónde se encuentra tu nave? —persistí.

Nos informó de que se encontraba a unas treinta millas, en otra dirección, no en las montañas, sino en las cercanías de una ciudad como Wor. Estaba equipada y dispuesta para partir, todo listo menos su tripulación.

¡Y ahora disponíamos de armas! Molo llevaba consigo algunos proyectores de gravedad; pequeñas linternas de mano y tres pistolas electrónicas lanza-rayos de corto alcance.

La esperanza renació en nuestros corazones. La tormenta estaba desapareciendo. Podríamos colarnos en la pequeña y única cabina de

la estación de gravedad, en la que generalmente no había más que dos operadores. Los delicados mecanismos que se encontraban en su interior tenían que ser destruidos a toda costa.

Y después de esto nos apoderaríamos de la *Star-Streak*. Nadie nos estaría vigilando. El hecho de que los prisioneros de Molo se habían escapado continuaba todavía velado por el silencio; él y Wyk no se habían atrevido a contarlo. Meka seguía allá esperando. Podrían haber advertido nuestra ausencia en la vivienda globular; pero Meka diría que estábamos con Molo. Ella esperaba allí, con la esperanza de que Molo y Wyk volvieran, a capturarnos. Todo esto nos fue contado por Molo de cabo a rabo.

Snap y yo nos repartimos los proyectores de gravedad y las pequeñas pistolas electrónicas.

—Vamos a empezar, Gregg. Parece que ha cesado la tormenta.

Así era en efecto. Nos encontramos afuera de nuevo con la noche, estrellada y teñida de púrpura. La superficie del río se rizaba con olas, ahora más apaciguadas. Soplaba sólo una suave brisa.

Las piernas de Molo estaban libres, pero sus muñecas estaban sujetas tras la espalda. Metí un brazo entre los suyos, levantándolo como si fuera un gran bulto, aunque ligero y oblongo en forma. Snap gritó:

—¿Preparado, Gregg?

—Sí.

Snap disparó su rayo de gravedad y se remontó, con las muchachas asidas a sus tobillos. Luego le seguí yo con Molo. Dando grandes saltos arqueados, nos dirigimos hacia las amenazadoras montañas.

CAPÍTULO XV

—Aquí es donde debemos aterrizar, Gregg Haljan.

Estábamos descendiendo sobre una estéril región de desnudos despeñaderos, de masas rocosas obscuras y rotas, como si hubieran sido destrozadas por algún gran cataclismo de la naturaleza. Las montañas de la Luna no podían ofrecer un aspecto de mayor desolación.

Aterrizamos sobre las rocas. Aquí las alturas contenían un brillo purpúreo procedente de la luz de ¡as estrellas. Habíamos visto frecuentes muestras de la tormenta, que se agudizaban aquí. Las rocas estaban amontonadas en algunos lugares; en otros, las piedras y rocas habían sido arrancadas y arrojadas a otra parte, dejando espacios planos.

Snap y las muchachas aterrizaron cerca de nosotros. Hablamos en voz baja. Ninguno de nosotros, incluso Molo, sabía hasta qué distancia llevaría el sonido este aire.

—¿Dónde está ahora la estación? —inquirió Snap

—Hacia allí.

Molo hablaba con dócil y precavida suavidad. Señaló con la cabeza y un hombro. A un cuarto de milla de distancia, detrás de las cimas de las montañas, el destrozado terreno formaba una pronunciada pendiente.

—Está allí. Creo que desde aquí deberíamos ir andando. No hay centinela y raras veces ponen a alguien en la cima.

—Si os ayudo ahora y destruimos los controles de gravedad, Wandl quedará inutilizado para navegar a través del espacio o interferir la rotación de la Tierra, Marte y Venus. Los mundos aliados podrán entonces destruir las naves de Wandl en la batalla. Si sucede esto, tal vez vuestros gobiernos, reconociendo la ayuda que ahora os presto, quieran olvidarse de lo que ha hecho mi *Star-Streak*.

—¿Tus piraterías? —pregunté.

—Sí. Soy un forajido. Podría ser rehabilitado si vosotros quisierais hablar en mi favor.

—Puede ser.

—Tal vez incluso me recompensaran. ¿No lo crees así, Gregg Haljan?

Quería estar con los vencedores; eso nos convenía a nosotros.

—Vamos a probarlo, Molo. Hablaré de ti lo mejor que pueda.

Ahora, cuando alcanzamos la cima de las montañas, dijo:

—Será mejor si me soltáis las manos.

—¡Oh, no! —protestó Snap.

—Pero soy un buen luchador. Puede sobrevenir cualquier cosa inesperada.

—Demasiado buen luchador —indiqué yo—. Confiamos en ti porque nos vemos obligados a hacerlo, pero sólo hasta cierto punto.

Cerca de nosotros había un pequeño hueco abierto en las rocas. Dejamos a Molo allí, con las manos atadas y Anita y Venza vigilándole. Venza empuñaba la pistola electrónica; sabía cómo dispararla. Las muchachas se acuclillaron en una depresión a veinte pies de distancia. Podían ver desde allí perfectamente a Molo; si se moviera, una exhalación de la pistola acabaría con su vida. Él lo sabía.

Las muchachas nos contemplaban silenciosamente mientras nos disponíamos a partir.

—Adiós, Gregg. Adiós, Snap. ¡Buena suerte!

—No tardaremos mucho. Permaneced ahí mismo esperándonos.

Snap tocó a Venza en un hombro, en señal de despedida:

—Escucha, Venza: Molo nos ha dicho lo suficiente para que podamos encontrar la nave. Si intenta hacer una mala jugada, mátalo.

—De acuerdo —contestó.

Nos pusimos en marcha. Al cabo de un minuto de cauteloso avance entre los riscos, ya estábamos acurrucados allí. La concavidad del terreno tenía unos doscientos pies de ancho por cincuenta de altura; una caldera de círculo irregular. La luz de las múltiples estrellas y pequeños puntos de luz artificial la iluminaban. Divisamos un grupo de pequeñas construcciones metálicas, muy bajas y rechonchas, como si fueran pelotas aplanadas; entre ellas se levantaban pequeños esqueletos de torres.

Dichas torres, de dos veces la altura de un hombre, se hallaban colocadas en irregulares intervalos en un círculo de unos cien pies, con un grupo de tres o cuatro en el centro del mismo. Parecía haber allí una veintena de ellas. Estaban comunicadas entre sí mediante tensos alambres, que formaban una red por encima de las pequeñas construcciones. Las bases de dichas torres disponían de contactos eléctricos, y cada una de ellas estaba en contacto con las demás por medio de cables.

Al otro lado de la caldera se levantaba una construcción globular con luz en las ventanas. Desde su entrada partía un estrecho peso metálico que se extendía sobre el suelo como una acera, serpenteando y ramificándose entre las torres y construcciones achatadas.

Este era el exterior de la estación de gravedad de Wandl. Todo

estaba obscuro y silencioso, exceptuando la luz de las estrellas y las lucecitas de sus¡ torres. No se veía señal alguna de seres humanos. Luego observamos movimiento en la casa globular. Apareció un hombre en su entrada, mirando un momento al cielo y volviéndose de nuevo al interior.

Susurré:

—¿Cuál será la entrada más conveniente para alcanzar las habitaciones subterráneas?

Vimos que la serpenteante acera terminaba, en varios puntos, en unas casamatas ojivales que daban acceso al fondo. Una de ellas estaba cerca de donde nos encontrábamos.

—Eso es la que vamos a intentar —murmuró Snap.

Se detuvo de pronto. El techo de la distante construcción globular se había encendido. Había allí una radiación, como si se hubiera abierto una ventana. Un transparente rayo emergía del interior. Los operadores que se hallaban en su interior estaban escrutando el cielo, sin duda probando instrumentos.

Y ahora descubrimos en el firmamento el tercero de aquellos rayos parecidos a espadas. Probablemente hacía ya algún tiempo que era visible, pero no nos habíamos dado cuenta de él.

—Es Venus —murmuré.

Así parecía. Una borrosa estrella, rojiza en esta atmósfera, se veía sobre el horizonte. El rayo de luz salía de ella, recorriendo el cielo.

Esta estación de control estaba a punto de ponerse en contacto con el rayo de Venus. Oímos el apagado lamento de una sirena, una señal procedente de las habitaciones de control subterráneas. La corriente pasó por el interior de todos estos alambres y torres y construcciones achatadas. Era audible el murmullo que producía a su paso. Todo resplandecía, primero en rojo, después en violeta. Luego, aquel blanco opalescente. Los alambres aéreos chisporroteaban con una miríada de danzarinas chispas.

Me di cuenta ahora de que la parte superior de cada torre era un conglomerado de radiantes alambres, con un proyector circular de unos seis pies con espejo reflector debajo del mismo y una serie de prismas y lentes encima. Todo el conjunto se encendió opalescentemente en un momento, con un deslumbrante resplandor.

Luego empezaron a girar las cumbres de todas las torres. Sus luces habían formado un intenso rayo que se elevaba al cielo y los proyectores giraban enfocándolos y reuniéndolos en un punto focal que parecía estar a unos mil pies de altura. Todos los rayos se fundían allí, quedando uno sólo en el cielo controlado por las torres de abajo.

Toda la cóncava depresión del terreno era ahora una cegadora masa de luz opalescente. Aquel infierno de fulgurante luz blanca nos obligó a retirarnos del borde de la depresión, para resguardar la vista de su resplandor. Y el zumbido de la corriente y el chasquido de las chispas se perdían en un frenético alarido eléctrico.

En el firmamento vimos el rayo de Wandl procedente de Venus.

Al parecer esta estación de control tenía dos funciones: el control de los movimientos del planeta, rotación axial y desplazamiento orbital y su poder para aplicar fuerza gravitacional sobre otros cuerpos celestes.

De nuevo, cuando se produjo el contacto, el cielo se encendió durante un momento con aquel estallido de luz.

El contacto con el rayo de Venus duró un minuto o dos. Snap y yo, junto al borde de la caldera, estábamos sumidos en el resplandor de luz y el estridente alarido eléctrico. Luego, la barahúnda fue desapareciendo. Había sido roto el contacto en el cielo. El rayo de Venus se libró de su opresor. Pero en la próxima rotación de Venus sería atacado otra vez.

Transcurrieron otros pocos minutos. La pequeña depresión circular estaba ahora oscura y silenciosa, como la habíamos visto cuando llegamos hasta aquí. Unas figuras se movían dentro de la vivienda del otro lado. Empezaron a surgir figuras de varias de las entradas subterráneas. Eran aquellos seres de diez pies de altura con facha de insecto. También vimos tres o cuatro cerebros que pasaban por la metálica acera dando pequeños saltos. Todas las figuras se introdujeron en la distante vivienda. El contacto había terminado.

—Probablemente no debe quedar casi nadie en los subterráneos —susurró Snap—. Ahora es nuestra ocasión.

—Si podemos colarnos por esa entrada sin ser vistos —contesté.

—Aquellas rocas de la izquierda están envueltas en sombras. Creo, Gregg, que podemos alcanzar la entrada efectuando un salto bien calculado.

—Lo intentaré yo primero. Me meteré dentro y te esperaré.

—De acuerdo.

Los dos disponíamos de un cilindro de gravedad en nuestros cinturones y una pistola lanza-rayos. La empinada pared de la depresión estaba a oscuras aquí, apenas iluminada por la luz de las estrellas, a unos cincuenta pies de la entrada de la casamata ojival, la más cercana a nosotros. Di un salto y llegué junto a ella, metiéndome dentro inmediatamente. El instinto me hizo ponerme en guardia contra cualquier posible centinela, pero la razón me dijo que no debía

haber ninguno; quedaba sólo el peligro de tropezarme con alguien que estuviera subiendo a la superficie.

Me encontraba en lo alto de un serpenteante pasadizo descendente, un empinado terreno; en el techo habían luces colocadas en irregulares intervalos. Un momento después llegó Snap.

—¡Ya estamos aquí! ¿A qué profundidad llegará este túnel?

Le cogí por un brazo fuertemente.

—Snap, pase lo que pase, hay que obrar rápidamente. Mantente cerca de mí. Y si grito para huir...

—¡Salimos inmediatamente!

—Sí. Y regresamos a donde están las muchachas. Emplea tu pistola y el proyector de gravedad para llegar hasta ellas sin mí, si caigo en la lucha.

—Lo mismo te digo, Gregg.

Empezamos a internarnos por el desierto túnel. Ahora sabíamos cómo movernos en Wandl, por la experiencia adquirida; avanzábamos con mayor facilidad. Descendimos varios centenares de pies. El pasadizo se bifurcaba, pero siempre había un túnel principal.

Todo estaba desierto. Había distantes habitaciones débilmente iluminadas. ¿Serían éstas las fábricas generadoras de las extrañas corrientes electrónicas de gravedad que empleaba Wandl? Algunas estaban funcionando. Se oía un zumbido procedente de su interior. Había trabajadores moviéndose por ellas.

Nos detuvimos para cambiar impresiones. Las muchachas y el mismo Molo, nos habían descrito lo que teníamos que encontrar: un túnel principal que conducía a la habitación de control en donde estaban centralizados los delicados mecanismos que hacían funcionar todo esto, el centro nervioso de Wandl. Al parecer, estábamos siguiendo el túnel principal.

Un trabajador pasó nadando cerca de donde nos encontrábamos. Nos metimos en la oscura boca de otro túnel y pasó sin advertir nuestra presencia.

—Cielos, Snap —musité—, estuvo a punto de descubrirnos.

Proseguimos de nuevo nuestro avance. El túnel efectuaba una pronunciada curva. Abajo, a corta distancia, aparecía una iluminada habitación, en la que había dos o tres trabajadores.

¡La sala de control principal! No podíamos dudarlo. Molo, en su entusiasmo, la había descrito a las muchachas con toda claridad, con sus grandes madejas de hilos extendidos sobre las paredes, su miríada de diminutos discos opalescentes en contacto con la pequeña superficie rocosa bajo las enmarañadas masas de hilos, sus palancas y

diales colocados sobre las circulares mesas: eran detalles inequívocos.

—Ésa es, Snap —susurré en su oído—. ¿Ves aquellas varillas aisladoras? Anita nos dijo que las emplean para ajustar los discos. Ten cuidado con la corriente.

—¡Pero ahora está interrumpida, Gregg!

—Todavía puede existir peligro, pues puedes producir un cortocircuito en cualquier parte. Evita el contacto con las manos. Emplea las varillas.

—Los operadores…

No pudo decir nada más. Una figura surgió a nuestras espaldas, abalanzándose contra nosotros. ¡Un trabajador gigante! Su tentáculo más largo, me mordió en un hombro; un grito profundo salió de su garganta. Los trabajadores de la sala vinieron dando saltos en ayuda de su compañero.

Hubo un momento de salvaje confusión… Nos atacaban unos cuerpos ligeros, casi sin peso. Sus brazos trataban de atenazarnos, pero eran unos brazos endebles. Los enormes cuerpos crustáceos eran destrozados con el ímpetu de nuestros sólidos puños.

Pasó el momento de confusión. No fue necesario disparar nuestras pistolas. Cesamos de luchar jadeando, con algunos rasguños, producidos más por el roce con las piedras que por nuestros adversarios. No nos detuvimos a contemplar los rotos cuerpos de nuestros adversarios, que se hundían ahora hacia el suelo.

—¡Ahora, Snap! Pueden venir otros.

Nos metimos de un salto en la resplandeciente sala de control y cogimos las varillas más largas que pudimos hallar. Tenían un agradable peso. Cogí una y di un salto de veinte pies hasta la pared.

Los hilos se venían abajo como una tela de araña bajo mis demoledores golpes. Las chispas saltaban en derredor nuestro. La pared entera siseaba mientras destrozaba su enmarañada cubierta. Los revueltos y rotos hilos de alambre se retorcían en el suelo como si fueran seres vivientes; luego se contraían y se fundían hasta quedar ennegrecidos.

Limpié aquel segmento de la pared con frenética prisa y luego me fui a otra parte a hacer lo mismo. Vi a Snap realizando semejante operación al otro lado de la habitación. Una barahúnda de sonidos eléctricos reverberaba en derredor nuestro. El resplandor era cegador. Un chispazo brotó de los enmarañados hilos que estaba destrozando mi varilla, chamuscándome el brazo izquierdo. La manga estaba quemada; el brazo pendía inerte a un lado, produciéndome una sensación de hormigueo. Dejé de frotarlo; al cabo de un momento

recuperó la fuerza en sus músculos.

Snap actuaba con un ardor tal que parecía un enorme pájaro enloquecido. A través de la humareda de gases eléctricos que llenaban la habitación, le vi embestir contra las mesas circulares, volcándolas. Se destrozaban contra el metálico suelo como si fueran de delgada y pulimentada porcelana.

Terminé mi trabajo en la pared. Había un aparato metálico cuadrado de unos veinte pies, ramificado e intrincado; lo levanté y lo coloqué de lado. De él se desprendieron un millar de pequeños espejos y prismas que cayeron al suelo en un diluvio de fragmentos.

Mi di cuenta de que Snap estaba enzarzado en lucha con una crustácea figura. Pronto se vio libre de ella. Vi el destrozado cuerpo a sus pies mientras pasaba nadando entre el humo dirigiéndome hacia un gran tubo fluorescente que todavía seguía iluminando débilmente. Le pegué con mi varilla y se rompió con una breve fumarada acompañada de una explosión al introducirse el aire en su interior.

Me encontré a Snap braceando a mi lado, los dos nadando en el aire. El resplandor que nos rodeaba estaba disminuyendo en intensidad; el clamor iba disminuyendo. Las emanaciones químicas de los semiquemados gases nos estaban sofocando peligrosamente. La oscuridad, rota por los chispazos de los hilos, se estaba adueñando de la destrozada habitación.

—¡Ya es suficiente, Snap! Oyes arriba...

Una gran sirena del exterior lanzaba al aire nocturno su angustioso gemido.

Snap dijo con voz entrecortada:

—Tenemos que salir de aquí. No puedo respirar.

Juntos nos lanzamos hacia el túnel por el cual habíamos entrado. Miré un momento atrás, hacia la destrozada habitación.

El delicado centro nervioso de Wandl. Densas masas de humo verdoso se movían en él; sólo quedaba tras nosotros la oscuridad y el silencio.

CAPÍTULO XVI

Sobre nosotros seguía el aullido de la sirena. Luego cesó súbitamente y escuchamos unos ruidos que en la Tierra hubiéramos dicho que eran pasos precipitados y gritos.

Snap me empujó hacia delante.

—¡No te quedes ahí, estúpido!

Embestimos contra las figuras que interceptaban el túnel; silbó una exhalación, pero erró el blanco. En la casamata nos encontramos con un grupo de trabajadores y varios pequeños cerebros, que nos espiaban, pero que salieron huyendo presas del pánico en cuanto nos vieron salir.

Salimos al aire libre. Con los pequeños rayos de gravedad lanzados contra las rocas con repulsión, nos elevamos rápidamente, como si hubiésemos sido cohetes. Todo permanecía en silencio, pero la caldera que dejábamos atrás hervía de alarma, y de nuevo la sirena lanzaba al aire su grito de angustia.

Seguido de cerca por Snap me dirigí hacia donde habíamos dejado a las muchachas y Molo. No las divisaba por ninguna parte entre los riscos iluminados por la luz estelar, y de repente, una amarga sensación de temor se apoderó de mí. ¿Cómo nos habíamos atrevido a dejarlas a merced de cualquier traición de Molo?

Después, abajo, hacia delante, descubrí la delgada figura de una de ellas, haciéndome señales con ambos brazos de pie sobre las rocas. Cambié mi rayo a repulsión con el tiempo justo para evitar aplastarme contra las rocas. Toqué el suelo bruscamente, quedando encogido de resultas del encontronazo. Snap alcanzó el suelo a unos veinte pies de mí, también violentamente. Nos pusimos en pie y fuimos dando saltos hacia donde se encontraba Anita haciéndonos señales.

Las muchachas estaban a salvo. Venza continuaba con la vigilante mirada clavada en Molo, que seguía en el mismo lugar en donde le habíamos dejado, sin atreverse a efectuar ningún movimiento.

—Todavía lo tenemos ahí —dijo triunfalmente Venza—. No estuvo dispuesto a correr riesgos con nosotras. ¿Lo hicisteis, Snap?

—¡Vaya que si lo hicimos! Vámonos; tenemos que salir de esto. ¡Nos persiguen! Destruimos todo, Venza. Ahora Wandl es un planeta normal. Se acabó su maldita dislocación de la Tierra.

Nos enteramos más tarde que nuestra esperanza y suposición de que habíamos destruido todo el sistema de control de gravedad de Wandl era un hecho. Wandl era ahora, en efecto, un cuerpo celestial

normal. Los rayos plantados en la Gran Nueva York, Ferrok-Shahn y Grebhar continuaban todavía en el cielo. Pero no existía ya el rayo gigante de Wandl para apoderarse de ellos, y Wandl no podía ahora desplazarse a través del espacio por su propia voluntad. Lo mismo que la Tierra, y todos los planetas conocidos, satélites, cometas y asteroides, estaba actualmente sujeto a las leyes naturales que rigen la mecánica celeste. Habíamos realizado un trabajo completo.

—No nos queda tiempo para hablar —indiqué a Snap—. Tú remolcas a las muchachas; yo me encargo de Molo. Tenemos que llegar a la *Star-Streak*.

Me acerqué a Molo.

—Lo logramos, Molo. ¡Ahora a por tu nave! Será para ti una desgracia si no la encontramos en donde nos dijiste que estaba.

—Estará allí, Gregg Haljan.

Se colocó dócilmente en posición para que yo pudiera pasarle mi brazo bajo sus sujetas muñecas, para transportarlo. Snap se remontó, remolcando las muchachas. Sobre la cercana caldera se elevó una figura para averiguar la naturaleza del extraño enemigo atacante y luego se hundió, desapareciendo de nuestra vista.

Con Molo colgado de mi brazo, me remonté con mi rayo, siguiendo a Snap y las muchachas, con el ruido de la caldera cada vez más bajo, hasta que desapareció tras nuestro horizonte.

Nos dirigíamos ahora, no hacia Wor, de donde procedíamos, sino hacia otra parte. Dando grandes saltos arqueados pronto dejamos atrás las montañas. Cruzamos el río, otra porción del bosque y alcanzamos un ondulante terreno llano.

Fue un vuelo de menos de media hora. La persecución, si es que la había, quedaba fuera del poco alcance de nuestra vista, tras el curvo horizonte. Por todas partes se veía indicia de la tormenta; los árboles de los bosques habían sido derribados, esparcidos como restos de naufragios sobre el suelo. El río había rebasado en varios lugares sus orillas. Muchas de las vertientes globulares que poblaban aquellas tierras llanas se veían arrancadas de sus lugares, destrozadas y a veces amontonadas en informes pilas de escombros.

La confusión producida por la tormenta se mezclaba ahora con la alarma que sembraba la sirena procedente de la estación de gravedad; todavía llegaba a nuestros oídos su grito de auxilio. Mientras nos acercábamos a lo que ahora parecían los alrededores de una ciudad como Wor, con un montón de estructuras metálicas de sólida apariencia elevándose sobre el horizonte de enfrente, vi remontarse una nave espacial a lo lejos, desapareciendo de mi vista rápidamente.

Wandl estaba procediendo a enviar su flota espacial para enfrentarse con las lejanas flotas aliadas de la Tierra, Venus y Marte. No cabía duda de que al ser destruida su estación de control, los amos de Wandl reconocieron inmediatamente la vital importancia de la próxima batalla.

La nave de Molo descansaba solitaria sobre un armazón de metal de escasa altura. No había ninguna otra nave cerca de ella; pero a media milla, a ambos lados de la misma, pudimos ver otras recostadas en sus plataformas. Alrededor de las mismas y sobre ellas, se veía movimiento de luces, pero la *Star-Streak* estaba a oscuras y olvidada.

La contemplamos desde mil pies de altura. Vi que era una nave larga, de escasa altura, puntiaguda, de un color gris muy oscuro, más larga que la *Cometara*, y al parecer más estrecha, pero de aspecto muy similar.

—Suponen que Meka y yo estamos ocupados en reunir nuestra tripulación —dijo Molo—. Nadie se preocupa de mi nave. ¿Me llevarás ahora a Wor para traer a Meka?

—No.

Snap estaba descendiendo con las muchachas. Estaba cerca de nosotros. Me hizo un gesto con un brazo. Y luego llegó el apagado tono de su voz:

—¿Aterrizamos, Gregg?

—Sí, pero con cuidado. Ten dispuesta tu pistola.

Molo protestó:

—Quisiera llevarme a Meka y a unos cuantos de mis tripulantes. Nosotros tres solos no podremos manejar la *Star-Streak*.

—Lo intentaremos.

Descendimos rápidamente, alcanzando la oscura y solitaria plataforma. La gran masa de la nave se elevaba sobre nosotros. Una inclinada pasarela conducía a la entrada de cubierta.

—Iré yo primero —dije quedamente a Snap—. Sígueme rápidamente. Vigila bien; puede que haya alguien a bordo.

Venza continuaba empuñando su pistola. La mía estaba en mi mano, mientras levantaba a Molo. E, ignorando la pasarela, di un salto de treinta pies para llegar a la entrada de cubierta. Llegué allí felizmente y coloqué a Molo de pie.

—No te muevas —le aconsejé severamente.

Permaneció dócilmente apoyado contra la pared de la superestructura. Aquí no había nadie. Creíamos que nos encontraríamos a bordo con dos o tres trabajadores. GRAUS

Llegaron volando Snap y las muchachas, uno inmediatamente

después del otro. Nos manteníamos en guardia, silenciosos. Nadie apareció en la cabina ni en cubierta. Venza vigilaba a Molo apuntándole con la pistola. Snap y yo habíamos planeado la operación así: Anita y Venza se quedarían aquí vigilando a Molo, mientras nosotros nos dedicábamos a registrar la nave y a inspeccionar los controles. Nos fuimos hacia la ovalada puerta de la cabina.

—¡Gregg!

Fue todo cuanto Snap pudo decir. Yo estaba dentro de la obscura cabina, pero, él, a mis espaldas, seguía todavía en cubierta. Di media vuelta y me encontré con una docena de negras formas que descendían del techo de la superestructura de la cabina. Snap estaba casi enterrado entre ellas. Estos no eran hombres de Wandl, sino hombres de la tripulación pirata de Molo, marcianos, terrestres y venusianos. La pistola lanza-rayos de Snap empezó a escupir cuando la gigantesca figura de Melca saltaba sobre ella y Venza, procedente del techo.

Durante unos instantes, con la pistola en la mano, permanecí indeciso en la entrada. No podía disparar contra aquel revuelto grupo y me decidí a meterme en él y luchar con los puños.

Molo estaba gritando:

—¡No los matéis! ¡Me ordenaron que no los matase!

Estos hombres, tan diferentes de los trabajadores-insecto y cerebros de Wandl, disponían de unos sólidos puños; ¡pero éramos todos tan ingrávidos! Me desembaracé de uno, pero otros se lanzaron contra mí, golpeándome repetidamente. Nos remontamos hasta el techo de la superestructura y caímos sobre él formando una forcejeante masa de cuerpos, brazos y piernas. Media docena de adversarios me mantenían allí clavados.

Vi que abajo, en cubierta, Venza había perdido su arma; Molo y Meka se habían apoderado de ella. Snap seguía luchando contra varios antagonistas. Anita estaba libre y la vi lanzarse contra el grupo en el que luchaba Snap, luchando fieramente hasta que saltó y quedó flotando en el aire, siendo aprisionada entonces por dos de mis propios captores.

—¡Anita, no luches! ¡Te matarán!

Traté de librarme de mis captores, pero cuatro enormes marcianos me estaban sujetando.

—¡Oh, Gregg!

La voz de Anita denotaba horror. Snap había conseguido librarse de sus enemigos. Quedó indeciso ante la abierta puerta de cubierta, no sabiendo qué hacer. La cubierta estaba casi completamente a obscuras;

su figura quedó perfilada por la luz exterior de las estrellas. De entre las sombras, muy cerca de él, una diminuta exhalación le alcanzó en la cabeza. Sus brazos se abrieron repentinamente y cayó hacia atrás. Su cuerpo se retorció espasmódicamente en lo más alto de la pasarela, y luego desapareció tragado por la obscuridad.

¡El fin de Snap! Una sensación de angustia se apoderó de mí. ¡Snap, mi mejor amigo!

Molo maldijo al desconocido individuo de su tripulación que había efectuado el disparo. Pero nadie quería admitir que había sido él.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —rugió Molo en marciano—. Atad a los prisioneros; vamos a emprender la marcha —dio unas palmaditas a su hermana cuando pasó junto a él—. ¡Bien realizado, Meka!

¡Estos traicioneros marcianos! Molo había planeado el que Meka reuniera la tripulación y luego esperara en la nave a que llegara él acompañado de Wyk. Si regresaban llevándonos como cautivos, sería aquí adonde vendrían. Pero si por cualquier causa las cosas salían mal, razonó que actuaríamos tal como en efecto hicimos; y Meka y sus hombres nos estuvieron acechando preparándonos la emboscada.

Anita, Venza y yo, con las manos y pies atados, fuimos llevados a la sala de control y observación de proa.

La nave resonaba con señales. Al cabo de unos pocos minutos la *Star-Streak* se despegó de su plataforma. El extraño y espantoso Wandl quedaba cada vez más abajo. Nos deslizamos a través de la atmósfera siguiendo una de las naves globulares de Wandl, con rumbo hacia el punto donde, a unos cuantos millones de millas de distancia, las naves aliadas de la Tierra, Venus y Marte se estaban concentrando.

CAPÍTULO XVII

—Son visibles —dijo Molo separando el rostro del ocular del electro-telescopio—. ¿Quieres verlas, Gregg Haljan?

Nos. encontrábamos en la torreta delantera de control y observación de la *Star-Streak* Anita, Venza y yo, acompañados de Molo y su hermana. Como vigilante teníamos a un menudo individuo de cara de rata que, arma al brazo, no nos quitaba el ojo de encima, sentado en cuclillas enfrente de nosotros. Era un rufián sacado del hampa de Grebhar, un miembro de la tripulación pirata de la *Star-Streak*.

Habían transcurrido diez horas desde nuestra partida. Un grupo de naves globulares de Wandl nos acompañaban a la izquierda. Nos dirigíamos diagonalmente hacia Marte. Nos precedían unas quince naves más y otras estaban en camino.

No estábamos a más de quince millones de millas de Marte cuando Molo avistó las naves aliadas.

—¿Quieres observarlas, Gregg Haljan?

Me fui a ocupar su puesto en el electro-telescopio, siguiéndome la mirada de Anita y Venza. Estaban las dos sentadas sobre un pequeño banco adosado a la curva de la torreta circular.

Estábamos aquí a obscuras, a excepción de las pequeñas luces que emitían unos cuantos instrumentos y la radiación procedente de la cubierta vidriosa de la circundante cúpula. La pérdida de Snap había dejado su huella en la triste mirada de las muchachas. Se encontraban decaídas, dóciles a cuanto les ordenaba Melca. Apenas me habían dirigido la palabra. Creo que todos nosotros habíamos perdido la esperanza durante aquellas horas. Molo me consultó en varias ocasiones sobre asuntos de navegación.

Pero no veía la probabilidad de engañarle. Era, en verdad, mucho más experto que yo, y poseía más conocimientos prácticos de la mecánica celeste. Colaboré con él. Aprendí de este modo el manejo de la *Star-Streak*, que no era muy diferente del de la *Cometara* o la *Planetara*.

¡Pobre Snap! Él y yo habíamos planeado capturar y hacer navegar esta *Star-Streak*. La podíamos haber manejado. A bordo se encontraban, como pude averiguar, unos quince hombres, pero no más de dos o tres estaban ocupados con los mecanismos de navegación. Y a veces, ni éstos eran necesarios, pues todos los controles de la nave eran automáticos, controlados directamente desde

la torreta de proa.

Me enteré también, aunque no pude profundizar, del armamento de que disponía. Eran armas similares a las de las naves aliadas, pues Molo, al equipar su nave pirata, había recogido lo mejor que pudo encontrar en los tres mundos.

Mientras la *Star-Streak* volaba hacia Marte, estaba en continua comunicación con la flota de Wandl. Ahora teníamos a nuestra izquierda una gigantesca nave, la Wor. En ella se hallaba el cerebro que mandaba las fuerzas de Wandl. Molo recibía sus órdenes de la Wor, pero, puesto que su equipo y armamento eran completamente diferentes, la *Star-Streak* fue dejada aparte.

—Puedo hacer lo que me plazca —me dijo Molo—. Puedo actuar según mi propio criterio; ya lo verás.

—Tienes mucha experiencia, Molo.

—¡Y cómo no! Tus mundos me llaman el terror del espacio —rió jactanciosamente—. Ahora debo justificar mi fama.

—Actúa, no hables —dijo Meka agriamente—. Hay niños que tienen juguetes que hacen discursos como esos, y luego se les rompen los juguetes.

—No sientas temor, hermana. La *Star-Streak* no tendrá ningún tropiezo más.

Y ahora observé las naves aliadas a través del electro-telescopio. Estaban esperando a unos ochenta millones de millas de Marte. Había tal vez unas cincuenta. La mayoría eran marcianas, naves largas, de poca altura y muy puntiagudas de proa y popa, de un color rojo obscuro. Las de la Tierra y Venus eran más grandes, de un color plateado. Pude distinguir los diferentes tipos que componían esta flota reunida precipitadamente: habían muchas naves comerciales convertidas en naves de guerra, como mi desgraciada *Cometara*; unos cuantos patrulleros policíacos y cerca de una docena de astronaves de guerra supermodernas. Era su primera batalla. ¡Hacía muy pocos años que habían sido construidas por pacíficos gobiernos que declararon que nunca jamás habría otra guerra!

La pequeña flota nos estaba esperando. Iba siendo aumentada ocasionalmente por alguna que otra nave procedente de Marte. La radiación de la curva de luz de Benson la envolvía y lanzaba un rayo contra nosotros.

Molo lanzó una carcajada cuando vio la flota.

—¡Ya tratan de protegerse! Pero no vamos a atacarles ahí.

Las primeras tácticas de los jefes de Wandl me dejaron sorprendido. Nos desviamos de la ruta que seguíamos hacia Marte y

enfilamos diagonalmente hacia la Tierra y Venus. La Tierra era la que estaba más cercana a nosotros, con Venus a unos cuarenta millones de millas detrás de ella. Durante horas fuimos dando la vuelta a aquella curva. Luego, seguidos por la flota de Wandl, viramos hacia la Tierra. No podía menos que admirar la habilidad con que se manejaba a la *Star-Streak*. Dio la vuelta con mayor rapidez que la flota de Wandl; y antes de nuestra siguiente comida los habíamos avanzado a todos, poniéndonos en vanguardia.

¿Nos seguirían las naves aliadas? Así parecía al principio, aunque a causa de estar paradas en el espacio necesitarían horas de marcha para alcanzarnos. Las otras naves aliadas que procedían de Venus y la Tierra cambiaron de rumbo y se lanzaron en nuestra persecución. Pasamos a unas quinientas o seiscientas mil millas de algunas de ellas.

Me di cuenta ahora de que unas veinte naves más que habían partido de Wandl detrás de nosotros se habían dirigido directamente hacia la Tierra. Estábamos ahora, la *Star-Streak* y casi cincuenta naves de Wandl, reunidos cerca de la Luna. Los aliados, con casi un centenar de naves, se hallaban esparcidos por el espacio, con diversas velocidades y direcciones de vuelo, aunque la mayoría de sus naves se esforzaban en colocarse entre la Luna y la Tierra.

Me estuve preguntando que quién sería el jefe que mandaba la flota aliada, y no me enteré hasta más tarde que era Grantline. La *Cometara* había caído sobre los Apeninos de la Luna, no muy lejos del lugar en que todavía yacía mi vieja *Planetara*, cerca de la base de Arquímedes. Pues Grantline y unos cuantos de sus compañeros, gracias a sus trajes de fuerza, habían podido librarse de la atracción gravitacional de la destrozada nave; y unas cuantas horas después fueron recogidos por una astronave enviada por la Tierra.

Grantline, a bordo de uno de los patrulleros policíacos terrestres, mandaba ahora la flota, y después me informó detalladamente de cómo llevó sus fuerzas a la batalla, permitiéndome así poder describirla desde ambos lados. Había estado navegando hacia Marte cuando vio que efectuábamos la vuelta. Pensó que era probable que se intentase un desembarco en la Tierra y concentró rápidamente sus naves en el espacio entre la Luna y la Tierra para cortarnos el paso.

Pero era esto lo que Wandl andaba buscando. Las naves de Wandl, con la *Star-Streak* entre ellas, efectuaron un lento y completo circuito de la Luna. Duró un día. Molo me ofreció muy pocas explicaciones de las tácticas de Wandl, pero comprendí que su objeto era engañar a Grantline para que le siguiera. Nos siguieron unas cuantas naves aliadas, pero no muchas. El resto permaneció guardando

cuidadosamente la línea entre la Luna y la Tierra.

Hasta ahora no se habían registrado encuentros entre las naves de ambos bandos enemigos. Había que tener en cuenta las enormes distancias que los separaban. Desde tan lejos, los rayos lanzados por las naves de Wandl tenían poco efecto; los rayos Zeta y Denson de Grantline no eran útiles más que para la defensa. Los cañones electrónicos de ataque y otras armas de que disponían las naves de Grantline eran de diverso alcance, pero ninguna de sus armas era efectiva a tan larga distancia.

Wandl no parecía dispuesto a presentar batalla, y Grantline se mostraba también cauteloso. Ignoraba qué clase de armamento llevaban aquellas naves globulares; su única experiencia había sido nuestro encuentro con los discos giradores.

Pero, al finalizar el segundo día, se produjo el primer chispazo. La *Star-Streak* y todas la§ naves de Wandl estaban otra vez concentradas entre la Luna y la Tierra; se cernían posiblemente a veinte mil millas de la superficie de la Luna. Las fuerzas de Grantline se hallaban situadas a un centenar de miles de millas de las de Wandl, hacia la Tierra. Una de las naves wandlianas avanzó en misión de tanteo y Grantline envió a su encuentro una de sus modernísimas naves de guerra.

Ambas se acecharon mutuamente, con cautela, efectuando pasadas recíprocas, hasta que llegó una en que las dos se encontraron a cincuenta millas una de otra. La nave terrestre disparó una andanada de exhalaciones. La barrera aisladora de la de Wandl las rechazó. Sus efectos fueron una lluvia de chispas etéreas cerca de la nave y un enrojecimiento de su casco, pero nada más. Al parecer, las electro-barreras de las naves de Wandl y aliadas eran muy similares en naturaleza; una aura de electromagnetismo que envolvía a la nave como una cortina situada a cincuenta pies de ella, absorbía el torrente electrónico de las exhalaciones enemigas. La nave de Wandl no disparó ninguna exhalación; durante la pasada soltó una veintena de discos giradores. Eran de diversos tamaños, pero similares a los que aniquilaron a la *Cometara*; en este caso, la nave de Grantline los podía destruir en cuanto los tenía cerca.

Éste fue el primer encuentro. La nave de guerra terrestre se volvió con las demás de la flota aliada y la de Wandl con las suyas. El enemigo no había disparado sus armas. Grantline sospechó ahora lo que más tarde demostró ser un hecho: estas naves wandlianas no estaban equipadas con armas electrónicas de largo alcance. Tenían que servirse de su táctica defensiva; temían enfrentarse en masa con

las naves de nuestra flota. Formaban un grupo compacto que cubría un área de quinientas mil millas sobre la superficie de la Luna. Su propósito no era todavía claro, pero Grantline vio ahora que una de ellas efectuaba un movimiento descendente hacia la Luna, pasando rasando sobre los Apeninos y deteniéndose en la superficie lunar, cerca de Arquímedes.

¿Qué objeto tendría esta maniobra? Grantline observó que la estrechamente agrupada flota enemiga, descendiendo, trataba de encubrir el alunizaje, lanzando al mismo tiempo sus rayos de gravedad, para impedir cualquier posible intento de avance de la flota aliada.

Esta cara de la Luna que miraba a la Tierra se hallaba ahora sumida en las sombras, pero los amplificadores de rayos Zeta de Grantline descubrieron la nave sobre la Luna. De ella se estaban descargando máquinas y equipo diverso. Parecía evidente que se trataba de montar una gran base en la rocosa falda de los Apeninos.

Esta era la causa de la espera de la flota wandliana. Intentaban mantenerse apartados de la lucha hasta que la base estuviera dispuesta. Cuando Grantline llegó a esta conclusión, ordenó a sus naves un ataque general.

CAPÍTULO XVIII

Durante este tiempo, en la *Star-Streak*, mientras ella y la flota de Wandl efectuaban aquel circuito preliminar de la Luna, ocurrió un incidente que varió todo para mí. Meka nos servía las comidas en la torreta y de vez en cuando se llevaba a las muchachas abajo para que durmieran un poco, y yo me quedaba echado en el suelo. En varias ocasiones en que todos nos encontrábamos reunidos en la torreta, observé que Venza y Anita me dirigían furtivas miradas, que al parecer querían atraer mi atención.

No encontrábamos nunca la ocasión de poder hablar secretamente, pues Molo o Meka o el vigilante con cara de rata siempre se hallaban cerca de nosotros; y además, Molo me tenía ocupado verificando cálculos de nuestro rumbo.

Dimos la vuelta a la Luna y nos reunimos con la flota de Wandl a unas veinte mil millas de la superficie lunar, y tuve ocasión de contemplar el descenso y alunizaje de aquella nave. Lo mismo que le ocurría a Grantline, me pregunté el motivo de ello. Molo no me insinuó "nada al respecto. Vi, mediante su telescopio, a varias figuras embutidas en trajes especiales dedicadas a la descarga de diversos mecanismos. Parecía que estaban formando un círculo de enormes discos sobre las rocas lunares. Aquello recordaba a la estación de gravedad de Wandl y el rayo-contacto que Molo había plantado en la Gran Nueva York.

Al fin las muchachas tuvieron la oportunidad de susurrar unas palabras en mi oído. Fue Anita quien me dijo con rapidez:

—¡Gregg! Snap está vivo. Está oculto a bordo.

—¿Snap vivo? —dije emocionado.

—Está planeando nuestro rescate. ¡Él y tú podéis apoderaros de la *Star-Streak*!

—¡Anita! Dime cómo va a ser eso.

—¡No puedo decir más ahora! Nuestro camarote de abajo… está cerca de él. Nos habló.

Ninguna palabra más. Se alejó de mí. Pero era suficiente. ¡Snap vivo! Recordé que cuando cayó junto a la nave nadie se molestó en ir a ver el cadáver, y en aquel momento las escotillas del casco estaban abiertas.

Un rato después Meka se llevó abajo a las muchachas. Me quedé sentado junto a Molo, contemplando la obscura y tétrica superficie lunar. Había terminado el trabajo matemático que Molo me encargó.

Mis pensamientos estaban ocupados con el recuerdo de Anita y Venza, ahora descansando en su camarote acompañadas de Meka. Incluso tal vez ahora el mismo Snap estaba con ellas.

Apenas me di cuenta de las maldiciones que en voz baja estaba mascullando Molo, a causa de una ligera desviación de nuestro rumbo.

—Ese tipo que maneja mis desviadores de gravedad se está portando como un estúpido. Los está trastornando.

Aquellas palabras me pusieron súbitamente en guardia.

—¿Algo que no funciona bien, Molo? ¡Tonterías!

—Los hombres de mi tripulación responden a mis controles con demasiada lentitud. Deberían actuar rápidamente cuando reciben mis señales.

Las placas se movieron normalmente de buenas a primeras, pero había habido un intervalo de retraso. Molo estaba asombrado y molesto al mismo tiempo. Cuando pensé que podría efectuar una investigación de sus causas, mi corazón empezó a palpitar precipitadamente. Pero no la hizo.

—Es mejor que te vayas a dormir, Haljan. Aprovéchate ahora; pronto entraremos en acción. ¿Has averiguado nuestra curva emergente?

Le indiqué mis cálculos de encima de la mesa.

—Ahí está.

—Eres rápido, Haljan.

—Debemos emerger de la obscuridad de la Luna dentro de dos horas.

—Pero no mantendré ese curso. Vamos a quedarnos aquí junto a las otras naves. Vete a dormir, Haljan.

Extendí el estrecho colchón sobre el suelo. La torreta se hallaba sumida en el silencio.

Me desperté de mi ligero sueño a causa de la actividad que Molo desplegaba en la torreta. Las muchachas y Meka estaban todavía abajo. El silencioso venusiano, acurrucado en un rincón de la torreta, seguía empuñando su arma.

Vi que las naves de Grantline, desplegadas en forma de amplio abanico, avanzaban velozmente. Y luego nos encontramos metidos en medio de la silenciosa batalla. Sólo puedo relatar fragmentos de cosas que vi y experimenté durante seis o más horas de vivísimos fogonazos electrónicos que rompían constantemente la obscuridad en aquel campo de batalla dominado por las sombras de la Luna. Fue una batalla sin ruidos, de naves que se hallaban a un millar de millas entre sí y que cobraban velocidad efectuando grandes curvas tangenciales;

cruzándose mutuamente en pasadas de un segundo de duración; alejándose de nuevo a un millar de millas; volviendo a la carga y regresando otra vez al punto de partida. Siempre igual.

La *Star-Streak* demostró ser muy veloz, muy ágil, y, a diferencia de las otras naves de Wandl, disponía de las propias armas de los aliados para emplearlas contra ellos. ¡Ahora pude comprender porque llamaban a Molo el terror de los espacios!

Nos metimos en el obscuro campo de batalla. En sus mil millas de extensión los radiantes rayos de gravedad de Wandl actuaban contra las naves aliadas estorbando e impidiendo su marcha. Los luminosos proyectiles-cohete lanzados por las naves wandlianas cruzaban silenciosamente el espacio, como si fueran diminutos cometas y la radiación de los motores de chorro que todas las naves empleaban ahora para evolucionar con facilidad contra el cercano enemigo, llenaban el cielo de estelas luminosas. Todo esto se confundía con el constante relampagueo de los reflectores destructivos de Grantline y sus blancos rayos localizadores de los peligrosos discos que sus armas debían a toda costa destruir. Un caos de relámpagos silenciosos, roto aquí y acullá por las bombas de obscuridad de Grantline que explotaban en el espacio y que, durante unos minutos de duración, absorbían todos los rayos de luz, ocasionando un efecto momentáneo de obscuridad.

¡Y luego la destrucción! Naves de Wandl destrozadas miserablemente por las armas de Grantline, cuyas barreras habían sido previamente anuladas; naves aliadas destripadas por los enormes proyectiles-cohete y cercenadas por los discos giradores; cascos vacíos de aire y restos esparcidos flotando en el espacio. Y pequeños objetos que se movían, que eran los supervivientes vestidos con trajes espaciales, que habían saltado al vacío desde sus vencidas naves; pequeños objetos ignorados que vagaban de un lado para otro a merced de los rayos de gravedad, hasta que la atracción de la Luna los arrastraba hacia ella o un disco o una exhalación les llevaba a una piadosa muerte.

Era un campo de batalla tridimensional de mil millas de extensión que parecía un fantástico infierno. Al cabo de una hora o dos, todos los restos de las destrocadas naves iban cayendo constantemente hacia la Luna.

La *Star-Streak* había participado activamente en la batalla durante sus seis u ocho horas de duración. Todos nuestros encuentros estuvieron caracterizados por la extrema flexibilidad de la nave, su rapidez, agilidad de movimientos y temeraria pericia de Molo. Salimos

indemnes. Existe una cierta ventaja para el hombre que desprecia su propia vida. Pero nos tropezamos con un adversario, precisamente el último, cuando bajábamos hacia la Luna y no nos encontrábamos a más de mil millas de su superficie, que era tan temerario como él, y sólo gracias a la habilidad de Molo pudimos evitar la catástrofe.

Tuvimos que enfrentarnos con una nave policíaca de Venus: Nos lanzamos contra ella, como si pensáramos embestirla, y la nave enemiga se dispuso a hacer lo mismo. Durante un caótico momento, ambas barreras resistieron el intercambio de andanadas. Luego efectuamos una maniobra pasando por encima de la nave enemiga, valiéndonos de los motores de chorro de popa. La pasada debió efectuarse a una distancia de unos cuantos pies, no millas, y, en aquel segundo, Molo disparó una exhalación contra el casco enemigo, atravesando su barrera. Un segundo después, a nuestras espaldas, los pulverizados restos de la nave venusiana flotaban diseminados por el espacio.

—¿No está mal, eh? —exclamó Molo con mirada triunfal—. ¿Qué te parece, Gregg Haljan? Molo es muy astuto, ¿verdad?

Nos hallábamos ahora bastante cerca de la superficie lunar, con el campo de batalla sobre nuestras cabezas. Desde arriba iban cayendo los destrozados restos de la misma; y ahora vimos que las naves wandlianas iban descendiendo, una tras otra. No había ya tantas; no llegaba a diez el número de ellas.

Grantline no las persiguió. Sus naves se retiraron hacia otra parte. Grantline se había adueñado de la situación; había salido victorioso. Victoria, se le podía llamar, puesto que su porcentaje de fuerzas numéricamente, era mayor que cuando empezó la batalla. De Wandl, sólo quedaban diez naves, y los aliados tenían unas veinticinco.

Transcurrió otra hora. Las veinticinco naves de Grantline formaban un compacto grupo, a diez mil millas por encima de la superficie lunar. Bajo ellas, las diez naves de Wandl y la *Star-Streak* parecían desplegadas en un círculo de quinientas millas. Bajo el centro del mismo, sobre las rocas de la Luna de las faldas de los Apeninos, el mecanismo montado, en ellas empezó de pronto a entrar en acción.

Era un rayo de gravedad gigantesco. Un rayo de una potencia infinitamente más fuerte que el que cualquier nave de Wandl podría generar, que lanzaba al espacio su mensaje de destrucción.

Este había sido el propósito de la táctica de Wandl, el de llevar a Grantline a su actual posición. Este rayo de gravedad, aunque mucho menor, era comparable al de la estación de control de Wandl. Un contacto con las rocas contra una enorme masa, Wandl, y aquí, era

necesaria la Luna para dar al rayo todo su poder.

El rayo tenía casi un centenar de pies de diámetro en su base sobre las rocas; pasaba a través del círculo de las naves de Wandl y se extendía simultáneamente sobre la totalidad de la flota aliada, bañando completamente a todas sus naves. Un rayo tractor tan poderoso que las naves aprisionadas quedaban completamente a su merced; a pesar de todos cuantos esfuerzos efectuaban eran arrastradas bacía abajo irremisiblemente. Al principio, descendían con pequeña velocidad, pero que aumentaba a pasos agigantados.

Al cabo de una hora se estaban precipitando rápidamente a lo largo del cada vez más estrecho cono, juntándose más y más una a otra. Las diez mil millas, la distancia que las separaba de la Luna, se redujeron a cinco mil. Las naves de Wandl se apartaron, manteniéndose bien alejadas para permitirles el paso; al cabo de otros diez minutos se aplastarían contra las rocas.

Contemplaba horrorizado la escena desde la torreta de la *Star-Streak*. Estábamos a un lado del ángulo del rayo. Las naves de Grantline estaban siendo arrastradas en un grupo que no llegaba apenas a las cincuenta millas. Bajaban unas inclinadas, otras de lado y algunas verticalmente. El movimiento de su caída era tan rápido que hasta era visible a simple vista.

—Ya los tenemos —rió Molo—. Este es su fin, Gregg Haljan.

En la torreta éramos sólo tres: Molo, yo y mi taciturno vigilante que continuaba sentado con las piernas cruzadas y apuntándome con su pistola lanza-rayos.

Durante toda la lucha, Meka y las dos muchachas permanecieron abajo.

Había terminado ya la batalla.

Durante esta calma Molo había enviado a los hombres encargados de las armas de cubierta a sus camarotes del casco. Nuestras cubiertas se hallaban ahora desiertas; los puentes y pasarelas de aquí arriba estaban momentáneamente libres de gente. La *Star-Streak* tenía poca velocidad, sólo la suficiente para ir descendiendo lentamente hacia la superficie lunar, la que ahora estaba solamente a unos pocos centenares de millas bajo nosotros.

El disco lunar era una desolada masa obscura, con la luz solar despuntando en el lejano horizonte. Y abajo, hacia un lado, teníamos la fuente del gigantesco rayo de gravedad. Sobre nosotros se cernían las vigilantes naves wandlianas, y, todavía más altas, las desventuradas naves aliadas cayendo inexorablemente hacia las rocas.

—Ya los tenemos —repetía Molo—. Dentro de...

Jamás pudo terminar esta frase. Una figura surgió en el umbral de la abierta puerta de la torreta. ¡Snap! Su aspecto, más aún que su aparición, me llenaron de estupefacción. Snap, con sus ropas destrozadas, sucio y lleno de sangre; su rostro pálido y esquelético, con aquellos ojos hundidos y llameantes, y aquella cabeza cubierta por una rojiza cuan revuelta melena. ¡En una mano esgrimía una pistola lanza-rayos y en la otra un cuchillo tinto en sangre!

Mi guardián apenas tuvo tiempo de moverse. La exhalación de la pistola lo dejó seco antes de que pudiera levantar su arma. Cayó muerto casi a mis pies. Y mezclado con el silbido de la exhalación llegó el grito de Snap dirigido al desarmado Molo.

—¡Tú, maldito traidor, ponte de cara a la pared si no quieres que te mate como he hecho con todos los tripulantes de tu nave!

CAPÍTULO XIX

De un salto arrebaté el arma que todavía empuñaba la mano del exánime guardián.

—¡Snap, las muchachas!

—Están abajo. Libres. Tienen a Melca atada y amordazada, encerrada bajo llave en un camarote. ¡Tráelas aquí! Yo me cuidaré de este perro traidor. No es necesario matarle. ¡Ya he matado bastante, par diez!

Entonces vio por primera vez a través de los ojos de buey de la cúpula el silencioso drama que se estaba desarrollando en el espacio.

—Gregg, por todos los...

—¡No podemos perder tiempo, Snap! Voy a buscar a las muchachas.

—Ten cuidado. Es posible que se me haya escapado alguien ahí abajo.

Así era, en efecto. Tres hombres aparecieron en la cubierta cerca del pie de la pasarela de la torreta. Mi exhalación derribó a dos de ellos. El otro huyó con dirección a popa, hacia donde vi moverse a Anita y Venza. Disparé de nuevo y el huidizo individuo cayó cara al suelo. Era el último de la tripulación pirata.

Las muchachas llegaron corriendo a nuestro lado. Les dimos armas inmediatamente. Meka estaba abajo convenientemente atada. Obligamos a Molo a acurrucarse en un rincón, bajo la vigilancia de Venza y Anita.

Snap y yo nos hicimos cargo del control de la nave. Durante limitados períodos, los automáticos controlaban los desviadores de gravedad. Los podía manejar también desde la torreta. Llevábamos rumbo a la Luna. A sólo quinientas millas de nosotros estaba la base de aquel demoníaco rayo gravitacional que con tanta rapidez arrastraba a las veinticinco naves de Grantline hacia su total destrucción.

Le indique a Snap lo que debíamos hacer.

—El cañón de estribor delantero es casi idéntico a nuestros cañones terrestres. Es de corto alcance, pero yo te proporcionaré un buen blanco.

Se lanzó hacia la cubierta. Ajusté las palancas. Placas de gravedad con completa atracción de proa. Repulsión de popa hacía la Tierra y los motores de chorro de popa a plena potencia.

La *Star-Streak* respondió suavemente; con una aceleración como

sólo Molo, el famoso terror de los espacios, podía alcanzar, nos abocamos hacia la Luna.

¡Minutos de angustia! Aquellas naves wandlianas del firmamento cerniéndose en las alturas, detrás de nosotros, probablemente no harían nada; no comprenderían la súbita maniobra de su nave amiga. Los cerebros y los trabajadores-insecto estacionados en las rocas lunares para manejar los mecanismos del rayo de gravedad, no sospecharían lo que la *Star-Streak* estaba haciendo hasta que fuera demasiado tarde.

Descendíamos paralelamente al rayo de gravedad, apenas a una milla del mismo, lanzándonos hacia los mecanismos de su fuente. Veinte mil pies de altitud. Preparé los motores de chorro para dar la vuelta. La siguiente operación, las placas gravitacionales de proa. Diez mil pies. Cinco mil pies.

Nunca supe cuánto nos aproximamos a la base. Accioné todos los controles. La proa se levantó, deslizándonos horizontalmente. Snap abrió el fuego. Vi el relámpago de la exhalación sobre las rocas y una humareda. Y un instante después en donde antes había mecanismos y hombres, no se veía más que rocas peladas. ¡El rayo de gravedad del firmamento había desaparecido!

Mientras ascendíamos verticalmente fueron pasando minutos. Frente a la punta de nuestra proa se estaba desarrollando un nuevo drama. Las naves de Grantline, súbitamente en libertad, se dispusieron al ataque. Las naves wandlianas, detenidas en el espacio, no podían ahora defenderse con el rayo. Grantline atacó al enemigo de cerca, haciendo caso omiso de sus discos giratorios. Contemplamos la silenciosa batalla con sus exhalaciones y evoluciones, oculta después a nuestra vista por la densa niebla luminosa que se extendía sobre nosotros.

Luego empezaron a caer los restos de la lucha. Nos metimos entre la brillante neblina y sólo nos encontrarnos con dos triunfantes naves venusianas. Con ellas seguimos nuestro camino hacia las alturas.

Éste era el final de la batalla. Una a una, fueron apareciendo las victoriosas naves de Grantline: sólo quedaban ahora doce. Todas las de Wandl habían sucumbido.

La gran masa de niebla luminosa fue descendiendo hada la superficie lunar, deteniéndose en ella, ocultando como un manto los restos de la encarnizada lucha.

CAPÍTULO XX

Quedaba poco que pueda añadir para relatar los sucesos acaecidos en. la Tierra, Venus y Marte durante este trascendental verano. Los principales hechos forman ya parte de la historia: las horribles tormentas, los daños causados por la ultrajada naturaleza y el pánico registrado entre la gente, todo esto ha sido detallado como noticias públicas. Los extraños rayos de luz plantados por Wandl en la Gran Nueva York, Grebhar y Ferrok-Shahn no han desaparecido todavía. Pero van disminuyendo en intensidad y los científicos dicen que pronto desaparecerán.

Los modificados calendarios llaman a ésta la Nueva Era. El eje de cada uno de los tres mundos no fue alterado apreciablemente; al fin los climas van volviendo a la normalidad. Pero las rotaciones axiales de los tres planetas fueron retardadas por aquel ataque del rayo de Wandl que se efectuó antes de que destruyéramos la estación de gravedad. El día terrestre se había alargado, dando como resultado la Nueva Era del modificado calendario. Nuestro año, que antes tenía 365,4 días, ahora no tiene más que 358,7 días.

Molo y Meka fueron devueltos a Ferrok-Shahn. Allí fueron juzgados por piratería y traición y allí están encarcelados.

¿Y Wandl? Habiendo sido destruidos sus controles gravitacionales, Wandl se hallaba sujeto a las leyes de la mecánica celeste. Durante los siguientes meses de verano y otoño no se vio ninguna otra nave espacial procedente de allí: ni tampoco nuestro mundo quiso investigar. ¡Su presencia, aun siendo un pequeño mundo de un sexto del tamaño de la Luna, nos estaba causando bastantes molestias!

Wandl se movía con pequeña velocidad, como si se tratara de un extraño y perezoso cometa que estuviera a punto de dar la vuelta a nuestro Sol. ¿Cuál sería su órbita final? Por fortuna continuó su marcha, alejándose de la Tierra y Venus; pasó muy lejos de Mercurio; se acercó al Sol; se alejó otra vez.

Recuerdo aquella tarde de últimos de otoño cuando, acompañado de Anita, Snap y Venza me encontraba en el observatorio cerca de Washington, contemplando a Wandl a través del cristal del solar-escoplo. ¡Infortunado invasor! Se veía ahora como un diminuto punto oscuro sobre la gigantesca y ardiente superficie del Sol. Éste fue su último viaje. El punto desapareció para siempre. Parecía que entre aquellas gigantescas lenguas de fuego hubo un poco más de luz.

Y algunos sostienen ahora que durante un momento la luz de

nuestro Sol, fue un poco más ardiente, como si se hubiera encendido allí una pequeña pira para marcar el final de Wandl, el invasor.

FIN